



**El Colegio
de la Frontera
Norte**

La heterotopía fronteriza: Un análisis [auto]etnográfico del
espacio urbano y las prácticas sociales de consumo
estigmatizado en la Zona Norte de Tijuana

Tesis presentada por

José Pablo Íñiguez Ramos

para obtener el grado de

MAESTRO EN ESTUDIOS CULTURALES

Tijuana, B. C., México
2020

CONSTANCIA DE APROBACIÓN

Director de Tesis:

Dr. Guillermo Alonso Meneses

Aprobada por el Jurado Examinador:

1. Dra. Marlene Celia Solís Pérez, lectora interna
2. Dr. Raúl Balbuena Bello, lector externo

A mi abuelo, Héctor Ramos Covarrubias, a Pam y al Dios de Israel.

Agradecimientos

Este trabajo no habría sido posible sin el apoyo de varias personas e instituciones. Primeramente deseo agradecer al CONACYT por otorgarme la beca para llevar a cabo mis estudios, así como a El Colegio de la Frontera Norte, por la preparación académica, las facilidades y cordiales atenciones que recibí durante la maestría.

Me gustaría expresar mi especial gratitud al Dr. Guillermo Alonso por animarme a dar “triples saltos mortales” en mi investigación, por su amistad, apoyo constante y gran influencia intelectual; y sobre todo, por ayudarme a perder el miedo a utilizar mi historia personal y mis propias experiencias de vida para la realización de este trabajo. Del mismo modo quisiera agradecer a la Dra. Marlene Solís por sus amistosos consejos y sensible orientación, así como por motivarme a echar mano del método autoetnográfico y por darme ánimos en tiempos difíciles. También agradezco profundamente el apoyo del Dr. Raúl Balbuena de la UABC por su minuciosa lectura, atinados comentarios y muy útiles sugerencias. Así mismo, me gustaría expresar mi especial agradecimiento al Mtro. Humberto Félix Berumen por su grandísimo apoyo, desde el comienzo del posgrado, en la selección de mi objeto de estudio, así como por sus utilísimas recomendaciones bibliográficas.

Le doy gracias también a mi familia. A mi madre, Yolanda Ramos Tsuchiya, por su amor y por sus consejos. A mi padre, Miguel Íñiguez Pimienta, por su apoyo y por nuestra amistad. A mi hermano Miguel, por su ejemplo de fortaleza. Y a mi hermanito Isaac, por su ejemplo de sabiduría. Gracias a mi abuela Yumi Tsuchiya Suzuki, por su enorme cariño y su delicioso pozole. Y gracias eternas a mi abuelo, Héctor Ramos Covarrubias, que en paz descansa, por su gran ejemplo de perseverancia, rectitud, excelencia y nobleza.

Finalmente, expreso mi más sincero agradecimiento al equipo del *Cheto's Boxing Club* por aceptarme como uno de ellos y enseñarme a pelear arriba de un ring; a Don Benjamín por contarme su historia (así como la historia de Tijuana desde su punto de vista); y sobre todo al Yuri, por ayudarme a sobrevivir y enseñarme a vivir.

Resumen

El presente trabajo consiste en un análisis [auto]etnográfico del espacio urbano y las prácticas sociales de consumo estigmatizado en la Zona Norte de Tijuana. Los temas que se tratan a lo largo del texto son sumamente personales y alcanzan a tocar fibras internas bastante sensibles, contradictorias y peligrosamente explosivas. Es por eso que éste estudio social se posicionará epistemológicamente desde el dadaísmo, la antropología posmoderna y también desde la *razón sensible* propuesta por la epistemología feminista. La tesis general de la cual parte la investigación es que lo que llamamos *espacio* no es un mero contenedor de *hechos sociales*, sino un producto social en sí mismo, que se constituye por una serie de prácticas socioculturales. A partir de esto, se plantea la hipótesis de que existe un conjunto de prácticas de consumo estigmatizado que contribuyen a la constitución de la Zona Norte como un espacio heterotópico fronterizo. La intención de este estudio consiste precisamente en captar la *constitución confusa de lo social*, que cobra vida en la manera desordenada y difusa en que se relacionan entre sí una serie de prácticas sociales en este barrio tijuanaense: un controversial espacio urbano sobrecargado de significados.

Palabras clave: espacio, prácticas de consumo, estigma, heterotopía, frontera

Abstract

The present work consists of an [auto]ethnographic analysis of the urban space and the social practices of stigmatized consumption in the *Zona Norte* neighborhood in Tijuana. The themes that are dealt with throughout the text are highly personal and can touch quite sensitive, contradictory and dangerously explosive internal fibers. That is why this social study will position itself epistemologically from Dadaism, postmodern anthropology and also from the *sensible reason* proposed by feminist epistemology. The general thesis on which the research is founded is that what we call space is not a mere container of social facts, but a social product in itself, which is constituted by a series of sociocultural practices. From this, it is hypothesized that there is a set of stigmatized consumption practices that contribute to the constitution of the *Zona Norte* as a heterotopic border space. The intention of this study is precisely to capture the *confusing constitution of the social*, which comes to life in the disorderly and diffuse way in which a series of social practices in this Tijuana neighborhood are related to each other: a controversial urban space overloaded with meanings.

Key words: space, consumption practices, stigma, heterotopy, border

Contenido

Introducción.....	8
Capítulo 1: Marco teórico	
Introducción al capítulo.....	14
Espacio.....	19
Fronteras.....	20
Prácticas sociales.....	25
Heterotopía.....	26
Estigmatización territorial.....	28
Capítulo 2: Diseño metodológico	
<i>De las aulas al ring y del ring a las calles.....</i>	<i>34</i>
Dadaísmo epistemológico.....	36
Hacia una apuesta anti-disciplinaria.....	38
<i>Picos y palas: técnicas y herramientas del trabajo de campo.....</i>	<i>42</i>
Confesión de una insana distancia epistemológica.....	42
Capítulo 3: Contexto del objeto de estudio	
Introducción al capítulo.....	44
<i>Violencia y adicciones en la metrópolis fronteriza.....</i>	<i>47</i>

La Zona.....	48
La leyenda negra de Tijuana: la “ciudad del pecado”	52
Comercio sexual.....	55
Farmacias.....	60
Narcotráfico y consumo de drogas.....	62
<i>El narco-escenario actual de Tijuana</i>	63
 Capítulo 4: Análisis	
Drogas.....	66
<i>La práctica hace al maestro</i>	72
<i>El misterio de la ebriedad narcótica</i>	75
Prostitución y boxeo.....	77
<i>Las concupiscencias de la carne</i>	81
Turismo farmacéutico.....	86
<i>Consulte a su médico</i>	89
Fronteras.....	92
<i>La Border</i>	94
 Conclusiones	
98	
Bibliografía	101
Anexos	104

Introducción

En uno de los barrios intrincados del Lyon
Una bocanada de menta sucedió cuando yo iba a cumplir
veinte años
Ante mí el hipnótico sendero con una mujer sombríamente
feliz
Por lo demás las costumbres van cambiando mucho
La gran prohibición será levantada
Una libélula
La gente correrá a escucharme en 1950
En esta encrucijada
Lo más hermoso que he conocido es el vértigo
Y cada 25 de mayo al atardecer el viejo Delescluze
Con su máscara augusta baja al Chateau-d'Eau
Parece como si alguien estuviese barajando cartas de espejo
en la sombra.
-André Bretón

Tiempo atrás, mucho antes de ni siquiera pensar en hacer investigación sociocultural, yo conocí la *Zona Norte*. No de una manera propiamente *académica*, pero ciertamente la conocí. Y desde la primera vez que llegué ahí caminando quedé impactado, fascinado e impregnado de una mezcla de emociones conflictivas y contradictorias que hasta el día de hoy condicionan mi manera de pensar y teorizar este barrio tijuanense. Recorrí sus calles como uno más de sus transeúntes habituales. Hablé con los vendedores de *crystal*. Con los taxistas que traen a los turistas estadounidenses desde la *línea*. Con los veladores de los estacionamientos públicos. Hice amistad con una "fichera" del *Hong Kong*. Conocí varios de los hoteluchos y picaderos del barrio. Interactué con los turistas. Hice tratos con los empleados de las farmacias. Con los policías que vigilan la venta de drogas y el comercio sexual. Aprendí los códigos de lenguaje y de comunicación silenciosa para

llevar a cabo transacciones potencialmente ilegales. Hice trabajo de campo sin saberlo. Adquirí ciertos conocimientos sobre ese barrio por las razones más equivocadas. Este tipo específico de *saber*, conocido por algunos como *Street Knowledge*¹ constituirá una de las aproximaciones metodológicas de la investigación y el posicionamiento epistemológico que propone la construcción de un conocimiento situado, intuitivo y crítico. Estoy consciente de que habrá quien cuestione la validez de dicho conocimiento y que niegue su valor como *saber científico*. Aun así, no pienso desperdiciar la información que obtuve, para bien o para mal, con mi propia experiencia...

Años después, cuando comenzaba el mes de diciembre de 2018 —habiéndome alejado un poco de las calles y acercándome más a las bibliotecas— había iniciado mi camino en la investigación sociocultural en la Maestría de Estudios Culturales del Colegio de la Frontera Norte. Pocos meses después de haber iniciado el posgrado me inscribí en un gimnasio de box de la Zona Norte y comencé mi entrenamiento en el *Cheto's Boxing Club*, ubicado en la *Plaza Santa Cecilia*. Así empezó formalmente el trabajo de campo de esta investigación. Sin embargo, el objetivo inicial del estudio no era el mismo que es hoy en día. En ese entonces, pensaba que mi mayor interés estaba en analizar los *procesos de resignificación del cuerpo, el espacio y la subjetividad en boxeadores con antecedentes de abuso de drogas y vida callejera en la Zona Norte de Tijuana*. Grandes cambios en mi investigación y en mi vida personal estaban por llegar. Yo no sabía lo que me esperaba...

Ahora bien, el presente trabajo consiste —como lo indica el título— en un análisis [auto]etnográfico (y además [pseudo]dadaísta) del espacio urbano y las prácticas sociales de consumo estigmatizado en la Zona Norte de Tijuana. Y ha de comenzar con algo que me gustaría llamar un “plagio redimido” por los *líquidos* pero firmes *fundamentos éticos y epistemológicos dadaístas* de la presente investigación. Esto no es sólo por la decente y desesperada intención de entretener al lector o el noble deseo de contribuir al enriquecimiento de la ciencia y el arte. Me veo obligado a confesar que busco además —y ante todo— satisfacer mi propio deleite estético hedonista, al darle inicio a este experimento científico-literario que algunos llamarían “poco convencional” —pero que yo preferiría nombrar simplemente *divertido*— con lo que algunos llamarían una “cita trágicamente alterada” —pero que yo preferiría denominar eufemísticamente una *optimista paráfrasis complementada*. O mejor aún: un par de líneas inspiradas en lo que a mí me

¹ Como bien me lo señaló el Dr. Guillermo Alonso en un diálogo por correspondencia, “hay cosas importantes de esta vida que se tienen que aprender jugando, discutiendo y peleando en las calles”.

parece el sublime despliegue poético-filosófico de un gran autor rumano judío-. Se trata de un discurso pronunciado por Tristan Tzara en un video de 1 minuto con 55 segundos, sobre la esencia filosófica del dadaísmo y (a partir del primer minuto con 18 segundos) sobre “cómo realizar un poema dadaísta”. La intención de este pequeño ejercicio de apropiación literaria consiste precisamente (para ser perfectamente claros respecto a lo que nos depara en las siguientes líneas) en “parafrasear” y traducir inductiva y abductivamente el breve discurso de Tristan Tzara, agregándole ciertas aportaciones personales, adaptándolo lúdicamente a mis propios recursos retóricos y combinándolo con algunas ideas inspiradas por la controversial propuesta *anarquista-epistemológica* de Paul Feyerabend. Quité palabras y las reemplacé por otras. Agregué largos enunciados que no estaban ahí. Cambié el orden de las palabras a mi antojo y dejé las partes que mejor se acomodaban a la idea que buscaba transmitir: hice un neófito *collage* [sub]científico y [pseudo]poético –todo en honor al resurgimiento del dadaísmo epistemológico y su gloriosa y anhelada administración anarquista de las ciencias humanas y las *artes liberales* (o, mejor, *libertas*, *libertarias* y *libertinas*)–. Al mismo tiempo observé seguir rigurosamente mi propia metodología, para poder así introducir apropiadamente en qué consiste a *grosso modo* esta investigación. Sin más preámbulos, presento a continuación mi honesto y legítimo *plagio redimido*:

Yo hago investigación sociocultural y no quiero nada. Sin embargo, digo ciertas cosas y, en principio, estoy en contra de la ciencia. Porque estoy también en contra de los principios científicos opresivos y opresores que conducen al callejón sin salida de un conocimiento estéril para pensar la vida [...] “Sin piedad. Aún después de ésta masacre retenemos la esperanza de una humanidad purificada. Pero hablo solo por mí mismo, ya que no deseo convencer”. No tengo el derecho a arrastrar a otros a mi postura epistemológica. “Estoy en contra de la acción”. Estoy en contra del positivismo y de la tiranía de la lógica racionalista en las ciencias sociales. Por contradicción continua, por afirmación y por privilegio, no estoy ni a favor, ni en contra de nada. Y “no doy explicaciones porque odio el sentido común. Algunas personas creen que pueden explicar racionalmente lo que piensan. Pero eso es extremadamente relativo. El psicoanálisis es una peligrosa enfermedad” y también un maravilloso remedio. Pone a dormir los impulsos anti-objetivos del animal humano [...] Para hacer investigación sociocultural dadaísta agarro periódicos, revistas, artículos científicos y libros de filosofía,

antropología y sociología; tomo también mucho material de mi memoria y mi experiencia personal: mis aventuras y desventuras, mis aciertos y mis fracasos. Afiló un par de cuchillos wakizashi (versión más corta que la katana de los samuráis) para analizar; elijo una revista, una teoría, un recuerdo, tan largo como el tiempo que estoy dispuesto a invertir. Con un movimiento súbito, corto en pedazos los conceptos, las notas periodísticas, las vivencias, las ideas filosóficas. Luego recorto los trozos más pequeños: las palabras, que son como bellas y terribles tarjetas postales que, cuando se juntan en determinado orden, forman la gran pintura de mi objeto de estudio. Entonces coloco todos estos trozos de ideas en mi mente para poder trabajar con ellas. La sacudo gentilmente (la mente, claro) y luego saco y observo los pedazos de ideas, uno por uno, en el mismo orden en el que fueron saliendo de mi cerebro. Copio concienzudamente. La tesis será como yo. Y heme aquí: un investigador sociocultural: infinitamente incómodo, apasionado y delirante, auto-investido con una sensibilidad que resulta –para muchos y muchas– encantadora y al mismo tiempo insoportable, aunque, no obstante, va más allá del entendimiento de los simples mortales.²

En efecto, el texto que aquí se presenta se parecerá a mí, pues está basado en una investigación cultural casi completamente auto-etnográfica. Los temas que se tratan a lo largo del texto son –en varios sentidos– sumamente personales y alcanzan a tocar fibras internas bastante sensibles, contradictorias y peligrosamente explosivas. Es por eso que, como medida de precaución ética, científica y estética, éste estudio social se posicionará epistemológicamente –antes que nada– desde el dadaísmo, la antropología posmoderna y también desde la *razón sensible*³ propuesta por la epistemología feminista.

Se iniciará entonces con un *marco teórico*, que servirá para sentar las bases conceptuales de este extraño y emocionante proyecto de investigación. En éste primer capítulo se trazarán los márgenes que le dan forma al paradigma teórico dentro del cual se llevará a cabo la reflexión en torno al objeto de estudio: *las prácticas sociales de consumo que*

² *Paráfrasis alterada* del discurso pronunciado por Samuel Rosenstock (nombre verdadero de “Tristan Tzara”) en un video inédito encontrado en un artículo en línea: Juan Ortiz Delgado. (2018). *Cómo hacer un poema dadaísta por Tristan Tzara*. 24 de mayo de 2020, de COSAS de ARQUITECTOS: revista digital de arquitectura Sitio web: <https://www.cosasdearquitectos.com/2018/04/como-hacer-un-poema-dadaista-por-tristan-tzara/>. Se desconoce la fuente del video original. En la paráfrasis mantengo entre comillas los enunciados extraídos directamente y citados idénticamente del discurso de Rosenstock.

³ Concepto acuñado originalmente por el sociólogo francés Michel Maffesoli y retomado posteriormente por Lourdes C. Pacheco (2005) y otras autoras de la epistemología feminista.

constituyen al barrio Zona Norte de Tijuana como un espacio heterotópico fronterizo. A continuación, se presentará una de mis partes favoritas del texto: el *diseño [anti]metodológico* que caracteriza éste proyecto de experimentación científica. En éste capítulo se establecerá el enfoque metodológico y disciplinario de la investigación, así como las técnicas y herramientas que serán utilizadas en el trabajo [auto]etnográfico que se llevará a cabo. Posteriormente viene el *capítulo contextual*, en el cual se hará una breve descripción panorámica y general del contexto geográfico, político, económico, histórico y cultural en el que está inscrito dicho objeto de estudio. Finalmente, se cerrará el cuerpo del trabajo con el *capítulo de análisis*, que considero, sin duda, el más importante en el registro escrito de esta investigación. Ahí se realizará por fin el prometido análisis: el desmenuzamiento analítico y la *doble hermenéutica* de las prácticas sociales de consumo estigmatizado observadas en la Zona Norte. Un estudio realizado a partir de la consideración del contexto del objeto de estudio y de un paradigma teórico más o menos definido. Un análisis lúdico y minucioso, guiado por directrices metodológicas poco convencionales pero carentes de cualquier forma de temor o timidez científica. Después vendrán las conclusiones formales de la investigación, agradecimientos, más formalidades y listo. Por último, en los anexos del trabajo se incluirán *12 notas del diario de campo*, así como una *entrevista informal* con un informante clave.

Así pues, se dará inicio a un bizarro viaje interestelar de la razón sensible, que navegará por un *multiverso* de ideas aparentemente caótico, pero lleno de conexiones y relaciones con la vida real y el mundo palpable, gobernado todavía por fuerzas que rebasan nuestra comprensión racional. En la presente tesis de investigación se mostrarán los resultados de un análisis personal y teórico del espacio urbano de la Zona Norte de Tijuana y las prácticas sociales de consumo estigmatizado que la constituyen como un escenario antropológico y una *heterotopía fronteriza*. Así como una serie de temas diversos que giran en torno a tal espacio y tales prácticas: desde la prohibición del alcohol en E.U. hace un siglo, hasta diversos fenómenos que suceden aquí mismo y en otras partes del cosmos, pasando por la venta y el consumo de drogas, los arácnidos australianos, la prostitución y los tacos de carne asada en *la Coahuila*, las farmacias corruptas, los boxeadores ex-adictos, las plantas carnívoras, la *heterotopía*, el espacio urbano, la frontera entre el norte y el sur global, las prácticas sociales, el deseo, el *no-lugar*, el consumo, el turismo perverso, la *razón neoliberal*, la *posmodernidad* capitalista, la *ebriedad narcótica*, el infierno dantesco, el *ser* y la *nada*, el ADN de los dinosaurios, la polimorfa hermenéutica

autoetnográfica de las calles, la *melodía urbana del caos social* y el eterno dilema del huevo y la gallina.

Capítulo 1: Marco teórico

La Zona Norte y la nada: Hacia una sociología espasmódica y una etnografía urbana del caos social

“La nada es, entonces, la raíz primera, la raíz de raíces, de la que el árbol de la creación se alimenta: la esencia misma de Dios.”
— Manuel Delgado

Líneas temáticas: *sociología del caos, espacio y fronteras, prácticas sociales, heterotopía y estigmatización territorial*

En 1809 Saint-Simon escribió que “la reunión de los hombres constituye un verdadero ser, cuya existencia es más o menos vigorosa o débil, según que sus órganos desempeñen más o menos regularmente las funciones que les son confiadas” (Delgado, 1999:86). Para Durkheim, esto se traduce en una noción de la sociedad entendida como un *ser animado*, como un organismo vivo. Si se piensa en la analogía que hace Saint-Simon de la sociedad como un ser “dotado de un cuerpo y un alma” entonces el barrio de la Zona Norte sería una llaga en el cuerpo de Tijuana, abierta y sangrante, como un absceso que secreta constantemente el *pus social*, los microorganismos no-deseados, las bacterias que —a pesar de las violentas medidas higiénicas que se toman contra ellas— siguen reproduciéndose, alimentándose y agonizando en la *herida abierta*, diría Gloria Anzaldúa, que es la frontera México-Estados Unidos. Una de las áreas más infectadas del *organismo social*, donde se concentra el virus de la violencia y la desigualdad global. El alma de este organismo urbano sería, así mismo, impura y perversa: contaminada de concupiscencias y pecados.

Sin embargo, esta investigación empleará una estrategia conceptual distinta. Se abordará el objeto de estudio desde la escuela teórica que aquí nos contentaremos con llamar *sociología entrópica* o *etnología urbana del caos*, o bien, “sociología espasmódica” o “antropología de lo inestable”, como lo hace Manuel Delgado. La intención de este proyecto consiste precisamente en captar la “constitución confusa de lo social”, que se materializa —en el contexto específico de la Zona Norte de Tijuana— en una serie de prácticas de consumo que se relacionan entre sí de una manera desordenada y difusa, en

un espacio urbano sobrecargado de significados. Es decir, un espacio atiborrado de todo tipo de discursos: sexuales, religiosos, políticos, publicitarios, estéticos, periodísticos, espirituales, etc. Discursos pro-hegemónicos, expresiones sociales nihilistas y gestos contraculturales, que suenan todos al mismo tiempo, como las voces de la multitud en un mercado; como el griterío de un tianguis, voces que a veces se confunden unas con otras, se contradicen entre sí y se convierten en un solo ruido ininteligible, intimidante y poderoso, que genera un mitote de sentidos, un desmadre simbólico, una verdadera guasanga discursiva.

La idea es utilizar el enfoque de esta sociología del caos para abordar teóricamente la ambigüedad constitutiva de la (des)organización social, manifestada concretamente en la compleja y pegajosa –viscosa, diría Maffesoli– relación analítica que existe entre las prácticas sociales, su materialidad espacial y los múltiples sentidos que las atraviesan. Sentidos y discursos que –para complicar un poco más el asunto– se corporizan o encarnan en las moléculas sociales que son los seres humanos, con sus bocas y sus pelos, sus vísceras y su sangre, sus pieles, sus deseos y subjetividades individuales.

Como bien lo apunta Manuel Delgado, la sociología clásica durkheimiana, la escuela de *L'Année sociologique*, concibe la sociedad como un cuerpo bien estructurado y equilibrado, cuyos órganos cumplen determinadas funciones que satisfacen las necesidades de la colectividad. Un sistema que, a pesar de estar “cerrado en sí mismo”, participa en una relación de interdependencia con otros sistemas y en el que “todas las partes cooperan en una actividad unitaria conjunta, de acuerdo con relaciones regulares, de manera que ninguno de sus componentes puede modificarse sin modificar a las demás.” (Delgado, 1999:86). Siguiendo a Delgado, esta concepción sirve para justificar una ciencia *positiva* –y *positivista*– de la sociedad. Una visión ingenua y a la vez arrogante, que se cree capaz de anticipar las desviaciones sociales, diagnosticarlas y prevenir cualquier tipo de falla estructural en el sistema. El objetivo de este tipo de enfoque sociológico es salvaguardar –o, si es necesario, *simular*– un supuesto *orden* social pensado como “inalterado e inalterable” (1999:86).

Delgado menciona a otro sociólogo francés de comienzos del siglo pasado, Gabriel Tarde, cuya postura contrasta con el organicismo de Durkheim y se antoja mucho más compatible con el acercamiento teórico de esta investigación. La propuesta de Tarde consiste en una “física social de los microprocesos”, una sociología cuyo análisis hace énfasis no en la estructura o en la funcionalidad regular y homogénea de las sociedades,

sino en lo conflictivo y lo contradictorio, en lo heterogéneo e inmensurable, en la irregularidad, la improvisación, la inestabilidad y la perturbación. Siguiendo a Delgado, se entiende que, para Tarde, la sociología “debía ser”, al menos idealmente:

Una ciencia de las erupciones, de las emanaciones desordenadas que delatan la constitución confusa de lo social, acaso emparentada con las imágenes que constantemente emplea Marx en sus textos y que remiten a abismos, terremotos, estallidos volcánicos, una extraordinaria presión atmosférica que, estando siempre ahí, no notamos y que debemos aprender a sentir. Una sociología espasmódica opuesta a la de Durkheim, sosegada –se afirma–, obsesionada con el orden y su perpetuación. Escribía Tarde: *‘Físicas o vitales, sean mentales o sociales, las diferencias que eclosionan en la clara superficie de las cosas no pueden proceder más que de su fondo interior y obscuro, de esos agentes invisibles e infinitesimales que se alían y luchan eternamente y cuyas manifestaciones regulares no deben hacernos creer en su identidad, de igual manera que el silbido monótono del viento en un bosque lejano no nos debe hacer creer en la semejanza de sus hojas, todas dispares, todas diversamente agitadas.’* (1999:87).

Émile Durkheim, apunta el autor de “*El animal público*”, fue consciente de que la metáfora de los organismos vivos solo servía parcialmente para explicar la organización de las sociedades humanas, pues éstas parecían estar determinadas por una variedad y multiplicidad de “factores de impredecibilidad” (1999:88). Durkheim entendía la vida social como una “sucesión ininterrumpida de transformaciones, paralelas a otras transformaciones en las condiciones de la existencia colectiva. De ahí, esas “corrientes libres que perpetuamente están transformándose”. ” (1960, citado en Delgado 1999:88).

Lo que el llamado –junto con Marx y Weber– “padre de la sociología” conceptualizaba como *efervescencia colectiva*⁴ no tiene intenciones claras, ni apunta necesariamente hacia ningún lado en específico. Puede respaldar y oponerse a todas las causas y a la vez a ninguna. No responde a un “proyecto finalista único”. Puede referirse a “hechos informes, que se distribuyen discontinuamente a lo largo y ancho del cuerpo social y que se expresan en forma de brotes o estallidos intermitentes, crisis agudas no muy alejadas de las

⁴ “El concepto que le serviría a Durkheim para plasmar este estado de excepcionalidad en el que una sociedad existía literalmente en tanto que *ente vivo*, pero mostrándose como *fuera de sí*, es el de *efervescencia colectiva*, ese estado en que una multitud aparecía transfigurada en ser [...] Durkheim identificaba esa efervescencia con una ‘sed de infinito’ siempre presente en toda estructuración social.” (Delgado, 1999:90)

erupciones de las que hablaba Gabriel Tarde.” (Delgado, 1999:90). Son precisamente esta clase de *hechos informes* sobre los que –en este trabajo de investigación– se pretende reflexionar. Durkheim relacionaba estos fenómenos con lo que él llamó *anomia*⁵. Aquella “falta de orden” que constantemente alteraba los obsesivos nervios de su sociología positivista. Sin embargo, cuando observamos las sociedades contemporáneas, parece ser que la temida *anomia* está presente en todos lados y que la *falta de normas* se ha vuelto la norma. En las palabras de Delgado: “La situación generalizada de disgregación, consecuencia del debilitamiento de las estructuras sociales tradicionales, hace que el mundo actual esté atravesado en todas direcciones por esa anomia y conozca con frecuencia expresiones de efervescencia social no finalista, basada en pasiones anárquicas e incontroladas y en ansias humanas no saciables fácilmente” (1999: 90–91).

Me parece sumamente extraña –y a la vez tan familiar– la analogía que puede hacerse entre la *anomia* durkheimiana y los patrones de conducta de los sujetos que padecen adicciones. Las anomias *son* y actúan sobre los individuos de forma casi idéntica a las *adicciones* –al alcohol, a los narcóticos, a la comida, al sexo o al juego–. Adicciones que, por cierto, abundan en la Zona Norte de Tijuana, y que constituyen uno de los combustibles biosociológicos que le dan vida y continuidad a las prácticas sociales de consumo estigmatizado que se analizan en esta investigación. Apunta el antropólogo español: “No se trata de accesos de irracionalidad o de locura, sino de expresiones de una pura agitación que parece querer calmar un vacío, reacciones ante la desesperación por no tener nada donde fijarse y encontrar un punto de equilibrio, por no poder saciar una exigencia inespecífica. Las víctimas de la anomia no pueden calmar su inquietud, no les interesa el mundo real” (1999: 92).

Por otro lado, ni las adicciones ni las anomias generan conductas “propriadamente antisociales”, ya que su objetivo no es destruir el orden social, ni siquiera modificarlo. Podemos entenderlas (echando mano de la propuesta de Delgado) como actitudes o actuaciones “a-sociales”, puesto que se inclinan más hacia la *indiferencia* que hacia la

⁵ “Émile Durkheim desarrolla el concepto de *anomia* en La División del Trabajo Social y El Suicidio, identificando el momento en el que los vínculos sociales se debilitan y la sociedad pierde su fuerza para integrar y regular *adecuadamente* a los individuos, generando fenómenos sociales tales como el suicidio. El concepto tuvo un gran impacto en la teoría sociológica y fue retomado por otros teóricos que lo aplicaron para estudiar diversas problemáticas. En particular, resulta interesante la perspectiva de autores tales como Talcott Parsons, Robert Merton, Harold Garfinkel, Herbert McClosky, entre otros.” (López, 2009:130, las cursivas son mías).

desobediencia de las normas establecidas: “No actúan *contra* el sistema social, sino al margen de él” (1999:92).

Así mismo, continuando con la analogía, tanto las *anomias* como las adicciones –o mejor aún, los *adictos*– nos permiten pensar en aquello que es desechado por la sociedad. Quizá los “seres humanos residuales” o “sujetos *kleenex*” de los que habla Zygmunt Bauman. Los suicidas, así como los *malandros*, los ludópatas, las prostitutas y los drogadictos, son sujetos que remiten a lo socialmente inadmisibile. Para algunos representan incluso lo inconcebible o lo *monstruoso*: “Voces de *todo lo otro*, que suenan al mismo tiempo, en un alarido enloquecido o en un rumor constante que en sí mismo no significan nada, que *no son nada*” (Delgado, 1999: 97).

A partir de las reflexiones anteriores, puede deducirse que las categorías teóricas y la perspectiva de la escuela durkheimiana que mantiene aún esa neurótica fijación con el *orden* social, no serán las más adecuadas para ser aplicadas a un estudio que intenta analizar la inestabilidad y la incongruencia de las urbes, a partir de las prácticas que constituyen sus espacios más *líquidos* y heterogéneos. Será necesaria una mirada más abierta para captar las “fluctuaciones”, “zarandeadas” y “sacudidas constantes” que caracterizan a las sociedades urbanizadas, en las que “es lo inarticulado lo que parece primar” (Delgado, 1999:129). Como bien señala Delgado: “En paralelo a lo que ha ocurrido en las ciencias naturales, las ciencias de la sociedad y la cultura, que nunca dejaron de ser conscientes de la presencia en su campo de estudio de todo tipo de tumultos, convulsiones y aceleramientos, han acabado por sospechar que también los sistemas sociales dependen de los envites y sacudidas que constantemente los hacen tambalear” (1999:129).

Respecto a esta tendencia, la Zona Norte no representa una excepción sino, por el contrario, una oportunidad: llevar a cabo una auténtica etnografía urbana del caos. En este barrio tijuanense es posible apreciar de manera muy cruda y palpable la esencia caótica, violenta e impredecible de la sociedad contemporánea. La Zona Norte *es y está* entre *la sociedad y la nada*. Es ambas cosas y, al mismo tiempo, *ninguna*. Las prácticas que ahí se observan lo son *todo* y a la vez son *nada*. Los cuerpos que ahí transitan son *nadie*. Y en consecuencia, es *alguien*, son *cualquiera*, es *ninguno*, somos *todos*.

Espacio

La tesis general de la cual parte este proyecto es que lo que llamamos *espacio* no es un mero contenedor de *hechos sociales*, sino un producto social en sí mismo, que se constituye por una serie de prácticas socioculturales. Es decir que, para los fines de esta investigación, es necesario posicionarse en un paradigma epistemológico en el que los fenómenos sociales y culturales que se pretenden analizar no son observados como practicados *en o sobre* un espacio urbano “neutral”. Por el contrario, aquí el espacio será concebido como una consecuencia o un efecto de la praxis social que le da forma, sustancia y vida. Ya que una calle semi-oscura de la Zona Norte no es peligrosa *per se*, se convierte en peligrosa si por ella deambula alguien dispuesto a hacerte daño. A partir de esto, planteo la hipótesis de que *existe un conjunto de prácticas socioculturales de consumo estigmatizado –normalizadas unas, perseguidas otras; legales unas, ilegales otras– que contribuyen a la constitución del barrio Zona Norte como un espacio heterotópico*.

Ahora bien, ¿por qué hablar de la Zona Norte en términos de *espacio* y no de *lugar*? Michel De Certeau define un lugar como “el orden según el cual los elementos se distribuyen en relaciones de coexistencia” (1990:129). He aquí la misma vieja obsesión neurótica con el orden que encontramos en las propuestas de Durkheim. La noción de *lugar* implica –así como lo hace el principio de *impenetrabilidad* de la física clásica– la imposibilidad de que dos cosas se encuentren en el mismo sitio. Certeau lo llama la ley de lo *propio*: “los elementos considerados están unos al lado de otros, cada uno situado en un sitio *propio* y distinto que cada uno define. Un *lugar* es pues una configuración instantánea de posiciones. Implica una indicación de estabilidad” (1990:129). En contraste, por ejemplo, con la noción de “no-lugar”⁶ de Marc Augé, que implica impersonalidad y movimiento.

Para los objetivos de esta investigación, se concebirá la Zona Norte menos como un *lugar* y más como un *espacio*, evitando así la ilusión de estabilidad que implica el concepto de *lugar*, haciendo posible de este modo llevar a cabo un reconocimiento y un análisis de las prácticas sobrepuestas que constituyen este barrio tijuanense como un “lugar practicado”,

⁶ Concepto acuñado por Augé en su libro “Los no lugares: *espacios del anonimato*. Una antropología de la sobremodernidad”, publicado en 1992. Por otro lado, cabe mencionar, como me lo sugirió Raúl Balbuena en un diálogo por correspondencia que “tanto los “no lugares” como “el espacio”, son producto de prácticas sociales y de un sistema de significaciones. Quizá la diferencia estriba en la impersonalidad, la perennidad o durabilidad de los contactos o de las prácticas.”

un *espacio antropológico*⁷. Pues las prácticas de consumo que se llevan a cabo en la Zona Norte se encuentran estrechamente relacionadas entre sí y constantemente se atraviesan y se intersectan unas con otras, como se explicará con más detalle en el capítulo de análisis. Citando nuevamente a Certeau: “El *espacio* es un cruzamiento de movilizaciones. Está de alguna manera animado por el conjunto de movimientos que ahí se despliegan. Espacio es el efecto producido por las operaciones que lo orientan, lo circunstancian, lo temporalizan y lo llevan a funcionar como una unidad polivalente de programas conflictuales o de proximidades contractuales” (1990:129).

En otras palabras, podría afirmarse que el espacio es un *lugar vivido* o un *lugar practicado*. De este modo, siguiendo a Certeau, las calles de la ciudad –en este caso las de la Zona Norte de Tijuana– son “geométricamente definidas por el urbanismo” (1990:129), pero transformadas en *espacio* por la intervención de los peatones y los habitantes que las recorren y habitan. Es decir, el espacio deviene como tal en tanto que es practicado, usado, experimentado y significado por un individuo o una colectividad. Al menos así se sugiere concebirlo para los fines de este estudio: el espacio no es un simple contenedor o plataforma material de lo social, sino un producto social en sí mismo.

Fronteras

Por otro lado, sería ingenuo ignorar el hecho de que la Zona Norte cuenta con una peculiaridad que la distingue de otros barrios bravos como *El Hoyo* de Iztapalapa o Tepito en la Ciudad de México. Una característica de dicho espacio que sobresale ruidosamente entre las otras: su condición fronteriza. Además de encontrarse en una de las ciudades-frontera más visitadas del mundo, este barrio tijuanense está ubicado literalmente *en* la frontera. Emerge junto al cerco que divide el continente americano; está a escasos metros de la frontera, separada por la Vía Internacional, una empalizada en la mediana y un desnivel. La línea entre los mundos. El primero y el tercero (por utilizar esta terminología de la guerra Fría y la década de 1970). El cruce de peatones, *Ped-West*, para cruzar al *otro*

⁷ Hemos introducido el concepto de “espacio antropológico” como concepto gnoseológico vinculado, en cuanto *contexto envolvente*, a un campo o a un material antropológico. La idea de un espacio antropológico presupone la tesis de que el hombre sólo existe en el contexto de otras entidades no antropológicas, la tesis según la cual el hombre no es un absoluto, no está aislado del mundo, sino que está “rodeado”, envuelto, por otras realidades no antropológicas (plantas, animales, piedras, astros) ” (Gustavo Bueno. *Epílogo. Etnología y Utopía*. Universidad, Madrid-Gijón. 1987).

lado, es decir, de Tijuana a San Diego –si se cuenta con *visa*– se encuentra precisamente en la Zona Norte. La dirección oficial de la garita es “*Canalización Río Tijuana s/n, Federal, 22010 Tijuana, B.C.*”... Así mismo, los cuerpos que cruzan de San Diego a Tijuana lo hacen por un *no-lugar*⁸ llamado *El Chaparral*, una entrada (o salida) a la ciudad que desemboca en las calles y callejones de la Zona Norte. Además de encontrarse a unos cuantos pasos de la *línea*, este espacio urbano se antoja como una materialización crudamente espectacular de la frontera moral y simbólica que existe entre los *Malls* de San Ysidro y los *ñongos* de la Zona Norte. Entre San Diego y Tijuana. Entre California y Baja California. Entre Estados Unidos y México. Entre el primer mundo y el Sur global. Esta frontera está cargada de historia y significados: dolor, esperanza, guerras, migración, diferencia, oportunidad, conflicto, colaboración, segregación, empatía, rivalidad, fraternidad, racismo, hibridez, desigualdad, inclusión, exclusión, éxito, marginación. Y la lista podría seguir *ad infinitum*. Quizá el concepto más contundente que surge del choque entre estos dos mundos es el de “cultura fronteriza”. En las palabras de Gloria Anzaldúa: “The U.S.-Mexican border es *una herida abierta* where the Third World grates against the first and bleeds. And before a scab forms it hemorrhages again, the lifeblood of two worlds merging to form a third country— a *border culture*” (1987:25). Las cursivas son mías).

Anzaldúa define la frontera como una “línea divisoria” (1999:25) que es trazada para delimitar y separar los lugares “seguros” de los “inseguros”, así como definir un *nosotros* y un *ellos* (1999:25). Para la autora chicana, un espacio fronterizo, un “*borderland*”, es un lugar ambiguo e indeterminado, generado por el “residuo emocional de un límite no-natural” (1999:25). La frontera se encuentra en un estado de constante transición y mutación. Es habitada y transitada por los sujetos “prohibidos”: “Los *atravesados* live here: the squint-eyed, the perverse, the queer, the troublesome, the mongrel, the mulato, the half-breed, the half dead; in short, those who cross over, pass over, or go through the confines of the ‘normal’” (Anzaldúa, 1999:25).

⁸ “El lugar y el no lugar son más bien polaridades falsas: el primero no queda nunca completamente borrado y el segundo no se cumple nunca totalmente: son palimpsestos donde se reinscribe sin cesar el juego intrincado de la identidad y de la relación [...] Cuando Michel de Certeau habla de “no lugar”, es para hacer alusión a una especie de cualidad negativa del lugar, de una ausencia de lugar en sí mismo que le impone el nombre que se le da” (Marc Augé, *Los no lugares: espacios del anonimato. Una antropología de la sobremodernidad*. 1992:84,90).

Ahora bien, resulta más que interesante el hecho de que el paso fronterizo más transitado de Tijuana –conocido popularmente como el cruce o la *línea* de *San Ysidro* o *El Chaparral* (dos diferentes puertos de entrada)– sea una *puerta*, pero también un *punte* que pasa por encima de un río. No *cualquier* río. Un río casi completamente seco, habitado y transitado por migrantes deportados, indigentes y adictos. Un área basura. Asentamientos humanos aquí y allá. Condiciones de extrema precariedad y marginalidad. Ñongos y alcantarillas. Muros, puertas, puentes, ríos. Un contenedor de residuos materiales y *residuos humanos*⁹: la *Canalización del río Tijuana*. El terrible y famosísimo *Bordo*... Todo esto recuerda en cierto modo a lo planteado por George Simmel respecto a las puertas y los puentes, los cuales describe como producciones materiales del intelecto humano cuya finalidad es “separar lo unido” y “unir lo separado”:

El puente hace patente que las dos orillas de un río no están sólo una frente a la otra, sino *separadas*, implica ‘la extensión de nuestra esfera de voluntad al espacio’, supera la ‘no ligazón de las cosas, unifica la escisión del ser natural’. Todavía más radicalmente, la puerta es algo que está ahí ‘para hacer frontera entre sí lo limitado y lo ilimitado, pero no en la muerta forma geométrica de un mero muro divisorio, sino como la posibilidad de constante relación de intercambio’ (Simmel, 1986, citado en Delgado, 1999: 103,104).

Así, el lecho del río, el *Bordo* y el *Chaparral* –que sin duda forman parte del barrio de la Zona Norte– hacen visible el hecho de que Tijuana y San Diego no se encuentran simplemente una junto a la otra, sino *separadas* y a la vez *juntas*. En una “constante relación de intercambio” material y simbólico. El muro fronterizo separa las dos ciudades en un sentido geopolítico, pero los muros que se construyen en el imaginario colectivo son los que separan a Tijuana y a San Diego en un sentido cultural, moral, simbólico y poético. En este sentido, valdría la pena abrir aquí la discusión –que se inscribe en la *frontera* entre la psicología y la filosofía– sobre las separaciones o segmentaciones de la realidad a partir de las cuales le damos forma y sentido a nuestro mundo. En otras palabras, sobre las formas en que separamos el mundo para inyectarle significados y habitarlo como el *animal de realidades*¹⁰ que es el ser humano. Respecto a esto señala Delgado: “Las segmentaciones que reconocemos en la organización de la realidad no son

⁹ Concepto acuñado por Zygmunt Bauman en “*Vidas desperdiciadas: La modernidad y sus parias*”, publicado en 2003.

¹⁰ Concepto acuñado por Xavier Zubiri basada en presupuestos antropológicos escolásticos que retoma desde la fenomenología en 1935.

la consecuencia de unas diferencias preexistentes a ellas, sino, al contrario, su demanda básica. Es porque hay diferenciaciones por lo que podemos percibir diferencias, y no al contrario, como un falso sentido común se empeñaría en sostener (1999:103)“.

En efecto, la necesidad cognitiva de hacer diferenciaciones antecede a las aparentes “diferencias” *esenciales* entre los seres. Si se aplica esta premisa al caso concreto del objeto de estudio, podría afirmarse que la frontera –física, simbólica y moral– entre Tijuana y San Diego es una de las manifestaciones materiales y culturales de la tendencia humana a segmentar la sociedad y dividir el mundo. Las fronteras parecen ser una función natural del animal político. Lo cual se tratará con mayor profundidad y detenimiento en el capítulo de análisis.

Por otro lado, volviendo a pensar en los *usos prácticos* del espacio urbano –lo que Michel de Certeau describe como *poetizaciones*–, es decir, las formas concretas y tangibles en que este *espacio fronterizo* es vivido, resultaría útil recurrir a la analogía que plantea el filósofo francés entre la relación del peatón con las calles que recorre y la de los cuerpos de dos amantes que se abrazan con los ojos cerrados. Certeau utiliza esta metáfora para expresar “la paradoja última de la frontera”: “Todo lo que está separado está unido por aquello mismo que lo separa” (Delgado, 1999:123). En las palabras de Manuel Delgado: “En el abrazo amoroso, ¿cuál de los cuerpos en contacto posee el límite que los distingue? Certeau se responde: ‘Ni el uno ni el otro.’ Es decir: nadie. La frontera, cualquier frontera, por definición no tiene propietario, puesto que es un pasaje, un vacío concebido para los encuentros, los intercambios y los contrabandeos. Toda frontera es eso: un *entre-deux*” (1999:123).

Ciertamente la frontera se constituye entre dos. *Ser* de un lado permite que exista el *otro* y viceversa. O como escribió alguna vez Borges en Fundación Mítica de Buenos Aires: “No nos une el amor, sino el espanto, acaso por eso la quiero tanto”. Vivir en la frontera no es simplemente *estar* en el límite. Sino también ser sangre que brota. Sangre caliente, llena de vida y de muerte, que mantiene la *herida abierta* y no la deja cicatrizar.

Ser fronterizo, Ser ambiguo, Ser liminal.

Vivo entre México y el Norte global.

Vivo en la barrera que separa el bien y el mal.

El santo y el criminal.
El ciudadano y el ilegal.
Ser en la frontera entre la embriaguez y la sobriedad.
Entre el deseo y la moral.
Entre lo afortunado y lo fatal.
Entre el hombre y el animal.
Entre lo piadoso y lo brutal.
Entre el hambre y la saciedad.
Vivo en medio de la riqueza y la pobreza.
En la frontera entre el conocimiento y la extrañeza.
Entre la razón y la inconciencia.
Entre la crueldad y la inocencia.
Entre la desesperanza y la paciencia.
Vivo en la frontera entre el desierto y la amazonia.
Entre Jerusalém y Babilonia.
Entre el fraccionamiento y la colonia.
Vivo en la línea divisoria entre el paraíso y el infierno.
Entre un querubín malvado y un demonio tierno.
Producto de la historia y de un destino ciego.
Ser vivo y muerto en la frontera.
Entre Tijuana y San Diego.
—Poema de un informante anónimo

El siguiente punto trata la cuestión de las prácticas sociales. Si uno de los objetivos principales de esta investigación consiste en analizar las *prácticas socioculturales de consumo que constituyen a la Zona Norte como un espacio heterotópico fronterizo*, será indispensable comenzar por responder a la “simple” pregunta: ¿qué es una práctica? De acuerdo con Tomás Ariztía, las prácticas pueden ser definidas como “nexos de formas de decir y hacer que tienen cierta dispersión espacial y temporal, que están constituidas por diversos componentes, competencias prácticas, formas de sentido y recursos materiales” (2017:221,222).

Siguiendo a Ariztía, es posible encontrar otra definición bastante útil en la *Teoría de la Estructuración* de Anthony Giddens. Para el sociólogo británico, las prácticas sociales representan “un aspecto constitutivo de la vida social sobre la cual se generan y operan las estructuras sociales” (2017:223). Giddens hace especial énfasis en la importancia del saber práctico que se manifiesta en la “organización socio-temporal de prácticas y en su recursividad como el origen de estructuras estables.” (2017:223) Por otro lado, la definición de Shatzky y Rekwitz sugiere concebir las prácticas como “formas de hacer y/o decir que surgen de la interrelación espacio temporal de tres elementos: *competencias, sentido y materialidades*” (Ariztía, 2017: 224).

Lo que estos autores llaman *competencias* puede entenderse como un conjunto de “saberes prácticos” y “habilidades”. Un “*know how*” que constituye una condición de posibilidad fundamental para la “ejecución de una práctica por parte de un actor” (Ariztía, 2017: 224). Como bien apunta Ariztía, las *competencias* también incluyen saberes que permiten juzgar y evaluar el desempeño de otros actores al realizar una práctica. Se trata de saberes prácticos que se corporizan en los sujetos y que se ponen en marcha de manera automática y a-reflexiva (2017: 224). Por otro lado, el *sentido*, otro elemento esencial a toda práctica, remite a un “conjunto amplio de aspectos teleo-afectivos, valoraciones y repertorios culturales sobre el cual se establece el significado y necesidad de una práctica para quienes las ejecutan” (2017: 224). Este conjunto incluye los sistemas ideológicos, morales y afectivos a partir de los cuales valoramos las prácticas. Las formas en que concebimos lo que es “deseable” y lo que es “bueno” (2017: 224), así como el repertorio de creencias, emociones y significados que asociamos a prácticas concretas (2017:224). Resulta interesante pensar, como lo hace Ariztía, que varias –y variadas– prácticas pueden compartir el mismo *sentido*. Por último, el tercer elemento constitutivo de toda práctica son las *materialidades* (2017:224), las cuales pueden definirse, siguiendo al autor, como

“la totalidad de las herramientas, infraestructuras y recursos que participan de la realización de una práctica” (2017:224). Las *materialidades* no son un elemento externo a las prácticas, sino que las sustentan y las constituyen: “Definen la posibilidad de existencia de la misma, así como sus transformaciones” (2017:225) Las distintas condiciones materiales –o espaciales– hacen posible ciertas prácticas e imposibilitan otras. De esta manera, la *materialidad* es un factor de suma importancia en cuanto a la organización de las prácticas. En las palabras de Ariztía:

Como plantean Shove, Pantzar y Watson, las prácticas pueden ser definidas como una configuración específica de los tres elementos descritos anteriormente, *competencias, materialidades y sentido*, las cuales se vinculan en la ejecución de un conjunto de actividades determinadas. Las prácticas existen cuando estos tres elementos coexisten activamente y lo dejan de hacer cuando alguno de estos elementos desaparece o cambia sustancialmente, imposibilitando la existencia de la práctica. (2017:225).

Así pues, para los propósitos de esta investigación, se empleará esta conceptualización de las prácticas entendidas como la interrelación e interacción entre las *competencias*, las *materialidades* y el *sentido* que las constituyen. Para mostrar esto se utilizará el ejemplo de una práctica sociocultural específica observada en el trabajo de campo: la compra de un *globito de cristal* (dosis de medio gramo de metanfetamina) en el punto de venta del *Primer callejón Coahuila*, en la Zona Norte de Tijuana. Posteriormente, en el capítulo de análisis, se llevará a cabo un ejercicio de deconstrucción de dicha práctica de consumo estigmatizado, a partir de la identificación y descripción de sus *competencias, materialidades y sentido*.

Heterotopías

Por otro lado, es necesario tomar en cuenta que las prácticas que se llevan a cabo en la Zona Norte y que han sido seleccionadas para analizarse en esta investigación, son prácticas específicas que, en efecto, están relacionadas con formas de consumo estigmatizadas; pero también implican *formas de vida* asociadas a la exclusión y la marginación social, lo cual genera un tipo de espacio urbano específico: de indigencia, venta y consumo de drogas, violencia y prostitución. Son actividades que representan aquellos procedimientos que “escapan a la disciplina, sin quedar, pese a todo, fuera del

campo donde ésta se ejerce” (De Certeau, 1990:132). Esta situación implica un “rechazo de lo que no es tratable y constituye luego los desechos de una administración funcionalista (anormalidad, desviación, enfermedad, muerte, etc.)” (De Certeau, 1990:106). Se trata pues, de un espacio de exclusión.

De este modo es entonces posible plantearse la idea de la Zona Norte como un *espacio otro*, una “heterotopía”, en los términos de Michel Foucault. Se trata específicamente de una “heterotopía de *desviación*”, es decir, “aquéllas donde están colocados los individuos cuyo comportamiento es desviante en relación con el promedio o la norma exigida” (Foucault, 1967:20). Para Foucault, las “utopías” son espacios irreales en los que lo ideal y lo anhelado es proyectado, que se caracterizan por no contar con una localización física. Son “*no-lugares* de algo *no-realizado*, pero que posibilitan la construcción del presente como horizonte de sentido” (Toro-Zambrano, 2017:34. Las cursivas son mías). Mientras que, por el contrario, las “heterotopías” son, según María Cristina Toro-Zambrano:

Emplazamientos efectivos, utopías realizadas que se materializan, pero están por fuera de todos los lugares, no pertenecen al conjunto de los demás espacios físicos, están por fuera de todos los lugares y pueden ser localizables; son lugares otros, inclasificables entre todos los lugares porque su configuración escapa a espacios de poder, de saberes hegemónicos, de discursos organizados; son lugares que se dan por sí solos pero que se valen de lugares estructurados. (2017:36).

Cuando Manuel Delgado afirma que “el poder político se ocupa de lo lejano, del proyecto, de lo perfecto” (1999:93), parece estar hablando de lo *utópico*. Una sospecha que alcanza cierta satisfacción cuando el autor afirma en seguida que “la masa se ocupa de lo cotidiano, lo estructuralmente heteróclito” (1999:93), pues aquí ya se antoja suponer que está pensando en la noción foucaultiana de lo *heterotópico*. Siguiendo esta idea, podríamos plantear que la energía del poder político está canalizada hacia la construcción –ya sea fantástica, real o simbólica– de una utopía social. Mientras que la energía creativa de las masas fluye en una corriente eléctrica discontinua que enciende y apaga de forma aleatoria las bombillas que brillan en la obscuridad *a-social* de la heterotopía; como los destellos intermitentes de luces de neón que cuelgan de los techos de lámina, iluminando mediocrementemente el interior de los burdeles *low cost* (o rascuaches) y los picaderos de la Zona Norte.

Para que haya utopías, tiene que haber heterotopías. Espacios en los que se colocan los cuerpos no-deseados por la sociedad que aspira a lo ideal. Por decirlo de otra manera: para que haya iglesias y museos en San Diego, tiene que haber prostíbulos y cantinas en Tijuana. Esta idea se visualiza aún mejor en la Tijuana coetánea de la Ley Seca en E.U. La Zona Norte es un siniestro espacio lúdico. Una extensión de la frontera moral entre las dos ciudades. Según Manuel Delgado, “la nada no puede nihilizarse sino sobre fondo de ser; si puede darse una nada, ello no es ni antes ni después del ser..., sino en el seno mismo del ser, en su medio, como un gusano” (1999:98). Si nos apropiamos de esta idea para pensar el objeto de estudio podríamos deducir que la *heterotopía* de la Zona Norte no puede “nihilizarse sino sobre fondo” de la *utopía* de Tijuana –su “leyenda blanca”– o de la pulcritud de San Diego; si puede darse una Zona Norte heterotópica, ello no es ni antes de San Diego, ni después de Tijuana..., sino en “el seno mismo de su ser, en su medio”, en la frontera, como un gusano que sale de la *herida abierta* al mismo tiempo que brota la primera gota de sangre, desde el momento en que la *línea* entre los mundos es trazada con fuerza, como un cuchillo que dibuja su corte sobre la piel del planeta.

Si *Chula Vista*, California –con sus centros comerciales y sus herméticas áreas residenciales– representa la prosperidad utópica, entonces la Zona Norte de Tijuana –con sus cantinas, hoteles, picaderos y burdeles– representa la decadencia heterotópica. Si Tijuana es la “esquina de *Latinoamérica*”, entonces la Zona Norte es la esquina de la esquina. La *esquina meada*, ese término del *slang* (o *argot*) callejero y penitenciario que se utiliza para referirse a un espacio –real o ficcional– de marginalidad y marginación social. El punto de reunión de los borrachos, los migrantes, las prostitutas y los *malandros*. Los *excluidos* de la modernidad: de este y del otro lado de la frontera.

Estigmatización territorial

El concepto de “estigmatización territorial” fue acuñado por Loïc Wacquant, al lograr conjuntar la propuesta de Ervin Goffman sobre el *estigma* entendido como una “diferenciación basada en el desprestigio” (Wacquant, Slater, Borges Pereira, 2014) –que se construye desde la mirada de *otros* a la manera de una *heteroadscripción* identitaria– con la teoría sobre el “poder simbólico” de Pierre Bourdieu, entendiéndolo como una “nominación performativa”, que es ejercida por una autoridad investida con la capacidad de fijar representaciones y hacerlas realidad (2014:223). Por un lado, Goffman distribuye

los estigmas en tres distintas categorías: la “abominación del cuerpo”, los “defectos del carácter individual” y la “afiliación tribal transmitida por medio del linaje”. A ésta clasificación Wacquant añade una cuarta categoría: el *espacio*, pensado como una “marca distintiva de deslegitimación social” (2014:224). Por otro lado, uno de los puntos fundamentales de la propuesta de Bourdieu consiste en la idea de que el *poder simbólico* es un agente que influye en la “formación y desintegración de grupos”, que se realiza por medio de la “reducción del espacio social en formas que (des)movilizan a sus miembros putativos” (2014:224). A ésta propuesta Wacquant agrega la “*mediación crucial del lugar como contenedor material, encrucijada social e imaginario mental* cargado de profundas valencias emocionales” (2014:224).

Aunque llama la atención que Wacquant no hace aquí una clara distinción entre las nociones de *espacio* y *lugar* (lo cual podría dar lugar a controversias y confusiones), la forma en que utiliza la categoría “lugar” en la cita anterior hace evidente que muy probablemente el autor distingue *espacio* y *lugar* de una forma similar a la de Michel De Certeau. Es decir, pensando el *lugar* como un contenedor estable de contenidos inestables, y el *espacio* como un “cruzamiento de movilidades”. Por otra parte, hay que reconocerle al sociólogo francés la hazaña de retomar y combinar de esta manera las propuestas de Goffman y Bourdieu, pues esto puede resultar bastante útil para intentar entender a profundidad la *producción*, la *diseminación* y el *afianzamiento* de las estigmatizaciones territoriales en el “campo del poder”. No solo a nivel del estado y del mercado, sino también –y especialmente– en la escala de la cotidianeidad, en el diario vivir de los *átomos sociales* que son los habitantes y usuarios de la ciudad. Es decir, en la vivencia individual de lo social. La pregunta que surge a continuación es: ¿cómo es que el desprestigio o la infamia de ciertos espacios urbanos que cuentan con características moralmente inadmisibles generan sacudidas estructurales e impactos que transforman o “alteran” las identidades sociales? El objetivo de este tipo de investigaciones parece ser encontrar alguna respuesta a dicha interrogante, como se propone en el artículo publicado por la revista *Environment & Planning A*: “Comprender mejor la forma en que estas representaciones nocivas del espacio son producidas, se diseminan y se afianzan en el campo del poder, tanto desde agencias burocráticas y comerciales, como en la vida cotidiana, en formas que alteran la identidad, las estrategias y las estructuras sociales” (Wacquant, Slater, Borges Pereira, 2014: 224).

Ahora bien, es importante tomar en cuenta que esta propuesta de la estigmatización territorial –también llamada *mácula barrial*– es frecuentemente pensada como algo reciente. Como una tendencia propia de las últimas décadas del siglo pasado. Un fenómeno social que surge a la par del inicio de la decadencia y descomposición de los llamados “barrios de relegación” en Estados Unidos, emblemáticos espacios del capitalismo industrial fordista-keynesiano (2014:225). Siguiendo a los autores, el concepto de *estigma territorial* está fuertemente vinculado a ciertos fenómenos sociales que son, a su vez, otros estigmas de la ciudad. Es decir, la *mácula barrial* está constituida por muchas otras pequeñas máculas que se juntan y forman una gran mancha de distintos colores y tonalidades. Una mancha en la urbe que incomoda la mirada de los “buenos ciudadanos”. Cicatrices abiertas en el cuerpo social: la *precariedad* (eufemismo para *pobreza*), la “subordinación étnica” (comunidades marginadas, *minorías* nacionales y regionales –con y sin reconocimiento–, inmigrantes de clase baja, indigentes, prostitutas, usuarios y vendedores de drogas, etc.), decadencia urbana, “viviendas degradadas, inmoralidades impuestas y delincuencia callejera” (2014:226).

Estos barrios “decadentes” tienen presencia en diversos puntos del globo terráqueo¹¹ y no solo existen en el mundo material, sino que sus nombres y las imágenes monstruosas e infernales que éstos evocan también son una *mácula* permanente e indeleble en el imaginario colectivo. Imágenes “sulfurosas” que residen en la mente de las sociedades. Son el terrible sueño y la deliciosa pesadilla de los ciudadanos de las metrópolis. Desde las clases más bajas hasta las élites sociales y culturales, los sujetos interiorizan de diversas formas éstas imágenes, incluyendo también a las personas que habitan y practican esos espacios “malditos”, así como a otras que han sido “desterradas” (2014:227) o exiliadas de la *heterotopía*: “En cada país, un pequeño grupo de barrios se ha vuelto universalmente reconocido y atacado a nivel social y espacial por constituirse en refugios donde la indigencia y la decadencia son características que se generan y se perpetúan por sí solas. Los nombres de estos barrios –sinónimos de infiernos sociales– circulan tanto en discursos periodísticos, políticos y académicos como en conversaciones cotidianas” (Wacquant, Slater, Borges Pereira, 2014: 227).

¹¹ “Esta situación ha llegado a tal punto que una nueva etiqueta genérica ha ganado amplia aceptación en países desarrollados para designar esos barrios como rasgaduras y amenazas que afectan el tejido de una nación: algunos ejemplos son *banlieue-ghetto* en Francia, *quartieri degradati* en Italia, *Problemquartier* en Alemania, *sink estates* en el Reino Unido y *krottenwijk* en Holanda.” (*Environment & Planning A*, Wacquant, Slater, Borges Pereira, 2014).

A su vez, los barrios estigmatizados que emergen en contextos postindustriales son descritos, siguiendo a Wacquant, como “vórtices” y “vectores”, escenarios caóticos y agentes determinantes del *desorden* y la *desintegración* social, “en esencia disolutos e irremediablemente desorganizados” (2014:228). Este es precisamente el caso de la Zona Norte de Tijuana. Un espacio urbano estigmatizado constituido por una serie de prácticas de consumo (turismo, drogas y prostitución) que se relacionan de una manera coordinada y a la vez desordenada, generando una tensa atmósfera de perversa permisividad, alegre clandestinidad y decadente prosperidad.

Por otra parte, los sujetos que transitan, practican y habitan este barrio cargan con un estigma impuesto por la mirada “desde *afuera*”. Una mirada que reduce, exotiza y simplifica de manera hiperbólica al *otro*. Las personas que viven [en] la Zona Norte (incluyéndome aquí a mí mismo) están familiarizados con estos prejuicios y en varios casos reaccionan a la condescendiente mirada hegemónica sin amedrentarse, sin titubear y sin pelos en la lengua. Muchas veces, por supuesto y con todo el derecho, lo hacen con repudio. Se rehúsan y se resisten a ser conejillos de indias de la academia o ratas de laboratorio de la ciencia. En las severas y solemnes palabras de Abhay Xaxa (2011):

“I am not your data, nor am I your vote bank,
I am not your project, or any exotic museum object,
I am not the soul waiting to be harvested,
Nor am I the lab where your theories are tested,
I am not your cannon fodder, or the invisible worker,
or your entertainment at India habitat center,
I am not your field, your crowd, your history,
your help, your guilt, medallions of your victory,
I refuse, reject, resist your labels,
your judgments, documents, definitions,

your models, leaders and patrons,
because they deny me my existence, my vision, my space,
your words, maps, figures, indicators,
they all create illusions and put you on pedestal,
from where you look down upon me,
So I draw my own picture, and invent my own grammar,
I make my own tools to fight my own battle,
For me, my people, my world, and my Adivasi self!"

La prensa –local, nacional e internacional— a menudo saca provecho de los sangrientos y desconcertantes acontecimientos que tienen lugar en este barrio tijuanense. Los medios exprimen la cruda realidad social que se vive en la *Zona de Tolerancia*, en el *Bordo* y en los *ñongos* de la *Avenida Internacional* para cocinar el morbo y convertirlo en encabezados amarillistas de los periódicos locales que se venden por las mañanas en los semáforos de la ciudad:

Los residentes de estos barrios menospreciados casi siempre son vistos desde una perspectiva más oscura y exótica que la ofrecida por sus características demográficas. Sus diferencias culturales son exageradas y convertidas en divergencias, e incluso hostilidades, en relación a las normas dominantes a nivel nacional [...] Todo incidente que involucre alguna anormalidad o violencia dentro o alrededor de estas áreas es habitualmente explotado con fines sensacionalistas y vinculado con las supuestas características intrínsecas de sus residentes, quienes son catalogados como parias. (Wacquant, Slater, Borges Pereira, 2014:228).

Habría que decir también que el fenómeno de la estigmatización territorial, además de ser una característica de las grandes urbes postfordistas, también consiste en una "forma significativa y profunda de expansión de acciones a través de representaciones mentales y objetales" (2014:230,231). El hecho de que un espacio urbano –como la Zona Norte

cargue con un estigma social tan acentuado, reproduce y condiciona –si no es que determina– las formas en que el *sujeto de la metrópoli*¹² siente, piensa y se comporta. Puesto que, como apunta Wacquant, “la estigmatización territorial no es una condición estática, un proceso neutral o un juego cultural inofensivo, sino una forma significativa y perjudicial de *acción, mediante la representación colectiva, atada a un lugar determinado*” (2014:236), la *mancha* del estigma se esparce y salpica todo a su alrededor: “se difunde y disemina a través de las estructuras sociales y espaciales de la ciudad” (2014:236).

Por consiguiente, puede decirse que el propósito de una investigación como esta, que pretende analizar las prácticas de consumo que constituyen un espacio estigmatizado, marginalizado, un espacio *otro*, un *territorio* urbano, una *heterotopía*, un paisaje de decadencia y retorcida prosperidad neoliberal, un escenario antropológico de la “constitución confusa de lo social” (Delgado, 1999:87), servirá para avanzar en nuestra comprensión del “*papel de las estructuras simbólicas en la producción de desigualdad y marginalidad*” (Wacquant, Slater, Borges Pereira, 2014:237) en una ciudad fronteriza y caótica como Tijuana. Y por ende, lograr una combinación eficiente de referentes empíricos y dominio teórico para intentar comprender lo que cada vez concierne más a los estudiosos de la cultura: las flexibles e inestables interacciones entre lo *material*, lo *social* y lo *simbólico*.

¹² Concepto acuñado por George Simmel en el texto que lleva el mismo nombre.

Capítulo 2: [anti]metodología

“Dadá; salto elegante y sin prejuicios de una armonía a otra esfera; trayectoria de una palabra lanzada como un disco, grito sonoro; respeto de todas las individualidades en la momentánea locura de cada uno de sus sentimientos, serios o temerosos, tímidos o ardientes, vigorosos, decididos, entusiastas; despojar la propia iglesia de todo accesorio inútil y pesado; escupir como una cascada luminosa el pensamiento descortés o amoroso, o bien, complaciéndose en ello, mimarlo con la misma identidad, lo que es lo mismo, en un matorral puro de insectos para una noble sangre, dorado por los cuerpos de los arcángeles y por su alma. Libertad: DADA, DADA, DADA, aullido de colores encrespados, encuentro de todos los contrarios y de todas las contradicciones, de todo motivo grotesco, de toda incoherencia: LA VIDA.”
– Tristan Tzara, 1918

De las aulas al ring y del ring a las calles

Como se mencionó ya en la introducción, la estrategia metodológica de esta investigación consistió inicialmente en asistir al gimnasio de boxeo *Cheto’s Boxing Club* –ubicado en la Zona Norte– al menos 5 días a la semana, en un periodo que comprendió desde diciembre de 2018 hasta junio de 2019, y realizar las rutinas de ejercicio, participar en las sesiones de *sparring*, convivir y conversar con mis compañeros, escuchar sus historias y formar vínculos de camaradería, empatía y confianza. Observé las dinámicas dentro y fuera del gimnasio, las relaciones entre los amateurs y los profesionales, entre los pugilistas y los entrenadores, entre los *fresas* y los *malandros*. Presté atención a las diversas anécdotas e historias relacionadas a la violencia, la vida callejera y el consumo de drogas, que se escuchaban frecuentemente en las conversaciones entre los miembros del *Cheto’s*. Tomé notas. Intenté con todas mis fuerzas lograr una auténtica inmersión en el microcosmos del gimnasio. Traté de borrar –en la medida de lo posible y lo científicamente conveniente– la frontera entre el *investigador* y el *investigado*: convertirme en el *otro*, para vivir en carne propia el proceso que buscaba comprender. Esto no resultó tan difícil, pues el historial de los muchachos del gimnasio no difería demasiado de mi propia experiencia en las calles de Tijuana, lo cual permitió

identificarme y empatizar con quienes en esos días aun llamaba “mis sujetos de estudio”. Aquello fue nada más –y nada menos– que un irónico punto intermedio entre un paradójico ejercicio auto-etnográfico y la “sociología carnal” propuesta por Loïc Wacquant: “Inmersión iniciática en un cosmos, e incluso la *conversión moral y sensual*, a condición de que tenga una armadura teórica que permita al sociólogo apropiarse en y por la práctica de los esquemas cognitivos, éticos, estéticos y conativos que emprenden diariamente aquellos que lo habitan” (2006: s/p).

Por otro lado, desde un comienzo la idea fue ir al campo sin la intención de *verificar* una hipótesis, sino validarla, por tanto, con la disposición de permitir que la realidad social hablara por sí misma, manteniéndome consciente en todo momento, por supuesto, de los prejuicios teóricos y morales que inevitablemente arrastro como investigador y como individuo. Aprender no solo *sobre* el cuerpo, sino *con* mi cuerpo, y registrar mi experiencia del entrenamiento entre los costales y las peras, así como mi experiencia de la pelea “entre las cuerdas”¹³. Una pelea contra otros cuerpos, pero también contra la sombra de la *malilla*.¹⁴ De repente, me di cuenta de que mi fascinación por la realidad de la Zona Norte se había desbordado y había sobrepasado los límites cúbicos del pequeño gimnasio de box...

Unas cuantas conversaciones en los vestidores y unas buenas golpizas en el cuadrilátero habían despertado mi curiosidad, pero mi trabajo de campo no me satisfacía: ¿Cómo entender un espacio tan intenso y complejo como la Zona Norte en un lugar tan familiar y monótono como el *Cheto's*?, ¿Cómo pretender acercarme a una realidad tan efervescente y heterogénea con un método científico rígido, anticuado y aburrido? Como advierte Feyerabend: “Un medio complejo que abarca desarrollos sorprendentes e imprevisibles exige procedimientos complejos y desafía el análisis basado en reglas establecidas de antemano y que no tienen en cuenta las condiciones, siempre cambiantes, de la historia” (1975: 3). Además, lo que me interesaba *no* era la transformación o *resignificación de la “identidad”, el cuerpo y el espacio en boxeadores ex adictos*. Lo que realmente llamaba mi atención era el *espacio* de la Zona Norte en sí mismo, así como

¹³ Título del libro que contiene los resultados del trabajo de campo de Loïc Wacquant en un gimnasio de box en el guetto negro de Chicago, publicado en 2006.

¹⁴ La palabra “malilla” tiene una amplia variedad de significados, que, como diría Wittgenstein, no se encuentran *ocultos* en el diccionario, sino que son *visibles* en su mismo uso. Aunque algunas veces se entiende como un sinónimo de “malicia”, la *malilla* es, antes que nada, el síndrome de abstinencia. Aquel largo, lento y tortuoso proceso (psíquico y fisiológico) de desintoxicación de una sustancia después de un intenso periodo de uso y abuso desmedido. Es decir, después de “andar fondeando” o “tocar fondo”.

las prácticas sociales de consumo –prostitución, drogas y turismo– que lo constituían como un extraordinario *escenario antropológico*: una verdadera *heterotopía fronteriza*.

Esta es precisamente mi nueva hipótesis de trabajo. Para comprender un espacio tan caótico como la Zona Norte no bastaría con la “sociología carnal” propuesta por Wacquant. No era suficiente esta postura teórica-metodológica. Necesitaba *algo* más amplio, más abierto, más libre. Algo provocador, algo *anarquista*... quizá la antropología posmoderna y su propuesta auto-etnográfica. Quizá el surrealismo o el dadaísmo. Quizá cualquier cosa o una mezcla de varias. Decidí entonces bajar del *ring*, salir del *Cheto's Boxing Club* y volver a sumergirme una vez más en las calles y callejones de la Zona. Fue así como esta investigación dio el salto metodológico de una “sociología carnal” a una *hermenéutica de las calles*, inspirada en algunos postulados de la antropología posmoderna, en la “sociología del caos” de la que habla Manuel Delgado y, sobretodo, en la radical y práctica propuesta del “anarquismo epistemológico” de Paul Feyerabend.

Dadaísmo epistemológico (o *epistemología feminista para hombres blancos*)

“Un Dadaísta permanece completamente impasible frente a una empresa seria y sospecha siempre cuando la gente deja de sonreír, asumiendo aquella actitud y aquellas expresiones faciales que indican que se va a decir algo importante. Un Dadaísta está convencido de que una vida que merezca la pena sólo será factible cuando empecemos a tomar las cosas a la ligera y cuando eliminemos del lenguaje aquellos significados profundos pero ya putrefactos que se han ido acumulando a lo largo de los siglos ('búsqueda de la verdad'; 'defensa de la justicia'; 'amor apasionado'; etc., etc.). Un Dadaísta está dispuesto a iniciar divertidos experimentos incluso en aquellos dominios donde el cambio y la experimentación parecen imposibles.”
–Feyerabend, 1975

La tesis de *Contra el método* de Feyerabend consiste fundamentalmente en que “el anarquismo¹⁵ estimula el progreso cualquiera que sea el sentido en que se tome este

¹⁵ “Al elegir el término ‘anarquismo’ para designar mi planteamiento, tuve en cuenta sin más, su uso general. Sin embargo, el anarquismo, tal y como se ha practicado en el pasado y como se practica hoy día

término” (1975: 11). Incluso, afirma el autor, las formas de saber científico basadas en el orden solo serán exitosas en tanto que estén dispuestas a dar “pasos anarquistas ocasionales” (1975: 12). He aquí la esencia de la tesis anti-metodológica de la que parte la presente investigación: Para comprender una realidad sociocultural tan inestable, desordenada y heterogénea como la que puede observarse en la Zona Norte de Tijuana, no solo es conveniente, sino *necesario* abordarla desde una postura teórica metodológica *plural*, radicalmente flexible y algo caótica –en el sentido de errático e impredecible–. En las palabras de Feyerabend: “Un científico que desee maximizar el contenido empírico de los puntos de vista que sustenta y que quiera comprenderlos tan claramente como sea posible, tiene que introducir, según lo dicho, otros puntos de vista; es decir, tiene que adoptar una *metodología pluralista*” (1975:14).

Efectivamente, si el objetivo de este trabajo es el de profundizar en la comprensión de un objeto de estudio tan complejo, resulta conveniente intentar incluir diversas perspectivas acerca de éste. Considerar todas las miradas y aprovecharse de ellas. Como anota también Feyerabend: “*El único principio que no inhibe el progreso es: todo sirve*” (1975: 7). Es decir, aquí la exclusión de puntos de vista equivale al empobrecimiento científico de la investigación. En pocas palabras, no conviene desechar nada. El filósofo austriaco pone como ejemplo el uso lúdico que los niños hacen de las palabras: “las combinan, juegan con ellas hasta que atrapan un significado que hasta entonces había permanecido fuera de su alcance. Y la actividad lúdica inicial constituye un presupuesto esencial del acto final de comprensión” (1975:10).

Feyerabend afirma que este espontaneo mecanismo de significación puede seguir funcionando en los sujetos adultos. De este modo, puede plantearse que el proceso de construcción de conocimiento en esta investigación será el del *anarquismo epistemológico*: no estará dirigido por un programa bien definido, pues es el proceso el que contiene “las condiciones de realización de todos los programas posibles. Antes bien, está dirigido por un vago impulso, por una 'pasión' (Kierkegaard)” (Feyerabend, 1975: 10). La pasión, apunta el autor, genera a su vez una “conducta específica que a su vez

por un número cada vez mayor de personas, posee rasgos que no estoy dispuesto a defender. Se preocupa poco de las vidas humanas y de la felicidad humana (excepto de la vida y la felicidad de aquellos que pertenecen a algún grupo especial); además implica el tipo de dedicación y seriedad Puritana que yo detesto. Existen algunas excepciones exquisitas tales como Cohn-Bendit, pero son minoría. Por estos motivos prefiero ahora emplear el término *Dadaísmo*. Un Dadaísta no sería capaz de hacer daño a una mosca, mucho menos a un ser humano” (Feyerabend, 1975: 6).

crea las circunstancias y las ideas necesarias para analizar y explicar el proceso, para hacerlo 'racional'" (1975:10).

En otras palabras, el conocimiento que pretende construirse a partir de este trabajo etnográfico no consistirá en un armonioso conjunto teórico que apunta a una perspectiva coherente y unitaria. Mucho menos en una “búsqueda de la verdad”. Más que una postura interdisciplinaria, se trata de una apuesta *anti-disciplinaria*¹⁶ en el que las fronteras entre los campos de saber se vuelven porosas y, en el mejor de los casos, inexistentes: “El conocimiento es un océano, siempre en aumento, de *alternativas incompatibles entre sí (y tal vez inconmensurables)*; toda teoría particular, todo cuento de hadas, todo mito, forman parte del conjunto que obliga al resto a una articulación mayor, y todos ellos contribuyen, por medio de este proceso competitivo, al desarrollo de nuestro conocimiento (Feyerabend, 1975:14).

Al mismo tiempo, podríamos pensar, como lo hace Feyerabend, que la historia de la ciencia consta, sin duda, de hechos y de las conclusiones que derivan de éstos; pero también de ideas, interpretaciones, problemas, errores, accidentes, conflictos y contradicciones. Si lo analizamos sin temor y con detenimiento, descubrimos que la ciencia no trata con “hechos desnudos”, sino que, al pasar por el filtro de nuestras interpretaciones, estos hechos devienen como esencialmente teóricos: “Siendo esto así, la historia de la ciencia será tan compleja, caótica y llena de errores como las ideas que contiene, y a su vez, estas ideas serán tan complejas, caóticas, llenas de errores y divertidas como las mentes de quienes las han inventado” (Feyerabend, 1975: 3).

Hacia una apuesta anti-disciplinaria

En *El surgimiento de la antropología posmoderna* (1991) Clifford Geertz y James Clifford hablan sobre como la antropología contemporánea busca cada vez más la colaboración con otros campos del saber, aunque no se trate de saberes “propriadamente científicos”. Es decir, desde hace ya unas cuantas décadas, la antropología se ha precipitado en pensarse a sí misma inserta en lo que los intelectuales llaman la *condición posmoderna*. Se trata de un giro radical en las ciencias sociales, de lo instrumental-descriptivo hacia lo teleológico-interpretativo. Para algunos de nosotros, esto constituye

¹⁶Entendiendo este término en el mismo sentido en que la antipsiquiatría (Cooper), por ejemplo, fue una contestación a la psiquiatría deshumanizada, o en el sentido en que Octavio Paz habló de una anti-antropología en Lévi-Strauss.

uno de los primeros pasos hacia una profunda y necesaria transformación en el mundo del conocimiento. Otros, en cambio, crujen sus dientes y se lamentan dramáticamente por la supuesta “muerte” de una ciencia. Esta transición hacia la antropología posmoderna es algo triste para los anticuados conservadores y aburridos retrógrados, pero un mensaje de buenas nuevas para todos los demás.

Geertz, por su parte, lleva a cabo una reivindicación de la figura del antropólogo como *autor*. El relato etnográfico obtiene su legitimación con el “estar ahí” del etnógrafo, sin embargo, aquí surgen ciertos problemas metodológicos, como el situar al investigador como protagonista central de su relato. El ejercicio de esta nueva antropología posmoderna implica oponerse a los viejos postulados del estructuralismo y del funcionalismo, ya que estas escuelas sostienen que el método científico sería la única forma de “salvar” a la antropología. Supuestamente tal método haría posible superar los prejuicios y sesgos ideológicos que impiden la producción del “verdadero” conocimiento. En contraste, el pensamiento posmoderno –tanto en la antropología como en la sociología– invita e incita a una auto-mirada crítica, que reflexiona acerca de las condiciones materiales y simbólicas en las que es producido, así como los efectos que ésta forma de pensamiento genera, enfatizando siempre lo subjetivo, lo relativo y lo heterogéneo. Posicionarnos desde el pensamiento posmoderno será tan tortuoso como divertido, pues además, esta investigación implica un ejercicio *etnográfico* del espacio urbano, que podría ser pensado como un análisis profundo y espontáneo de las prácticas que constituyen la Zona Norte como un escenario antropológico del caos social. Se trata de llevar a cabo una traducción de los pasos de los peatones y su lenguaje, al discurso o metarrelato silencioso y casi místico que su trayectoria enuncia, mientras éstos recorren los callejones del infame barrio tijuanense. En las palabras de Manuel Delgado: “Un concepto coreográfico de los usos del espacio urbano, que consiste en tratar de distinguir, entre la delirante actividad de hormiguero de las calles y de las plazas, la escritura a mano microscópica, desarrollo discursivo no menos ‘secreto’, ‘en murmullo’, que enuncian caminando los transeúntes” (1999: 128).

Ese “murmullo” de las prácticas urbanas puede escucharse con cierta disposición y sensibilidad etnográfica y, de este modo, convertirse en una especie de *melodía de las calles*. Es ese conjunto de movimientos armónicos y a la vez improvisados los que ésta investigación busca registrar y analizar. Para Delgado, lo urbano se parece precisamente a esto, a un “bajo continuo”, “cifrado permanente” (1999: 128), sobre el que los usuarios de la ciudad marcan sus “ballets imprevisibles” y en cambio constante: “He ahí el objeto

último de la expectación del observador etnográfico, cazador de las melodías que se insinúan entre el susurro inmenso que recorre las calles” (Delgado, 1999:128).

Ahora bien, otro de los objetivos principales de esta investigación consiste en analizar la Zona Norte de Tijuana a partir de determinadas prácticas de consumo estigmatizado que la constituyen como un espacio antropológico peculiar. Observar la venta y el consumo de drogas (legales e ilegales), la prostitución (trabajo sexual y trata) y el turismo (“familiar” y “para *adultos*”). Una serie de dinámicas y actividades sociales que pueden, o no, estar estigmatizadas; y que con sus colores, texturas, aromas y sonidos le dan forma y contenido a este barrio tijuanense. Prácticas que el estado –en este caso el gobierno municipal de Tijuana– ciertamente desearía poder controlar, o quizá incluso eliminar de forma permanente. Sin embargo, este conjunto de praxis no sólo perdura en el “cuerpo social”, sino que se fortalece día a día a partir de una relación de interacción e intercambio de bienes, cuerpos, valores y significados. Por eso a este espacio se le llama la *Zona de Tolerancia*, pues el estado no tiene otra opción más que *tolerar* lo moralmente inadmisibile. Lo que se busca en esta investigación es, en las palabras de Michel De Certeau: “Analizar las prácticas microbianas, singulares y plurales, que un sistema urbanístico debería manejar o suprimir y que sobreviven a su decadencia; seguir la pululación de estos procedimientos que, lejos de que los controle o los elimine la administración panóptica, se refuerzan en una ilegitimidad proliferadora” (1990:108).

La intención del trabajo de campo es la de captar y descifrar el misterioso lenguaje de aquel contrato enigmático y clandestino que sostiene la actividad cotidiana de la Zona Norte. Un contrato silencioso y a la vez ruidoso. Caótico. Pero también estructurado y funcional. Estudiar las palabras y los códigos corporales que constituyen el corazón cultural de dichas prácticas sociales. Para lograr este objetivo, se emplearán algunas herramientas metodológicas propias de la *etnografía multilocal*. Ésta consiste, siguiendo a George Marcus (2001), en el “ejercicio de mapear un terreno” (p.113), cuya finalidad no es la de representar la totalidad del “sistema-mundo”¹⁷ en el ambicioso intento de una especie de etnografía “holística”, sino que, más bien, sostiene que “cualquier etnografía de una formación cultural en el sistema mundo es también una etnografía del sistema y que, por tanto, no puede ser entendida sólo en términos de la puesta en escena

¹⁷ Immanuel Wallerstein definió el “sistema-mundo” como “una zona espaciotemporal que atraviesa múltiples unidades políticas y culturales, una que representa una zona integrada de actividad e instituciones que obedecen a ciertas reglas sistémicas. De hecho (...) el concepto fue aplicado inicialmente al sistema-mundo moderno, el cual, se argumenta toma la forma de una economía-mundo” (2005:32).

convencional de la etnografía unilocal” (Marcus, 2001:113). Una de las técnicas fundamentales de la etnografía multilocal, apunta el antropólogo estadounidense, es buscar y seguir el rastro de las conexiones, asociaciones y relaciones imputables; puesto que “seguir empíricamente el hilo conductor de procesos culturales” (2001:112) es precisamente lo que lleva a la etnografía multilocal.

En cuanto al objeto de estudio de la presente investigación –el barrio *Zona Norte* en Tijuana– habría que decir que, aunque se trate de un espacio urbano específicamente localizado y geográficamente “fijo”, deberá ser tratado, siguiendo la propuesta de la etnografía multilocal, como un objeto de estudio “en última instancia móvil y múltiplemente situado” (Marcus, 2001: 115,116). Considerando que la Zona Norte existe entre la Avenida Internacional y la calle Segunda, pero también –quizá incluso con más fuerza– en la imaginación de los tijuanenses y de personas en múltiples sitios repartidos alrededor del globo terráqueo. En este sentido, se está tratando con un objeto de estudio multilocal. Siguiendo a Marcus, no está de más recordar que en este tipo de investigaciones se encuentra siempre latente una “dimensión comparativa” que es constitutiva del objeto de estudio, en tanto “yuxtaposición de fenómenos” que han sido conceptualmente separados como “mundos aparte”. En las palabras del autor: “La comparación se reintegra al mismo acto de especificación etnográfica a través de un diseño de investigación basado en yuxtaposiciones, en el cual lo global se colapsa en, y es vuelto parte integral de, situaciones locales paralelas y vinculadas entre sí” (Marcus, 2001: 115,116).

Es decir, para lograr comprender la Zona Norte de Tijuana es necesario compararla con los plásticamente estilizados y herméticamente seguros vecindarios de los suburbios de San Diego que se encuentran tan solo a unos cuantos kilómetros. La utopía y la heterotopía están separadas por un gran muro. Un muro real, pero también simbólico. Pensar en la Zona Norte es pensar en la *frontera*: donde lo global entra en crisis y se vuelve como agua; “colapsa” y al mismo tiempo se infiltra, se solidifica y cobra vida en lo local. Sobre ésta idea se profundizará minuciosa y psicodélicamente en el capítulo de análisis.

En fin, considero que el hecho de que esta investigación se posicione desde los *Estudios Culturales* permite experimentar con esta apuesta *anti-disciplinaria*, que combina perspectivas, técnicas y herramientas de la antropología posmoderna, la sociología del caos y la etnografía multilocal de una forma caprichosa, poética, subversiva y (quizá deliberadamente) poco científica.

Picos y palas: técnicas y herramientas del trabajo de campo

Esta investigación no ha seguido un solo *camino*¹⁸ metodológico. Desde un comienzo el camino ha sido turbulento e impredecible. Mi fascinación por la Zona Norte de Tijuana (desde el *Bordo* hasta la *Coahuila*, pasando por el *Cheto's Boxing club*) ha hecho de este estudio un sendero en *zigzag* con múltiples y repentinos desniveles y sacudidas. Es por esta razón que las técnicas y herramientas utilizadas provienen de diversos campos del saber: desde la etnografía “tradicional” y la “sociología carnal”, pasando por la “sociología espasmódica”, hasta la etnografía posmoderna y multilocal. En concreto, las técnicas y herramientas del trabajo de campo han sido la *observación participante* y *no-participante*, la *participación reflexiva*¹⁹ (bastante cercana a la auto-etnografía), *entrevistas informales*, *historia de vida*²⁰, *descripción densa*, *seguir la metáfora*²¹, *etnografía estratégicamente situada*²², *mapas*, *notas* y *diario de campo*.

Confesión de una insana distancia epistemológica

Ha sido difícil –sino es que imposible– guardar “*su-sana distancia*” epistemológica con mi objeto de estudio. Ni como ser humano, ni como investigador, puedo pretender ser indiferente y neutral ante la Zona Norte de Tijuana. Este barrio atraviesa mi propia historia. Se trata de un espacio material y concreto, sí, pero es también un espacio

¹⁸ El origen etimológico de *método* es: *meta* + *odos*, es decir, *más allá del camino*; o *el camino a seguir para llegar más allá*.

¹⁹ Con este término me refiero a mis propias experiencias de vida en la Zona Norte –previas al inicio de la investigación– como fuente de conocimiento con el potencial de convertirse posteriormente en material empírico fundamental para el análisis del objeto de estudio.

²⁰ “Las *historias de vida* revelan yuxtaposiciones de contextos sociales mediante una sucesión de experiencias narradas individualmente, que pueden ser desconocidas en el estudio estructural de procesos de este tipo. Son guías potenciales en la delineación de espacios etnográficos dentro de sistemas formados por distinciones categóricas que de otra forma harían estos espacios invisibles (aunque pueden ser más claramente revelados en historias de vida subalternas), pero que son formadas por asociaciones inesperadas o novedosas entre sitios y contextos sociales” (Marcus, 2001:121).

²¹ *Seguir la metáfora* es una modalidad de la etnografía multilocal propuesta por George Marcus y tiene que ver con que “la circulación de signos, símbolos y metáforas guían el diseño de la etnografía. Esta modalidad implica intentar trazar las relaciones y sustentos sociales de asociaciones que están más claramente vivas en el lenguaje [...] Es especialmente potente para unir locaciones de producción cultural que no han sido conectadas de manera evidente y, por tanto, para crear nuevas visiones, empíricamente argumentadas, de panoramas sociales” (Marcus, 2001:120).

²² “La *etnografía estratégicamente situada* intenta entender, de manera amplia, el sistema en términos etnográficos y, al mismo tiempo, a los sujetos locales. Es local sólo circunstancialmente, colocándose así en un contexto o campo muy diferente respecto a otras etnografías unilocales” (Marcus, 2001:121, las cursivas son mías).

ficcional que constituye un escenario de mi propia “identidad narrativa” y mi subjetividad como investigador sociocultural. Las calles de la *Zona* mueven mis emociones y condicionan mi saber. Ejercen fuerza sobre mí y mis intentos fallidos de ser ajeno u objetivo. No. No puedo estar tranquilo. Ni así lo deseo. Este barrio me sacude, me altera, me rebasa. Solo aceptando esta cruda realidad encuentro la fuerza psicológica que se requiere. Parece muy difícil acercarme con serenidad a este objeto de estudio. No podría abordarlo sin pasiones desbordadas, sin sentimientos encontrados, sin poéticas contradicciones existenciales... Aún si quisiera que mi enfoque metodológico fuera más serio, más objetivo o menos personal, sinceramente no creo que podría lograrlo.

Capítulo 3: Contexto del objeto de estudio

*No será difícil dar con su domicilio
Miren los basureros
Welcome to Tijuana
Tequila, sexo, marihuana
Welcome to Tijuana
Con el coyote, no hay aduana
Welcome to Tijuana
Tequila, sexo, marihuana
Bienvenida a Tijuana (Welcome to Tijuana)
Bienvenida, mi amor (Con el coyote, no hay aduana)
De noche a la mañana (Welcome to Tijuana)
—Manu Chao, 1998*

Sin duda tuve una infancia privilegiada en muchos aspectos. Crecí en una pequeña ciudad portuaria en forma de bahía, que se encuentra a unos 100 kilómetros de Tijuana. A mi pueblo lo llaman algunos la “*bella cenicienta del pacífico*” y se sabe que por muchos años ha sido la guarida de muchas de las esposas e hijos de varios narcotraficantes tijuanaenses. Desde que era un niño pequeño cruzaba ocasionalmente la frontera a San Diego, California, con mi madre y mis hermanos. Recuerdo una cantidad incontable de ocasiones en las que viajábamos en auto a Tijuana y pasábamos por la *Avenida Internacional*, que luego se convierte en la *Vía rápida*, para así llegar a la *línea*, la garita Internacional de San Ysidro, esperar un par de horas en el tráfico, o quizá cinco. Mostrar nuestras visas al oficial de migración y entrar a un mundo completamente distinto. Mi madre nos llevaba a los *malls* de Chula Vista y compraba ropa, comida y artículos para el hogar. Crecí en una familia de empresarios de clase media, con una mentalidad neoliberal y consumista profundamente arraigada (y sería falso pretender que mi subjetividad ha sido inmune a su influencia). Pues bien, cuando por las noches volvíamos a cruzar la frontera para volver a casa, recuerdo quedarme en silencio, sentado en el asiento trasero del auto y con mi cabeza recargada contra la ventana, observando las calles de aquel oscuro y tenebroso vecindario que se encontraba junto a la Vía Rápida, transitado constantemente por seres misteriosos (incluso a veces monstruosos) para mí. Veía como los policías los molestaban todo el tiempo, mientras recorrían errantes con sus rostros pasmados los laberínticos callejones, o cuando se dormían o se agachaban en las banquetas, en las áreas verdes y debajo de los puentes, rodeados siempre de basura, bolsas de plástico y jeringas; sus ojos

bien *lampareados* (con los párpados escondidos y las pupilas dilatadas), vestidos con ropa sucia y gastada, a veces semi desnudos, calentándose con fogatas que echaban humo negro como el carbón. Yo veía ese vecindario con mis ojos de niño y pensaba que se parecía al infierno. Sentía pena por los hombres y mujeres que caminaban por ahí, en el estrecho e intransitable andador peatonal que corre junto al peligroso tráfico de la Vía Rápida y el *Bordo*. A veces nos pedían algunas monedas que les entregábamos desde la comodidad del auto. Me sentía casi culpable. “Pobre gente”, pensaba yo. Esos rostros con sus miradas severas me daban miedo... Jamás me habría imaginado que algún extraño día, casi veinte años después, yo mismo estaría perdido espiritualmente, merodeando confundido entre las aceras de aquel espacio urbano tan particular, que se encuentra justo al lado de la frontera, en donde dicen que “comienza la patria”.

En contraste con la mía, la historia de Tijuana cien años más larga y cien veces más compleja, pero para comenzar, basta con retratar un contexto básico a grandes rasgos y de manera muy general. Para empezar, ésta ciudad mexicana se encuentra al noroeste del estado de Baja California y limita, al sur, con el municipio más extenso del país: Ensenada. Al este, con el municipio de Tecate, hogar de una famosa cerveza; al oeste, con el imponente océano Pacífico y al norte, con el próspero Estado de California, Estados Unidos. Su división política está conformada por nueve delegaciones municipales: San Antonio de los Buenos, Sánchez Taboada, Playas de Tijuana, la Mesa de Tijuana, la Presa, Centenario, Cerro Colorado, Centro y la Mesa de Otay. Tijuana es la sexta ciudad más poblada de México, con 1,559,683 habitantes (INEGI, 2010) y junto con las ciudades de Rosarito, Tecate, y San Diego, California, conforma la *zona metropolitana transnacional* más grande de México, con casi 5 millones de habitantes (PROMEXICO, 2015). Es considerada un centro de producción dominante en América del Norte y es, además, una de las ciudades fronterizas más visitadas del mundo. Según los datos presentados por Nora L. Bringas y Basilio Verduzco en su artículo “La construcción de la frontera norte como destino turístico en un contexto de alertas de seguridad”:

A pesar de las percepciones negativas y las restricciones, la frontera norte continúa siendo una de las principales regiones receptoras de visitantes del país. Tan sólo en 2005 captó 83.9 millones, entre turistas y excursionistas, lo que representó 81.3 por ciento del total nacional [...] El análisis del arribo de personas a la frontera revela que en 2004 llegaron 1 282 448 visitantes internacionales, de los cuales

56.8 por ciento fueron excursionistas y 43.2 turistas. Por Nogales entró la mayor proporción de los primeros (80.8 por ciento), mientras que Tijuana recibió la menor (38.0), pero atrajo el mayor porcentaje de turistas (62.0 por ciento) (2007, S/P).

En la economía de Tijuana la industria maquiladora es la más relevante, aunque el turismo ha desempeñado también un rol fundamental en el desarrollo económico, político y cultural de la ciudad desde su historia más temprana, como se explicará posteriormente. Del mismo modo, la migración masiva ha sido otro de los factores determinantes de la colorida y multifacética personalidad de la ciudad, así como su esencia multicultural y su popurrí de diversas cosmovisiones regionales, elocuentemente descrito por Guillermo Alonso y Raúl Balbuena (2004):

“Al igual que ese inestable terreno geológico sobre el que se asienta la ciudad, también la naturaleza social y cultural de Tijuana ha sido de aluvión, pero migratorio. La(s) sociedad(es) y cultura(s) de Tijuana también ha(n) estado creciendo, en los últimos sesenta años, desordenadamente como la ciudad. Año tras año, cientos de miles de inmigrantes han llegado procedentes prácticamente de todos los estados de la República Mexicana [...] trayendo consigo las más insólitas costumbres y cosmovisiones, valores y estilos de vida, expectativas de futuro y formas de comportarse [...] Este proceso hace que, cotidianamente, se decanten inéditas sedimentaciones culturales y se propicien inesperadas destilaciones sociales en ese alambique omnívoro que es la ciudad de Tijuana. Acaso por eso, Juan Villoro (2000) ya la llamó “Zoco de Sincretismos”.

Así mismo, sería sumamente ingenuo pasar por alto o subestimar la condición fronteriza de la ciudad, que es sin duda la cualidad más apreciada de Tijuana por muchos, y que condiciona directamente las diversas formas de vida de sus habitantes. En las palabras de Alonso y Balbuena: “Su condición de fronteriza del opulento Estado de California, es lo que ha determinado su crecimiento urbano y sociocultural. Algunas colonias, e, incluso, patios traseros de viviendas limitan físicamente con la barda que marca la línea de demarcación internacional [...] Cientos de miles de tijuaneños cruzan semanalmente al vecino condado de San Diego, que se extiende como una colonia más de Tijuana. Y viceversa, cientos de miles de californianos tienen en Tijuana un barrio más a donde ir de compras, a comer o a divertirse” (2004:7).

Violencia y adicciones en la metrópolis fronteriza

Tijuana es actualmente una ciudad incuestionablemente violenta. En marzo de 2019 el Consejo Ciudadano para la Seguridad Pública y la Justicia Penal A.C. publicó los resultados de su estudio titulado “Las 50 ciudades más violentas del mundo”, en el cual Tijuana encabezaba la lista con 2,518 homicidios en 2018. Esto representa 174% más que en 2016. Al mismo tiempo, los altos índices de abuso de drogas en la ciudad se han convertido en un problema social cada vez más apremiante. Según la Encuesta Nacional de Consumo de Drogas, Alcohol y Tabaco 2016-2017 (ENCODAT), Baja California es el tercer estado con mayor incidencia acumulada del uso de drogas en la población de 12 a 65 años. Además la ENCODAT 2016-2017 señala a Baja California como el Estado con el porcentaje más alto de consumo de cualquier droga ilegal durante el último año. Específicamente Baja California se encuentra en el primer lugar en cuanto al consumo de metanfetamina y marihuana a nivel nacional. Estas dos sustancias son precisamente las más comercializadas en la Zona Norte de Tijuana.

Ahora bien, la Zona Norte, que constituye el objeto de estudio de esta investigación por tratarse de un sitio estratégico de estudio donde convergen diversas prácticas transfronterizas como el turismo, la prostitución y el tráfico de drogas; es también uno de los barrios más violentos de la ciudad, como lo ilustra clara y siniestramente lo sucedido en esas calles hace un par de meses, según una nota realizada por el canal 12 llamada “Imparable violencia en Zona Norte de Tijuana”: el 21 de agosto de 2019, dentro de una cantina de la calle *Constitución*, un hombre armado entró y disparó directamente en la cabeza a otro hombre, quien murió en el lugar. Había en el lugar muchos transeúntes y vecinos curiosos observando lo que alcanzaba a distinguirse del cadáver por encima de las cintas amarillas que habían colocado los policías. Tan solo unos minutos después, en una estación de gasolina sobre la calle *Baja California*, los empleados del establecimiento hallaron a un hombre que había perdido la vida. Siguiendo la nota, los reportes preliminares indicaron que la muerte pudo estar relacionada con una sobredosis provocada por el consumo de alguna droga. Los residentes de la Zona Norte “murmuraban que la muerte estaba muy activa en el área” (2019). Ese mismo día se reportó un tercer caso. Otra persona muerta por sobredosis en un cuarto del callejón *Palmeritas*, que se encuentra al lado de la *Avenida Internacional*.

Esto es tan solo un ejemplo de una cruda realidad difícil de ignorar: la ciudad de Tijuana actualmente se enfrenta a una crisis social asociada a las adicciones y a la violencia. Y esta lamentable situación se manifiesta de una forma particularmente visible y brutal a tan solo unas cuadas de distancia del *Ped-West*, el cruce peatonal de la frontera México-Estados Unidos. Cuando se cruza la línea a pie desde San Diego hacia Tijuana por este punto, una de las primeras cosas que pueden apreciarse es un arco con la frase "Bienvenidos a Tijuana" escrita en varios idiomas. Debajo de este arco hay una especie de malecón que conduce a los visitantes hacia la "zona turística", atravesando, como una especie de laberinto macabro, las controversiales calles de la Zona Norte.

La Zona

La *Zona Norte* es un barrio (cuyo nombre oficial es "Colonia Zona Norte") de la delegación Centro en Tijuana. Se encuentra a tan solo decenas de metros de la frontera internacional de San Ysidro, así como a la Zona Centro de la ciudad. Para los objetivos de esta investigación, se ha delimitado el área que comprende (de norte a sur) desde la Avenida Internacional hasta la calle Segunda o Benito Juárez y desde la calle Gonzales Ortega hasta la avenida Revolución (de oeste a este). Se incluyen las calles "Baja California", "Coahuila", "1ra" o "Artículo 123", paralelas entre sí y perpendiculares respecto a la "5 de mayo", "Mutualismo", "Miguel F. Martínez", "Niños héroes" y "Avenida constitución". Así como algunos pasos peatonales y callejones. Entre ellos el más conocido y controversial es el "Primer callejón Coahuila". En el siguiente mapa (1.1) está señalada la Delegación Municipal del Centro (esq. superior izquierda en azul) y la Plaza Santa Cecilia (esq. inferior derecha en rojo) que se encuentran precisamente en los límites geográficos que definen el área seleccionada para estudiar este barrio tijuanense.



(1.1) Delimitación espacial del objeto de estudio²³

La Zona Norte es un lugar conocido por sus numerosas cantinas, hoteles de paso y “*strip-clubs*”. Abunda también la venta y el consumo de alcohol y otras sustancias como marihuana, cocaína y metanfetamina. Una de las características más particulares de este espacio (que lo han convertido en un lugar conocido e infame a nivel global) es la abundancia de comercio sexual. La Zona Norte es básicamente lo que se conoce como un “*distrito rojo*” o “*red light district*”. En el *Primer callejón Coahuila*, sobre la banqueta y por fuera de las cantinas, hoteles y “clubs para caballeros” se encuentran las famosas “*paraditas*” (“*trabajadoras sexuales*” o víctimas de la trata) recargadas contra la pared de los establecimientos, ofreciendo, con miradas severas y sonrisas impersonales, sus “*servicios*” durante todo el día y aún más por la noche. Cuando termina el turno de una, llega otra para sustituirla. Las edades varían. En las palabras de Laura Velasco: “Some are young, others not so young. Some are barely children, disguising their youth under heavy applications of makeup. Others wear schoolgirl uniforms in hopes of looking younger than their years” (2011:53). Considerando lo anterior y las reflexiones que serán presentadas posteriormente en el capítulo de análisis, todo parece indicar que, llámese

²³ Imagen extraída de la página web Google Maps en el siguiente link:
<https://www.google.com.mx/maps/place/Zona+Nte.,+Tijuana,+B.C./@32.5384587,-117.056784,15z/data=!3m1!4b1!4m5!3m4!1s0x80d9490ee9a6d113:0x34480fdada9d14c6!8m2!3d32.5388762!4d-117.0455722>

“prostitución”, “trabajo sexual” o “trata”, este oscuro negocio parece incluir sujetos con un perfil diverso de edades, clases sociales, mentalidades y motivaciones.

Así pasa también con los jóvenes vendedores al menudeo de marihuana y metanfetamina que trabajan en los puntos de venta de la Zona Norte las 24 horas al día, los 365 días al año. Casi cada noche hay uno nuevo. Nunca dura mucho un solo muchacho en el puesto. O alguien los encierra o alguien los mata. Pero siempre hay otro más, dispuesto a ocupar la vacante dejada por el anterior. La demanda del *cristal* (metanfetamina) es especialmente alta. Las dosis son baratas (50 pesos el “globito”, que contiene aproximadamente un gramo de cristal). El producto debe fluir. Por esto la venta es constante e ininterrumpida. El acceso a la droga es fácil. A no ser que haya un operativo de la policía federal. En la Zona Norte siempre hay policías municipales.²⁴ Lo ven todo, lo escuchan todo, lo huelen y lo saben todo. Pero casi nunca arrestan a nadie. Es una zona de tolerancia. La pregunta es ¿quién decide qué es exactamente *tolerable*? A veces pareciera ser que los oficiales solo están ahí para cuidar que las cosas no se salgan de control. ¿Pero qué es exactamente salirse de control? Ellos solo intervienen cuando hay violencia. ¿Pero qué es exactamente la violencia en un lugar como este?

Entre los establecimientos que se encuentran en la franja comercial de la Zona Norte existen también numerosas farmacias con una característica distintiva que me gusta llamar “alta flexibilidad moral” o un “marco ético negociable”, que distribuyen por debajo de la mesa todo tipo de medicamentos controlados sin necesidad de recetas médicas, por ejemplo, las populares benzodiacepinas y opioides como el alprazolam (*Xanax*), diazepam (*Valium*) y clonazepam (*Rivotril*). También hay varias tienditas de abarrotes en las que, además de productos básicos de la despensa y chucherías, pueden comprarse pipas de vidrio por veinte pesos, utilizadas para el consumo del cristal.

²⁴ “La Zona Norte de Tijuana se mantiene activa las 24 horas del día. Es la demarcación de Tijuana que nunca duerme. Desde muy temprano hay sexo servidoras que esperan por clientes deseosos de satisfacer sus deseos sexuales. Los bares se mantienen abiertos con música, alcohol y shows exclusivos. Toda esta actividad se desarrolla bajo la intensa mirada de elementos de la Policía Municipal y Ejército Mexicano, que vigilan que todo se mantenga, con un aparente orden” (Fragmento de una nota en línea publicada por Juan Miguel Hernández en *El Sol de Tijuana*, el sábado 17 de agosto 2019: <https://www.elsoldetijuana.com.mx/local/video-zonas-de-tolerancia-persisten-en-tijuana-4050979.html>).

En la *Revolución*²⁵ es donde más se concentra el turismo en masa. Ahí está lleno de restaurantes, clínicas dentales, tiendas de *curios* mexicanas, cervecerías artesanales, casinos y otros negocios. Tan solo en esa avenida se localizan 486 tiendas, 36 restaurantes, 35 centros nocturnos y discotecas. Pero también hay turistas que bajan hacia las callejuelas de la Zona Norte a buscar satisfacer sus deseos más íntimos y oscuros. Sus perfiles no varían demasiado. En el *Primer callejón Coahuila*, por ejemplo, es casi imposible ver a turistas niños, mujeres o ancianos. No es un lugar “apropiado” para sujetos que no sean hombres adultos (jóvenes o viejos) en busca de placeres prohibidos. La Zona Norte es conocida sobre todo como un lugar peligroso, aunque al mismo tiempo exista una especie extraña de atmósfera festiva. Los estímulos en dicho espacio son agresivos, impactan al espíritu y se sienten en el cuerpo. Ciertamente puede percibirse el ambiente tenso y relajado a la vez. Seductor y amenazante. Persuasivo y violento. Glamoroso y decadente. Se percibe el olor de la mota en el aire y el alcohol en el aliento de los transeúntes. La alegre y carnavalesca música que sale de la obscuridad tragicómica de las tabernas por en medio de las cortinas, o de las inmensas bocinas cromadas colocadas afuera de los *table-dance*, o de los micrófonos de los predicadores evangélicos que apasionadamente exhortan al arrepentimiento, revelan una festividad que no es tan familiar, ni tan alegre, ni tan inocente.²⁶ Se trata de una celebración retorcida de la satisfacción de deseos oscuros y un crudo hedonismo (sustentado por los imperativos del neoliberalismo y la sociedad de consumo) en el que la búsqueda del placer a costa de quien sea no necesita justificación, pues encuentra en sí misma su propia legitimación.

²⁵ La *Avenida Revolución* es la avenida más famosa de la ciudad de Tijuana y su ubicación comprende desde la *Avenida Internacional* (específicamente en la línea de cruce a San Diego, California) hasta la *Torre de Tijuana*, donde su nombre cambia al de *Boulevard Agua Caliente*. La “Revu”, cómo se le conoce localmente, ha sido durante mucho tiempo uno de los principales atractivos turísticos de la ciudad, debido a su célebre y activa vida nocturna. Entre sus cantinas más conocidas se encuentra La Ballena, que contaba con la barra más grande del mundo. La *Revolución* fue la primera vialidad pavimentada a comienzos del siglo pasado y su crecimiento más notorio fue durante la época de la Prohibición en Estados Unidos, principalmente por el hecho de que las prácticas de la venta de alcohol y la prostitución nunca fueron prohibidas ni sancionadas en este lado de la frontera.

²⁶ “The Zona Norte never sleeps. Some of the women have gone home to rest after spending the entire night traipsing between the street and their hotel rooms, but by day others have arrived to take their places. In similar fashion, the night’s clients give way to a wave of daytime customers. You can hear mariachi music coming from the Plaza Santa Cecilia, where Mixtec street vendors hawk Mexican handicrafts to an ever-dwindling number of tourists. There is music in these streets as well, but it is less vibrant, less festive. It filters out through the black and purple velvet curtains of the table dance clubs that languish in the light of day” (Velasco, 2011:54).

La leyenda negra de Tijuana: "ciudad del pecado"

Hace más o menos 100 años (en octubre de 1919 para ser exactos) se aprobó en Estados Unidos la llamada "Prohibición" o "ley Volstead" (conocida en español como "ley seca"), promovida y exigida intensamente por el sector republicano de la sociedad estadounidense, que contaba con una gran fuerza política en el momento y el apoyo de grupos protestantes conservadores como el "*Woman's Christian Temperance Union*" y el "*Anti-Saloon League*" (Clark, 2011). Con esta ley quedaba prohibida a nivel nacional la producción, venta y consumo de alcohol en Estados Unidos, así como otras prácticas asociadas a la "decadencia moral" como la prostitución, las peleas de box y los juegos de azar. El 16 de enero de 1919 el senador republicano Andrew Volstead anuncia la Prohibición con un solemne y ambicioso discurso, asegurando que con la ley seca todos los problemas sociales de esa nación serían resueltos y "las puertas del infierno serían cerradas para siempre":

Tonight, a minute after twelve, a new nation will be born. The drinking devil is writing his will. An Era of new ideas and clean manners starts. The ghettos will soon be part of the past. All jails and prisons will be empty; we'll transform them into barns and factories. All men will walk upright once more, all women will smile and all children will laugh. The gates to Hell will shut forever (Sánchez Valenzuela, 2016).

Estos "años secos" en Estados Unidos tuvieron un impacto importante en las ciudades fronterizas del norte de México, ya que muchas de estas se convirtieron en las "válvulas de escape" o en los "*nightclubs*" de la frontera, para los estadounidenses que debían cruzarla para poder divertirse (y claro, lucrar con la diversión). Cierta tipo de negocios como las tabernas, salones de baile, centros de entretenimiento, pistas de carreras de caballos y galgos comenzaron a prosperar notoriamente en Tijuana durante la década de los 20's. Es lógico pensar que el aumento de este tipo de prácticas en las ciudades fronterizas de México estuviera asociado a la *Prohibición* en el país vecino. Es decir, los norteamericanos que querían "pasar un buen rato" debían cruzar una línea que no solo estaba delimitada bajo criterios geopolíticos, sino que constituía en efecto una frontera simbólica y moral. A este periodo histórico se le conoce como la "leyenda negra" de Tijuana. En su obra "Tijuana la horrible", Humberto Félix Berumen expone de una forma muy ilustrativa lo que representó la ley seca para la formación histórica de la identidad

tijuanense, explicando el proceso histórico y sociocultural de construcción del “mito de Tijuana” como una ciudad de vicios y excesos:

La llamada *leyenda negra*, a pesar de su gran importancia, es apenas uno más de los elementos que dieron forma a la aparición del mito de Tijuana: el de la ciudad demoníaca o pervertida, para ser mucho más explícitos [...]. El puritanismo estadounidense de los veinte se encuentra, y de manera sobresaliente, entre las causas que originaron la visión estereotipada de Tijuana; esto es, como una representación de todo aquello que resultaba contrario a la recta mentalidad puritana de la época [...]. Desde sus primeros años, en efecto, Tijuana fue considerada como una guarida de delincuentes y como el lugar idóneo para ejercer la prostitución y el vicio (2003: 149, 153).

En 1920, el grupo político religioso estadounidense llamado “Junta de Temperancia, Prohibición y Moral Pública de la Iglesia Metodista” describió a la ciudad de Tijuana de la siguiente manera:

Todo puede suceder en Tía Juana. Hay docenas de garitos, grandes cantinas, salones de baile, cervecerías, casas de camas, peleas de gallos, peleas de perros, corridas de toros... El pueblo es la Meca de las prostitutas, de los vendedores de licores, de los tahúres y otras sabandijas norteamericanas (Price, 1973:53, citado en Félix, 2003:154).

Desde aquellos tiempos, como afirma Félix Berumen, Tijuana comenzó a ser asociada en el imaginario colectivo con todo aquello que se consideraba “abominable” y retorcido por parte de la moral dominante de los protestantes puritanos estadounidenses. Como puede apreciarse en el comentario del investigador John A. Price en 1968 al referirse a Tijuana como un lugar dedicado al vicio, la violencia y la lujuria:

To many Americans it is a city of vice where prostitution, pornographic movies, live sex demonstrations, and drugs traffic are unequalled. It is to be a city here sailors can get roaring drunk, take over the bars, and fight in the streets with marines (Price, 1973, citado en Félix, 2003:154).

Hay que recordar que estos estereotipos negativos acerca de Tijuana surgieron al mismo tiempo en que los movimientos prohibicionistas de derecha contaban con una posición política privilegiada en Estados Unidos. Para estas personas, el hecho de que del otro lado

de la frontera existieran tantas tabernas, burdeles y casas de baile era, en efecto, algo inadmisibles. Sin embargo, como apunta Humberto Félix: "Lo que en Estados Unidos era pecado, en Tijuana era negocio; lo inmoral, aquí era fuente de vida; lo que era un delito, aquí se toleraba. Tijuana, en gran medida, era una ciudad para divertir el ocio norteamericano" (2003:174).

Hoy en día las cosas no han cambiado tanto, al menos en la Zona Norte. Aunque a algunos no les guste admitirlo, los negocios del alcohol, las drogas y la prostitución siguen siendo una parte importante del "atractivo turístico" de esta ciudad fronteriza. Parecen ser pocos las personas que visitan Tijuana para conocer sus museos o sus parques. Por otro lado, es bien sabido que muchos de los turistas extranjeros y nacionales que vienen aquí lo hacen buscando *party*. Casi todos hemos escuchado esa famosa canción de *Manu Chao*: "*Welcome to Tijuana, tequila, sexo y marihuana*". Sin mencionar los cientos de películas, narcocorridos y novelas que hacen referencia a Tijuana como una ciudad particularmente propicia para todo lo que es a la vez delicioso, perverso, peligroso y clandestino. Este tipo de producciones culturales contemporáneas que reivindican y reproducen lo que Humberto Félix llama el "Mito de Tijuana", no son fenómenos aislados ni productos de la generación espontánea. Es menester tomar en cuenta, como anotan Alonso y Balbuena, que "los procesos históricos le permitieron al norte de Tijuana formarse como un espacio en donde 'todo es posible' o en donde 'todo es permitido', pero la realización de 'lo posible', 'lo permitido' o 'lo deseable' se encuentra regulado por los códigos dominantes" (2004:13).

La leyenda negra de Tijuana sigue viva en uno de sus barrios. Aquel conjunto de prácticas, mitos y discursos que hicieron famosa e infame a Tijuana desde 1919 han sufrido transformaciones considerables con el tiempo, por supuesto, pero sin duda están vigentes hoy, cien años después. Estos mitos se respiran en los callejones del barrio, como el humo del vapor que sale de los antros de la avenida *Revolución*. Como el humo de los cigarros en los billares. Se impregnan en el aire como el perfume de las "paraditas". Fluyen en el espacio e influyen en los cuerpos. Se corporizan en los sujetos. Se manifiestan en las prácticas. Para decirlo de otra forma, los metarrelatos culturales que asocian a Tijuana con una "ciudad del pecado", con una Babilonia o Sodoma, siguen presentes, encarnados de una forma especialmente visible y cruda, en el espacio heterotópico de la Zona Norte.

Comercio sexual

Al comienzo del capítulo titulado *Sex without kisses. Love with abuse*, de su libro “*Mexican Voices of the Border Region*”, Laura Velasco y Oscar Contreras narran lo sucedido en septiembre del 2004, cuando un grupo de trabajadoras sexuales hizo entrega de una carta a un representante del gobierno municipal de Tijuana. El motivo de tal carta tenía que ver con una disputa por el espacio de trabajo en la calle Coahuila, localizada en la *Zona de tolerancia* de la ciudad fronteriza. Un espacio urbano del cual las trabajadoras sexuales se habían ido apropiando a través de la práctica de su oficio desde hace varias generaciones. Estas mujeres se estaban manifestando en contra de una iniciativa del gobierno municipal que pretendía reubicarlas en los antros y bares de la *Zona Norte*. Reclamaban el hecho de que, al ser confinadas a los bares “se les exigiría beber y fumar” (Velasco y Contreras, 2011:51), además de que esto las dejaría vulnerables ante las agresiones de los vendedores de droga, quienes también ejercen su oficio en dicho espacio. Siguiendo a Velasco y a Contreras, la prostitución es una práctica tolerada en la Zona Norte, tanto en los bares y antros como sobre las aceras de las calles y callejones de este barrio. Según información obtenida de la unidad municipal encargada de la regulación de la prostitución en Tijuana, el registro de salud contaba solo 1,700 trabajadoras sexuales de los aproximadamente 7,000 hombres y mujeres que se sabe que ejercen la prostitución en Tijuana (Salinas 2008, citado en Velasco, 2011:52). Esta misma fuente muestra que la mayoría de las mujeres enlistadas en el practican sus transacciones comerciales en la Zona Norte y que estas cifras representan tan solo una fracción de la cantidad de personas involucradas en la prostitución en la ciudad. Por ejemplo, el registro no incluye a la mayoría de las mujeres que trabajan en bares y en sitios de masajes, donde también se practica el comercio sexual. Según otro estudio citado por Velasco, cerca del 80% del trabajo sexual de la ciudad tiene lugar en la Zona Norte, donde se ubican aproximadamente el 45% de los hoteles no-registrados de Tijuana (Bringas y Gaxiola 2010, citados en Velasco, 2011:52).

Por otro lado, sería fácil deducir que lo que hoy sucede en la Zona Norte está directamente asociado a los acontecimientos que tuvieron lugar en la ciudad fronteriza en las primeras décadas del siglo pasado, como se explicó previamente en el apartado sobre la “leyenda negra”. Tal como se mencionó previamente, en la década de los 20’s Tijuana fue una ciudad que experimentó un rápido e intenso crecimiento. Un lugar en el que prosperaron sobre todo los negocios cuyo objetivo era satisfacer los deseos lúdicos de los

norteamericanos que debían cruzar la frontera para escapar a la moral puritana que había impuesto la Prohibición en Estados Unidos. Negocios como los bares, cantinas y salones de baile, que aún hoy en día abundan en la Zona Norte.

Efectivamente, el hecho de que existieran diferentes criterios de *permisividad moral* en ambos lados de la frontera fue una condición de posibilidad para que un gran número de personas visitaran la famosa -y a la vez infame- ciudad de Tijuana en las primeras décadas del siglo XX. En las décadas posteriores, como apunta Velasco, el flujo de turistas de norte a sur comenzó a converger y mezclarse con el flujo de migrantes latinoamericanos que (hasta hoy en día) viajan del sur al norte, en busca de oportunidades del otro lado de la frontera estadounidense, donde la prosperidad económica promete mejores salarios y calidad de vida que en sus países de origen. Todo esto permitió que, a lo largo del siglo pasado, Tijuana se convirtiera en “una ciudad altamente transitada y visitada, un espacio en el que diversos flujos humanos se intersectan con un grado de intensidad fuera de lo común.” (Velasco, 2011. *La traducción es mía*).

A inicios del siglo XXI Tijuana era ya una de las ciudades más visitadas del mundo. En 2006, por ejemplo, recibió 22 millones de visitantes internacionales, la mayoría de ellos (80%) por estancias breves. En ese mismo año, 29.4 millones de personas cruzaron por Tijuana hacia Estados Unidos. Es decir que, tan solo en ese año, hubo más de 50 millones de cruces fronterizos (Bringas y Gaxiola, citados en Velasco, 2011:52). Estas condiciones de diversos y simultáneos desplazamientos humanos fomentaron una atmósfera muy favorable para la práctica de la prostitución y el comercio sexual. En las palabras de Bringas y Gaxiola: “La alta movilidad reflejada en estas cifras define a una ciudad en constante movimiento, con interacciones de alta frecuencia pero poca duración, en un ambiente que es altamente propicio para el tipo de encuentros asociados con el comercio sexual.” (citado en Velasco, 2011:53. *la traducción es mía*).

Ahora bien, es importante tomar en cuenta que cuando se habla de “comercio sexual” no se refiere solamente a los “servicios” proporcionados por mujeres, pues existen también trabajadores sexuales varones y transexuales (travesti y transgénero) que promocionan sus cuerpos en la Zona Norte. Cada una de estas categorías de trabajadoras y trabajadores lleva a cabo su oficio en espacios claramente diferenciados, delineando de este modo un conjunto de microcosmos que dividen el centro de la ciudad en diversas zonas de entretenimiento erótico.

Tanto el flujo de turistas del norte hacia el sur, como la movilización de migrantes del sur hacia el norte, son fenómenos sociales que han sido condicionados por agentes macroeconómicos de escala global. Estas fuerzas del mercado internacional, aunadas a las distintas crisis sociales en México y en Estados Unidos, han tenido un impacto en lo local, condicionando la práctica del trabajo sexual en Tijuana, es decir, abriendo y cerrando lo que los autores llaman “the sex frontier” (Velasco y Contreras, 2011:53). En la primera década de este siglo, por ejemplo, Tijuana ha experimentado en carne propia el refuerzo de la seguridad nacional estadounidense en la frontera, a partir de los acontecimientos del 11 septiembre de 2001. Del mismo modo, en años más recientes, la ciudad ha visto el descenso en el número de turistas debido a la violencia asociada al narcotráfico en México y a la crisis económica en Estados Unidos.

Actualmente no es difícil notar que las autoridades municipales decididamente han buscado, una y otra vez, borrar la imagen de Tijuana como una ciudad de violencia, excesos y decadencia moral, es decir, un lugar de consumo de alcohol, drogas y servicios sexuales. Tanto el gobierno como los organismos turísticos evitan hablar del tema. De hecho, no parecen existir datos oficiales que den cuenta de la importante derrama económica que generan las decenas de “clubes para caballeros” en la Zona Norte. Resulta muy interesante la forma en que esta problemática es abordada por algunos políticos, pues en sus mismos discursos se reconoce (en un tono que raya con el cinismo) la intención de borrar “de la mente de la gente” el estigma de Tijuana como una ciudad del vicio. Es curioso que, en algunos casos, se hable de dicho estigma en tiempo pretérito. Esto puede apreciarse claramente en las palabras del presidente del Comité de Turismo y Convenciones (Cotuco), Gilberto Leyva Camacho, en su comentario con relación al turismo sexual en Tijuana:

Existe ese tipo de visita, siempre ha existido, gracias a Dios a que hemos perdido la fama contundente de que antes éramos la ciudad de la prostitución. Antes decían que era la ciudad de la perdición, cosa que ya no. Hemos tardado (*sic*) de ir borrando eso, de la mente de la gente, porque existe en todo el mundo, pero que no nos tachen de lo peor, sino que es normal en todas las ciudades. Estamos en la frontera y en boca de todos y más Tijuana con el crecimiento que tenemos.²⁷

²⁷ Fragmento de una entrevista realizada por Juan Miguel Hernández para un artículo del periódico *El Sol de Tijuana*, publicada el 17 de agosto del año pasado con el siguiente encabezado: “Zonas de tolerancia

Parece ser que, para Leyva Camacho es inevitable que miles de visitantes lleguen a la frontera en busca de servicios sexuales. Sin embargo, el hombre encargado de la promoción turística de Tijuana considera necesario trasladar la zona de tolerancia a otra área de la ciudad. Esto deja ver que, en el discurso del Estado, lo “inaceptable” no es el turismo sexual ni el tráfico de personas en sí mismos, sino el hecho de que éstas prácticas se lleven a cabo en el centro de la ciudad... demasiado cerca de las iglesias y las escuelas. Para Víctor Clark Alfaro, antropólogo y profesor de la Universidad Estatal de San Diego, el turismo sexual en Tijuana es tan antiguo como su misma fundación, a comienzos del siglo XX. Sin embargo, la mayoría de los residentes de esta ciudad fronteriza siempre han buscado ocultar esta realidad a toda costa.

El también director del Centro Binacional de Derechos Humanos afirma que Tijuana es una de las ciudades con mayor auge en todo lo relacionado al turismo sexual a nivel global. Clark Alfaro estima que, tan solo en la zona de tolerancia, laboran alrededor de dos mil trabajadoras sexuales. Además de todas las otras personas que participan en la logística del comercio sexual: los empleados de los clubes, antros y hoteles, así como los taxistas y choferes que diariamente trasladan clientes desde San Diego, California hasta la Zona Norte. El especialista asegura que la demanda de estos servicios viene de una clientela internacional, que además genera una importante derrama económica en la ciudad:

Hay bares en la zona que tienen clientela que no solo viene de Estados Unidos, sino de Europa, que viene específicamente para demandar ese tipo de servicio. Las personas que hacen un turismo sexual, vienen con capacidad económica importante a la ciudad de Tijuana.²⁸

Según la nota publicada el 17 de agosto de 2019 por el periódico *El Sol de Tijuana*, algunos de estos clubes para caballeros cuentan incluso con limosinas a su servicio que operan en la línea internacional de San Ysidro (uno de los puntos más transitados de cruce a Estados Unidos), recogiendo ahí a sus clientes y trasladándolos directamente hacia los *Table Dance* de la Zona Norte. Posteriormente, una vez que concluyen su visita, los

persisten en Tijuana. Extranjeros llegan a esta frontera porque el turismo sexual es una actividad añeja en Tijuana, que inició casi a la par de su fundación” (*El Sol de Tijuana*, 2019).

²⁸ Fragmento de la misma entrevista realizada por Juan Miguel Hernández citada previamente.

choferes de las limosinas transportan a estos turistas de regreso a la *línea*. Siguiendo la nota, algunos de los operadores de estas limusinas accedieron a proporcionar cierta información bajo la condición de que se guardase su anonimato. Ellos indicaron que movilizan desde la línea internacional de Tijuana un promedio de 60 personas al día. También se mencionó que muchos de estos clientes cruzan la frontera desde San Diego hasta tres veces por semana, siempre con el objetivo de visitar la Zona Norte y sus obscuras delicias. Se menciona también que los establecimientos que operan en la zona de tolerancia generan jugosas ganancias. Ciertos hoteles de la zona, por ejemplo, alquilan habitaciones de lujo cuyo costo por noche rebasa los cinco mil dólares. Tal como afirman Alonso y Balbuena:

La zona de tolerancia de Tijuana, por usar ese eufemismo, es un sector cuyas calles y locales están sometidos a una constante apropiación simbólica, política, económica o física de carácter multclasista. Es en este contexto, que la ciudad expresa su existencia mediante tonalidades que indican lo que se oculta y lo que es evidente; lo que es moralmente permitido y sancionado; la disposición y tipos de placeres. Incluso, aquellos comportamientos que suceden en ese espacio oculto y extremo, que se ubica a medio camino entre la marginalidad y lo clandestino, tienen su camino trazado (2004:9).

Del otro lado de la frontera las cosas son muy distintas. En lo que respecta a la práctica de la prostitución, la ley del Estado de California prohíbe, bajo el Código Penal 647 (b), participar, ofrecer o estar de acuerdo en cualquier acto de sexoservicio. Las leyes californianas sobre la prostitución también permiten que las autoridades arresten a la persona que ofrece el servicio y al cliente, así como al intermediario (o intermediarios) del trato. Las sanciones por el delito de sexoservicio o "solicitación" en California incluyen una multa de hasta mil dólares o una condena de 6 meses en la cárcel del condado.

Considerando lo anterior no es difícil imaginarse por qué muchos ciudadanos estadounidenses vienen a la Zona Norte de Tijuana para "pasar un buen rato". Simplemente no es tan fácil, ni tan barato, ni tan "civilizado" hacerlo en *su lado* de la frontera. Todo esto sigue haciéndonos recordar la leyenda negra de Tijuana, en los tiempos en que los norteamericanos cruzaban hacia Tijuana para poder disfrutar los salvajes placeres prohibidos por la Ley Seca en Estados Unidos.

¿Acaso las cosas han cambiado mucho en Tijuana desde entonces? Resulta interesante que, del mismo modo que el encargado del turismo en la ciudad, también Clark Alfaro hable de la leyenda negra en tiempo pretérito, ya que todo aquel que haya caminado por el *Primer Callejón Coahuila* sabe bien que la leyenda negra no es cosa del pasado en lo absoluto. Al contrario: hoy en día el monstruo del comercio sexual en la Zona Norte de Tijuana sigue vivito y coleando, quizá incluso más grande y terrible que hace 100 años.

Farmacias

Antonio Pascual Feria, presidente de la Asociación Nacional de Farmacias, afirma que el gremio de farmacias en México es de aproximadamente 20,000 establecimientos. De ellos, 80% son Pymes, mientras que el otro 20% corresponde a las farmacias de cadena y autoservicios, que manejan 40% de la venta nacional. El otro 60% lo manejan 16,000 farmacias en la República Mexicana. Según un artículo publicado en 2011 por la revista *Expansión*, 1,400 de estas farmacias se encuentran en Tijuana. Alrededor de 300 en la Avenida Revolución y calles aledañas. Parece ser que, donde antes abundaban las cantinas, ahora hay farmacias. Según los datos de la Asociación de Farmacias de Tijuana, la venta de medicamentos en esta ciudad rebasa los 100 millones de dólares anuales. Esta cantidad es bastante significativa, sobre todo si se toma en cuenta que se trata de una sola ciudad y que, a escala nacional, el mercado de fármacos reportó 6,900 millones de dólares en ventas el año pasado. En la Avenida Revolución se concentra una gran parte de las boticas que operan en la ciudad. Por cada antro o restaurante en esta famosa avenida hay dos o tres farmacias.

Lo que vuelve la situación más jugosa y polémica es el hecho de que un gran porcentaje de estas farmacias tijuanenses comercializan medicamentos controlados sin pedir prescripción médica a los clientes. A partir de lo dicho en el siguiente fragmento de una nota de la revista *Expansión*²⁹ (con un título que se refiere a la ciudad de Tijuana de una

²⁹ “La ciudad fronteriza mexicana ya no sólo es la zona donde se producen más televisores del planeta, ni la que durante años revalidó el galardón de ser la población con más cantinas de México: 550. Ahora es conocida también como la ciudad con más farmacias y clínicas médicas en el mundo. Sus 1,400 droguerías contrastan con el centenar de boticas que hay en San Diego, la ciudad estadounidense más cercana a la frontera, y sus más de 5,000 hospitales y consultorios médicos se han convertido en el destino preferido de miles de visitantes que acuden a curarse todo tipo de males. Según datos del colegio de odontólogos hay 4,000 dentistas, uno por cada 375 habitantes, y sus 2,500 consultorios suponen la mitad de la oferta de servicios médicos en Tijuana.” (Autor anónimo. 20 de septiembre de 2011. *La farmacia más grande del*

forma bastante certera: “La farmacia más grande del mundo”) es fácil deducir que este fenómeno de la venta sin regulación de medicamentos controlados no es más que otra manifestación de una cultura de ilegalidad y corrupción, que nunca ha sido, desde que tengo memoria, cosa extraña en este bello país:

“Se calcula que en Tijuana 70% de los medicamentos controlados se venden sin prescripción. Ignacio Romo, presidente de la Asociación de Farmacias, explica ese desorden por el cambio normativo realizado hace una década por la Secretaría de Salud (SSA). Es que la entidad cambió el perfil y los requisitos para vender medicina controlada y no controlada. “Ahora cualquier persona con un simple aviso a la autoridad y sin inspección alguna puede dar de alta un local para vender fármacos que no requieren receta médica.” Pero el trasfondo de la cuestión es que se valen de esta apariencia con el fin de distribuir medicinas de carácter controlado” (*Expansión*, 2011).

Algunos de los medicamentos más demandados y vendidos son *Viagra* (sildenafil), *Valium* (diazepam), *Xanax* (alprazolam) y *Deca-Durabolin* (esteroide anabólico): “Es ahí donde está el gran negocio”, explica Ignacio Romo, de 66 años de edad, quien dirige las 300 farmacias que tienen licencia para distribuir productos con prescripción. (2011). Siguiendo la nota de *Expansión*, el investigador de la Universidad de Texas, Marvin Shepher, reveló (en un estudio publicado en 1996) que, según un sondeo de 5,600 inspecciones aduanales, cada día se declaraba un promedio de 11,000 comprimidos de *Valium*, aproximadamente 4 millones de píldoras al año. En ese año se declaró la incursión de “sedantes, antidepresivos y estimulantes” por personas de 35 a 40 años de edad, en el cruce fronterizo a Estados Unidos: “La lista de los productos más demandados en las farmacias de la frontera la encabezaron *Valium*, *Rohypnol*, *Tafil* y *Neopercodan*. A la fecha la tendencia no ha variado significativamente, salvo que el *Rohypnol* ya está tipificado como sustancia prohibida” (*Expansión*, 2011).

mundo. *Expansión*, 2011 -, 3: <https://expansion.mx/expansion/2011/09/14/la-farmacia-ms-grande-del-mundo>).

Narcotráfico y consumo de drogas

Recuerdo mis años de adolescencia en Ensenada. Tenía un amigo de mi barrio que se dedicaba a reclutar jóvenes con *visa*, pasaporte y licencia de conducir para trabajar como *drivers*: choferes-carnada del narcotráfico que cruzan la frontera a Estados Unidos por la garita de San Ysidro, en un auto cargado con varias libras de marihuana o cristal. “¡Sobres Pablillo!... anímate a *jalar*”, me decía mi amigo, “Mil dólares por *jale* si te la rifas tú solo... 700 si llevas copiloto porque le tienes que dar 300 al copiloto”. Algunos conocidos lo hacían y ganaban dinero fácil y rápido. Otros ya estaban en la cárcel de San Diego. “En una hora vas y vienes si sales temprano”. Esta persona quería reclutarme y era muy insistente, pues así se ganaba la vida (incluso me llevó a sacar mi licencia de conducir y pagó por el trámite). Recuerdo bien cuando me explicó como era el trabajo: “Te vamos a dar el carro temprano en el *Auto Zone* y te vas tú sólo a Tijuana y derecho pa la línea... Tú nada más no te pongas nervioso cuando estés en la garita... Entregas tus papeles y cruzas como si nada... ya del otro lado agarras la primera salida del 805 y te estacionas en el *Burger King*... Ahí te van a estar esperando y nomás entregas el carro con las llaves y cruzas de vuelta pa este lado... Ahí te voy a estar esperando yo en Tijuana y te voy a dar tu feria ahí mismo.” Afortunadamente nunca lo hice. Y aun si hubiera decidido seguir algún estúpido impulso hormonal de la adolescencia, no habría podido hacerlo, pues para ese entonces mi madre ya se había enterado de la situación en la ciudad. Había tomado mi *visa* y la había escondido. Sabía lo que estaba pasando ahí afuera: cada vez más jóvenes ensenadenses estaban comenzando a “jalar” para las organizaciones criminales dedicadas al tráfico de drogas transfronterizo.

Debido a diversos factores sociales y geopolíticos, y, quizá por encima de cualquier otra cosa, a su condición fronteriza, Baja California es un estado que se ha identificado históricamente como un territorio en el que opera una gran red de tráfico de drogas. El hecho de que este estado sea un punto clave para las redes internacionales de las organizaciones delictivas está asociado, por supuesto, a su condición fronteriza respecto a Estados Unidos, el mayor consumidor de drogas entre las naciones de la tierra. El destino de esas miles de toneladas de drogas que han cruzado la frontera hacia Estados Unidos y Canadá desde hace varias décadas es convertirse en una feliz falsedad y materializarse en una miserable realidad de las calles norteamericanas: una versión oscura del “*American Dream*”, vendible, comprable, fumable, inhalable e inyectable. Un

demonio amado y odiado por cientos de miles de seres humanos de todos tamaños, formas y colores. Estas redes transfronterizas de narcotráfico no son cosa nueva. Desde comienzos del siglo XX (cuando el consumo de drogas era aún legal) se exportaba marihuana y opio desde México a Estados Unidos. Después, durante la Segunda Guerra Mundial, el gobierno norteamericano se vio en la necesidad de alentar el cultivo de la amapola, para así producir morfina y aliviar el dolor físico y espiritual de sus soldados, que participaban en una masacre masiva del otro lado del atlántico. Además, debido a la guerra, se cerraron las rutas de comercio con Europa, lo cual generó las condiciones propicias para trazar y establecer rutas de tráfico en las ciudades fronterizas de Tijuana, Mexicali, Nogales y Ciudad Juárez (Salazar, 2012:s/p).

En los años sesentas, se calculaba que existían aproximadamente trescientos aeropistas clandestinas asociadas al narcotráfico en los estados mexicanos que se encuentran en la frontera con Estados Unidos (Salazar, 2012:s/p). Para la década de los setentas, México ya se había convertido en el principal proveedor de marihuana y heroína de su envidiada y enviciada nación vecina. Y las cosas no han cambiado mucho en la actualidad.

El narco-escenario actual de Tijuana

Hoy en día, en Tijuana opera de forma dominante el C.D.S (Cártel de Sinaloa). Pero también hay otros. Desde que agarraron, extraditaron y condenaron a cadena perpetua a Joaquín "El Chapo" Guzmán (exlíder del C.D.S), se dieron ciertos reacomodos y surgieron nuevos conflictos entre los grupos criminales en Baja California. Tijuana ha sido por mucho tiempo (probablemente desde sus orígenes) el escenario de enfrentamientos entre distintos grupos del crimen organizado. Desde el decenio de 1980 el Cártel de Tijuana o C.A.F. (Cártel Arellano Félix) tuvo el control de la plaza en la ciudad fronteriza. Sin embargo, su guerra con el C.D.S. terminó por debilitar (casi aniquilar) la organización liderada por los Arellano Félix. Aún recuerdo cuando veía en mi infancia esos letreros que tenían en la Garita Internacional de San Ysidro, con las caras de los hermanos Ramón y Benjamín. Y también las caras de sus sicarios y gente de confianza. "Wanted/Se buscan", "Reward: \$1, 000,000 dollars/Recompensa: \$1, 000,000 dólares", se leía en los letreros, debajo de las fotografías.

Para comienzos del nuevo milenio, todas las caras del C.A.F habían sido tachadas y los letreros habían sido retirados. Ahora, el Cártel de Sinaloa (liderado por “El Chapo” e Ismael “El Mayo” Zambada), controlaba la distribución y venta de drogas en Tijuana, así como la exportación de éstas y el manejo de otros negocios ilícitos. A partir del 2015 comenzaron a escucharse los rumores sobre el emergente CJNG (Cártel Jalisco Nueva Generación), liderado por Nemesio Oseguera Cervantes, “El Mencho”. Esta nueva organización fue desplazando poco a poco al Cártel de Sinaloa, tomando el control de ciertos territorios estratégicos para el tráfico de drogas. Según información de la DEA (*Drug Enforcement Administration*), el CJNG tiene presencia en 22 estados de la República Mexicana, incluyendo, por supuesto, a Baja California. Esto ha ocasionado una feroz disputa entre los distintos cárteles que operan en el país. Una guerra por el control de la plaza de Tijuana, lo cual ha detonado en un notorio incremento de la violencia en la ciudad en los últimos dos años.

En el amplio territorio que comprenden México, Estados Unidos y Canadá la droga más consumida es la marihuana, así como lo es, de hecho, en todo el mundo. Sin embargo, estos tres países parecen concentrar una cantidad importante de los usuarios de drogas respecto a la población mundial de consumidores. En la escala nacional, Baja California es uno de los estados con los índices más altos de consumo de drogas ilegales. Siguiendo a Salazar, esto se debe a la situación geográfica de la entidad y su “condición como puerto de comercio y paso obligado del tráfico de drogas”. Debido a esto, se genera una concentración de narcóticos en la región, el surgimiento de redes de narcomenudeo que operan localmente y, en consecuencia, mayor disponibilidad de estas sustancias (Salazar, 2012:S/P): condición de posibilidad fundamental para “loquear”. Parece sentido común que raya con la obviedad: Donde haya más drogas a la mano, habrá más consumidores de drogas:

Esta situación se ve reflejada en la cantidad de personas que en la última Encuesta Nacional (2008) reportó el ofrecimiento de drogas ilegales regaladas o vendidas. En Baja California 25.7 por ciento de la población reportó que le han ofrecido marihuana regalada, en contraste con 16.6 por ciento a nivel nacional. Asimismo, 12.2 por ciento de la población bajacaliforniana reportó que le han ofrecido otra droga ilegal regalada, en comparación con 7 por ciento a nivel nacional. Esta

diferencia, da cuenta de un contexto donde la disponibilidad y acceso a estas sustancias es mucho mayor (Salazar, 2012:S/P).

Aquí en la frontera mucha gente se dedica a “jalar” (tráfico de drogas), y aún hay más gente que le gusta “loquear” (consumo de drogas). Resulta muy interesante considerar que la cercanía y la interacción constante con la cultura “narcoconsumista” estadounidense han influido en los patrones de consumo de los mexicanos que viven en la frontera norte, generando tendencias similares a las del país vecino, el mayor consumidor de drogas en el planeta. A pesar de que no es fácil verificar empíricamente esta hipótesis, me parece aún más difícil negar, sobre todo para quienes vivimos en Baja California, la evidente presencia y arraigo de una cultura de tráfico y consumo de drogas en esta región fronteriza. Y negar esta realidad en la Zona Norte de Tijuana es pecar de necedad, ignorancia o autoengaño.

Capítulo 4: *Amateur ensayo dadaísta sobre la polimorfa y [auto]etnográfica
hermenéutica en las calles de la Zona Norte* (nombre científico: **capítulo de análisis**)

*Todo temor deseche tu prudencia;
toda flaqueza debe aquí ser muerta.
Es el sitio de que hice ya advertencia,
donde verás las gentes dolorosas
que perdieron el don de inteligencia [...]*

*Llantos, suspiros, aúllo plañidero,
llenaban aquel aire sin estrellas,
que me bañó de llanto lastimero.
Lenguas diversas, hórridas querellas,
voces altas y bajas en son de ira,
con golpes de manos a par de ellas,
como un tumulto, en aire tinto gira
siempre, por tiempo eterno, cual la arena
que en el turbión remolinear se mira [...]*

*Es la suerte ignominiosa
de las míseras almas que vivieron,
sin infamia ni aplauso, vida ociosa.
En el coro infernal se confundieron
con los míseros ángeles mezclados,
que fieles ni rebeldes, a Dios fueron;*

*los que del alto cielo desterrados,
perdida su belleza rutilante,
son por el mismo infierno desechados.*

—La divina comedia, 1304

Drogas

La *Dolomedes Plantarius*, también conocida como la “gran araña de balsa”, es una especie europea de arácnido de la familia *Pisauridae*. Un insecto sumamente venenoso que puede matar a un ser humano en 15 minutos. De manera muy similar, el *cristal* que se vende en la *Coahuila* puede envenenar y destruir a una persona con la misma rapidez. La metanfetamina que se mueve allí no es como cualquiera. Está cortada. Rebajada. Adulterada con sabrá Dios qué químicos. No se parece nada al material transparente que se vende en el *downtown* de San Diego. El cristal de la *Zona* es un veneno opaco y grisáceo de pésima calidad. Atrae a muchos clientes porque es barato, sumamente adictivo y se vende *bien* “reportado” (término del *slang* callejero que se utiliza para referirse a dosis abundantes de droga, comida, o cualquier objeto de valor; es decir, “bien

servidas”, “justas”, o incluso “generosas”. En este contexto lingüístico de la Z.N. el término opuesto sería el verbo “quemar” o “caciquear”, que significa vender dosis rebajadas o “cortadas”, y que se explicará con mayor amplitud posteriormente en este capítulo), pero te puede volver loco en 15 minutos. Con una solo fumada trastorna la mente, el cuerpo y el alma. He visto cómo ese cristal barato ha provocado que algunas personas se comporten en formas extremadamente irracionales, haciendo cosas autodestructivas como matarse a sí mismos o a alguien más. No sé porque ese “crico” pone a la gente tan “paniqueada” (término del *slang* callejero que se utiliza como sinónimo de “paranoica”. Aunque a veces se refiere a un específico estado mental de paranoia descoyuntada –delirios de persecución– producida directamente por el consumo de drogas estimulantes como la cocaína y la metanfetamina. Ésta condición mental genera en el usuario una conducta motivada por un miedo irracional fuera de control, que en muchos casos se manifiesta con *tics* nerviosos, como el estar asomándose por las ventanas para saber si “alguien” se acerca. A ésta práctica en particular se le llama “ventanear” y se asocia a las etapas más graves del uso crónico de dichas sustancias). En las calles se dice que esto sucede porque ese cristal barato contiene, entre otros ingredientes químicos, ácido de batería y veneno para ratas.

Pues bien, el veneno de la *Dolomedes Plantarius* contiene una toxina llamada *atraxotoxina*. En Australia, se le atribuye a ésta araña la muerte de 13 personas. En Tijuana se mueren en promedio 10 personas al mes por sobredosis de heroína y fentanil, algunos de los venenos favoritos del despiadado y clandestino capitalismo global. Venenos astutos y burlones, que intoxican a sus consumidores convirtiéndose para ellos– en la mayoría de los casos– en una cruel y paradójica maldición: la droga es su peor enemigo y, a la vez, su máspreciado objeto de deseo. Una situación en la que el cazador se convierte en presa. De modo similar, las arañas han desarrollado una enorme diversidad de métodos diferentes para cazar a sus presas. Y el más familiar de todos probablemente sean las telarañas.

La familiaridad no necesita producir desprecio o desdén. Las telarañas son estructuras tan complejas y fascinantes de observar como las calles del barrio Zona Norte. Y tienen varias cosas en común. La famosa araña “espalda roja”, por ejemplo, utiliza su telaraña de un modo bastante sofisticado. Aunque su telaraña parece caótica, de hecho es una red de *cables trampa*, líneas de cepos y poleas. El insecto enrolla primero hebras de seda alrededor de su presa –que casi siempre son escarabajos– y lucha para inmovilizarla.

Cuando el escarabajo se cansa por fin, ella le pica con su mortal aguijón... Todo esto para decir que, según los resultados de mi trabajo de campo, la Zona Norte comparte muchas similitudes con la telaraña de una *Latrodectus hasselti*. Una masa aparentemente informe y caótica, que también parece una compleja y organizada red de bienes, cuerpos y discursos que orgiástica y brutalmente se devoran unos a otros, como en un nido anárquico de excitados insectos caníbales: "Porque [la masa] renuncia a tener un fin y funciona a la manera de una reunión de partículas que se agitan, la muchedumbre constituye una comunidad de seres anómicos, es decir de componentes que se mueven de espaldas a cualquier organicidad, que dan vueltas excitados intentando calmar una necesidad que no pueden saciar porque no saben a qué corresponde" (Delgado, 1999:93,94).

Para pensar la Zona Norte resulta útil dividirla espacialmente en dos. Todavía no entre lo *celestial* y lo *infernial*, ni entre lo *sagrado* y lo *profano*, sino simplemente entre el área *comercial* y el área *residencial* del barrio. Esta división podría materializarse o localizarse –en términos geográficos urbanísticos– más o menos en la calle *Mutualismo*, que atraviesa la *Coahuila* y su paralela, la calle *Baja California*. Según los recorridos de observación que formaron parte del trabajo de campo de esta investigación, la calle *Mutualismo* marca en cierto modo el límite, la *frontera* entre la cara "turística" y la cara "familiar" de la *Zona*. Probablemente nunca olvidaré aquellas palabras que me dijo alguna vez un oficial de la municipal –precisamente en la delegación de la Zona Norte, sobre la calle *González Ortega* y a unos cuantos metros de la *Avenida Internacional*– mientras me hacía firmar el papeleo legal para que pudiera por fin irme a casa: "Cuando salgas de aquí, no vayas a darle a la *izquierda*", me dijo el policía, y comenzó a reírse a carcajadas con su compañero que estaba sentado al lado. Se reían porque, tanto ellos como yo, sabíamos bien que, al decir "izquierda", el uniformado se refería al lado izquierdo respecto a la calle *Mutualismo*, es decir, al *este* de la ya mencionada "frontera interna", a la zona comercial, "turística", la de *tolerancia*. Dónde se supone que transita y circula todo lo que es malo, prohibido y vendido. Lo deseado y lo ilegal. Algo que no es cierto (pues he comprobado que el vicio y el crimen abundan en *toda* la *Zona*), pero de alguna oscura y extraña manera es aún gracioso para los policías y también para mí, que no tardé en reír nerviosamente para seguir la corriente. Por cuestiones de mera supervivencia, generalmente es recomendable reírse de los chistes de los policías, aunque casi nunca

sean graciosos. Lo que resulta seriamente peligroso es reírse frente a ellos cuando no han contado ningún chiste.

Aunque, en la realidad, ésta improvisada división de la Zona Norte a partir de la calle *Mutualismo* se evidencia a sí misma como ficción al mostrarse constantemente transgredida, sumamente inestable, porosa y sobre todo ambigua e indefinida. De todos modos, no es completamente inservible este recurso analítico. Y será utilizado esporádicamente en el transcurso de éste delirante análisis. En lo que llamo el área residencial de la Zona Norte, hay muchas tiendas de abarrotes en las esquinas. Una de ellas se llama “La deuda eterna”. Entre las calles de la Zona Norte y el centro de Tijuana fluye constantemente un expresionista discurso religioso con un fuerte sesgo cristiano *adventista-apocalíptico*. Los voceros de este alarmante discurso son los predicadores evangélicos, los *broders*, que abundan en esta parte de la ciudad y que, parándose en las ajetreadas esquinas con la biblia en mano y la frente en alto, y utilizando un micrófono (o algunas veces la sola fuerza de su voz) predicán la doctrina cristiana. Se dirigen a los transeúntes que pasan a su lado –casi siempre nerviosos, indiferentes, sarcásticos o asustados- exhortándolos apasionadamente a la conversión y al arrepentimiento, haciendo un crudo énfasis en el sadismo y la crueldad del “castigo eterno” en el infierno. Algunos utilizan expresiones que reflejan algunas interpretaciones metafóricas interesantes como “¡El infierno es aquí!” o “En el infierno podremos tener relaciones sexuales... ¡pero en vez de sentir placer, sentiremos dolor!”. Entre los anexos de este trabajo se encontrarán ciertas notas de campo que describen los encuentros con estos misteriosos y complejos personajes que son los predicadores de la *Zona*. En otro de esos pequeños negocios de abarrotes del área “familiar” de la Z.N. -localizado en la esquina de la calle *Coahuila* y la *Gonzales Ortega* (a unas cuadas de la delegación municipal) junto a un centro de Rehabilitación para hombres con problemas de adicciones- se venden antibióticos sin receta y por pieza. 15 pesos cada cápsula de terramicina. Tenía entendido que eso era ilegal desde hace ya algunos años. Pero quizá no es de extrañar, pues a menudo he escuchado a personas referirse a Tijuana como “la farmacia más grande del mundo”.

Quizá tengan razón. La ciudad parece tener muy poco –si no es que nulo– control de las sustancias que circulan por ella. Hace un par de meses, en esa misma esquina, justo fuera de la tienda de abarrotes, una mujer de mediana edad que pretendía hablar por teléfono me miró a los ojos mientras yo cruzaba la calle y pasaba a su lado. Entonces me dijo en voz baja pero clara: “¿cuántos?”. Era una vendedora de hielo (uno de los muchos nombres

por los que se le llama a la metanfetamina en esta región fronteriza, además de *crystal*, *crico*, *ice*, *jale*, *foco* o *skante*) al menudeo. Su pregunta se refería a cuántos “globitos” iba a comprar. Los “globitos” son dosis de metanfetamina envueltas en un pequeño envoltorio de plástico con valor de 50 pesos cada una. Me quedé callado y desconcertado. Mientras seguí caminando me puse a pensar. No sabía que también vendían cristal en la parte residencial de la Zona. Me pareció irónico, casi un chiste cruel, que estuvieran vendiendo cristal a unos cuantos pasos de un centro de rehabilitación... Tampoco sabía que había *pushers* (una de las palabras que se usan para referirse a los y las vendedoras de drogas al menudeo en esta región fronteriza, además de *tirador*, *dealer* o *conecta*) mujeres. En el área turística siempre veo solo a *dealers* varones. Todo el barrio está infestado de drogas. Legales, ilegales y “semi-legales”. En el *Primer Callejón Coahuila* y varias cuadras a la redonda están las “paraditas”. Y en el parque *Teniente Guerrero*, en las madrugadas, se ponen los “paraditos”. En la parte comercial/turística están las farmacias donde venden *Valium* y *Xanax* sin receta. Mínimo en esas tienes que saber hablar inglés (Se profundizará en el análisis de ésta práctica en el apartado sobre “turismo farmacéutico”). Pero también hay *narcotientitas* en el área “local” de la Z.N. dónde venden *Rivotril* clonazepam de 2mg al menudeo a cualquier persona con 50 pesos en la bolsa.

Si se considera la Zona Norte en su totalidad espacial, es decir, si se observa y se piensa “desde arriba”, como un mapa en movimiento, lo que veremos es un hormigueo desorganizado de cuerpos y objetos fluyendo y deteniéndose sin seguir un patrón definido. Ricos y pobres. Oprimidos y opresores. Automovilistas y peatones. Mujeres y hombres. Obreros y patrones. Somos todos como hormigas. Produciendo, transitando, siempre consumiendo. Deteniéndonos y avanzando feliz y obedientemente en el espacio, para olvidar el tiempo, y avanzando inevitablemente en el tiempo hasta el día en que no existan más ni el uno ni el otro.

Mientras tanto, no hay que ser tan pesimistas. En realidad, son los *fijos y flujos*³⁰, en el sentido que usa éstos conceptos Milton Santos, los que estructuran la dimensión espacial

³⁰ Conceptos utilizados por el geógrafo y abogado brasileño en su texto “*El espacio: sistemas de objetos, sistemas de acción*”, publicado en el año 2000. En él, Santos define el espacio como un conjunto de fijos y flujos, en el que existen cosas fijas, así como flujos que provienen de esas cosas fijas. Los elementos fijos permiten acciones que condicionan y modifican los lugares, así como también nuevos flujos que recrean las condiciones ambientales y sociales y resignifican el espacio.

de nuestra existencia. *Fijos* que le dan forma y dirección al movimiento pulsional e instintivo de la *masa social* y proporcionan materialidad y visibilidad a los discursos. *Flujos* de deseos, pasiones y temores individuales que constituyen las pequeñas notas que forman esta melodía de las calles. Parece más bien una danza improvisada e inconsciente de movimientos humanos, sincronizados en la armonía secreta de un caos rizomático. Así como la telaraña de la *Latrodectus hasselti*. Quizá en algo parecido piensa Manuel Delgado cuando afirma que: "Lo rizomático está conformado por partículas, que se relacionan en términos de distancia, siguiendo movimientos de aspecto caótico y cuya cantidad se mide en intensidades y en diferencias de intensidad. Suscita dominios elásticos, preorganizados, constituidos por materiales inestables y por formar, submoléculas y subátomos que discurren en flujos sometidos a movimientos impredecibles, singularidades libres dedicadas a un nomadeo constante y sin sentido, partículas sin estructurar que daban la impresión de agitarse enloquecidas" (1999,117).

Aunque está ahí todo el tiempo, es sobre todo en las noches de fin de semana cuando puede observarse en el *primer callejón Coahuila*, así como en la calle *Primera*, aquella sensibilidad colectiva de la que habla Delgado, más o menos equivalente al concepto de *efervescencia colectiva* propuesto por Durkheim -definido en el capítulo teórico-. Turistas gringos, chinos, hindúes, indígenas, haitianos, *hai-tijuanenses*, indigentes, delincuentes, prostitutas, adictos, policías, perros, peatones extraviados, taxistas y transeúntes locales. El área "turística" de la *Zona Norte* se distingue por su particular mezcla de sonidos, colores, texturas y aromas; pero sobre todo por los blandos y tambaleantes cuerpos, duros rostros y severas miradas. Almas embriagadas de placer y de dolor; Así como la intensidad y crudeza con la que se manifiesta visualmente la entropía social en el movimiento de la gente por las aceras y las calles. Esa "vida polimorfa, policelular, camaleónica, instancia sin rostro, hormigueante, monstruosa, dislocada, ámbito en el que cabe todo, hasta el infinito, que es rica en posibilidades, sin que en ella haya final, ni razón, y que periódicamente se abandona a la experiencia dionisiaca, confusional, del torbellino de los afectos y de sus múltiples expresiones" (Delgado, 1999:118). Sumergirse en esa agitada y polimorfa muchedumbre urbana proporciona una intensa y casi mística experiencia estética, que permite perderse en esa masa inestable para enseguida encontrarse y contemplarse a uno mismo transformado, convertido en posibilidad pura. En todo y en nada. Diluyéndose en ella como una gota más, derramada en un océano de coloridas y turbulentas aguas residuales.

La práctica hace al maestro

Como lo mencioné en el capítulo teórico, una práctica social está compuesta, según Tomás Ariztía, por tres elementos que coexisten activamente: las *competencias* (saberes prácticos), las *materialidades* y el *sentido* (2017:224). La definición anterior puede ser evidenciada a partir de la descripción de una práctica social de consumo específica: comprar un “globito” de *crystal* en uno de los varios puntos de venta de la Zona Norte de Tijuana. Conectar un *globito* implica la posesión y movilización de un conjunto de saberes –o *competencias*- asociados a cómo identificar los sitios en los que se distribuye la droga, aprender a reconocer y distinguir a los policías “apalabrados” de los “otros” (los “honrados”. Los *puercos* te detienen por “actitud sospechosa”, te *pasan báscula* “de rutina” (significa ser inspeccionado minuciosamente por alguien con el objetivo de encontrar objetos ocultos entre la ropa) y si te encuentran *algo* te esposan, te suben a la patrulla, unas cachetadas y te llevan a la 20³¹); saber cómo acercarse al *dealer*, pararse junto a él y guardar silencio, buscar su mirada y esperar la señal: un ligero y casi imperceptible movimiento con la cabeza. Adoptar la postura corporal apropiada –léase *hexis*³²–. Luego viene la pregunta: ¿cuántos? La respuesta debe ser inmediata y sin titubeos. Cualquier tartamudeo o expresión de desidia será sancionado con una reacción de sospecha y rechazo. El *dealer* se dará la vuelta y se alejará. Casi nunca hay segundas oportunidades, excepto en los casos en los que los *tiradores* se dan cuenta de que el cliente es un neófito inocente o un extranjero. En esos casos se corre el riesgo de ser quemado (sinónimo de *timado* o *estafado*) por el *dealer*. También es necesario saber cómo y dónde esconder el *globito*, pues después de haber realizado la transacción es cuando uno se convierte en una presa potencial de los municipales o los *pepos* (Policía Estatal Preventiva). Por esas calles siempre pasan también los militares, pero nunca he visto que ellos se lleven a nadie. En fin, lo más práctico es guardar el *globito* dentro de la boca, entre la encía y el interior de la mejilla. Aunque no es la estrategia más higiénica, es una de las únicas formas de casi-garantizar que un oficial de la ley no encuentre el producto prohibido. Los placas (policías) ya conocen todos los otros clavos (sinónimo de *escondites*), dentro de los calcetines, en los agujeros de los zapatos, carteras y dentro de los calzoncillos. Al menos si te para la tira y llegan al punto de querer revisarte la boca con sus lamparitas puedes

³¹ La “20 de noviembre” es una delegación de la policía municipal a dónde llevan a la mayoría de los detenidos en la Zona Norte de Tijuana.

³² Concepto que remite a las complexiones, disposiciones corporales y posturas físicas de los sujetos sociales. Fue acuñado por Pierre Bourdieu en su obra “El sentido práctico”, publicada en 2007.

tragarte el *globito* antes de que lo hagan. Sí es muy peligroso, pero cualquier cosa es mejor que caer en la 20. Ya después puede vomitarse el *globito*. Dicen que la libertad no tiene precio, pero a veces sí sale muy cara.

Al mismo tiempo, comprar una dosis de metanfetamina en la Zona Norte está relacionado con una serie de “convenciones y significados” (Ariztía, 2017:225) que establecen la práctica de “conectar un *globito*” como una actividad estigmatizada y condenable, por ejemplo, en cuanto está asociada al vicio y la ilegalidad. Este es el *sentido* de dicha práctica social de consumo para los que la miran desde fuera. Para quienes la *viven* tiene otro sentido, que tiene que ver, entre otras cosas, con el *olvido*, la “auto-aniquilación del yo” y la “nihilización del ser social”, de lo cual hablaré más adelante.

Por lo pronto, y siguiendo la propuesta de Ariztía, podemos afirmar que la práctica de *levantar* drogas en la Coahuila es también posible gracias a una serie de *materialidades* que la constituyen. Después de todo, nada de lo que acaba de describirse sería posible, evidentemente, sin la presencia física de la droga en sí misma. Un objeto que, aunque aparece a primera vista como un *fetiché*, forma parte de una “cadena de bienes”³³ en un “sistema-mundo”. Esta práctica social de consumo estigmatizado depende a su vez de la existencia de una infraestructura de distribución, una red organizada de narcotráfico que opera en la ciudad y que asigna a algunos de sus militantes para mantener el control del barrio. En este sentido, y agregando al panorama la presencia y participación constante de las fuerzas policiacas, puede pensarse este espacio urbano como un *territorio* en disputa. Este aspecto político y conflictivo de la *materialidad* contribuye a definir los “contornos de la ejecución de la práctica” (Ariztía, 2017:225).

Por otro lado, la práctica de fumar o inhalar la metanfetamina adquirida en estos puntos de venta se lleva a cabo, en muchos casos, en ciertos locales, cuartos de hotel, o en pequeñas habitaciones localizadas en el mismo barrio tijuaneño, lo cual la convierte en uno de los principales objetos de análisis en esta investigación. Ésta práctica social de *consumo* (entendido este término en su acepción más literal) también puede ser desmenuzada analíticamente en sus *competencias*, sus *materialidades* y su *sentido*. Aunque pueda parecer una obviedad, considero importante recalcar que para fumar o inhalar metanfetamina –la droga más abundante en la Zona Norte– es necesario *saber* hacerlo. Dónde sí y dónde no. *Competencias*. Quienes saben –con orgullo o con

³³ Concepto acuñado por Immanuel Wallerstein en 1986.

vergüenza— de estas cosas asegurarán que si la droga va a fumarse tiene que ser en un lugar privado y sin viento (pues la llama del encendedor debe mantenerse firme para lograr la combustión del narcótico). Además del espacio mismo en que es realizado el ritual del cristal, otra de las materialidades esenciales de esta práctica es la parafernalia tangible: la pipa de vidrio, llamada también “puki” o “culo de gallina”, por ejemplo, que se venden tranquilamente por veinte pesos cada una en varias de las tienditas de abarrotes de la Zona Norte; papel de baño para el *cooler* (pedazo de papel higiénico humedecido con agua, que se utiliza para enfriar y limpiar la pipa de vidrio después de haber sido utilizada)³⁴; papel aluminio si se va a utilizar una *panga* (artefacto improvisado con papel aluminio utilizado para fumar metanfetamina. Se le llama así por su forma en V, similar a una lancha o un barco pequeño) lo cual requerirá a su vez de un popote (a veces improvisado con un bolígrafo al que se le extrae el delgado tubo que contiene la tinta). También puede utilizarse un foco redondo. Hay que hacerle cuidadosamente un agujero mediano en la parte de arriba del bulbo, después se rompe la parte metálica que usualmente se conecta a las lámparas; un encendedor con suficiente gas para usarse compulsivamente una y otra vez, por horas y horas.

Es asombrosa la cantidad de mercancías que salen de las tiendas con el objetivo de ser utilizadas y desechadas, pero que en muchos casos terminan siendo reutilizadas y resignificadas de maneras muy alejadas a las pensadas por quienes produjeron estos objetos. También es impresionante la creatividad de los seres humanos. Si el *ice* es inhalado debe ser molido y machacado previamente con una tarjeta de plástico. Además debe uno prepararse para unos 15 segundos de dolor espantoso, ya que al entrar por los conductos nasales esta sustancia produce una punzante sensación de ardor casi insoportable. He visto a más de uno derramar una lágrima después de inhalar, pero cabe señalar que el dolor físico que produce la droga al entrar al cuerpo es —por mucho— el menor de los problemas que ésta genera en la vida de quien comete el error de consumirla... En fin, ésta práctica, con todo y su estigma, requiere de algunas *competencias*. Cierta *know how*. Podría ir más allá y describir detalladamente el procedimiento de consumo de esa popular y venenosa droga sintética, pero me parece que eso sería científicamente innecesario, lógicamente obsesivo, éticamente irresponsable,

³⁴ Nótese la recurrencia de términos en inglés, lo cual demuestra la esencia transfronteriza de los códigos lingüísticos urbanos de la región

estéticamente vulgar, metafísicamente peligroso, epistemológicamente aburrido y espiritualmente autodestructivo. Es por esto que no lo haré.

Ahora bien, quizá la dimensión más interesante de esta práctica social de consumo no sea el estigma que arrastra –como la marca de Caín– a dónde quiera que valla; sino precisamente su *sentido*. ¿Qué se *siente* consumir cristal? ¿Cómo se significa su efecto? ¿Cuáles son los valores y significados que se le atribuyen a ésta práctica? ¿Cuál es su teleología? Respecto al consumo obsesivo y compulsivo de cualquier *droga dura* las palabras claves son *olvido* y *auto-aniquilación del yo*. De lo que se trata es de llenar un vacío. Un infinitamente hambriento agujero existencial en el ser humano, tan grande que no puede ser llenado con nada de lo que el mundo visible tiene para ofrecer. En las palabras de Delgado: “Un espacio hueco, una oquedad marcada, que implica, para quien se instala en ella, una destrucción física o moral del yo, del propio cuerpo o cuando menos de la propia identidad, puesto que la violencia del choque se asocia a una disolución de cualquier estabilidad, modalidad extrema de turbulencia provocada por el contacto entre dos masas inestables y a temperaturas radicalmente distintas” (1999:101).

El misterio de la ebriedad narcótica

«Deja ya de temblar, cuerpo». Este verano, las rosas son azules; el bosque de cristal. La tierra envuelta en verdor me causa tan poca impresión como un fantasma. Vivir y dejar de vivir son soluciones imaginarias. La existencia está en otra parte.

–Primer manifiesto surrealista, 1924

La metanfetamina y la cocaína –actualmente vendidas y consumidas sobretodo en el área “turística” de la Zona Norte- generan un efecto híper-estimulante en el cerebro y en todo el sistema nervioso del usuario. Dan *para arriba*. Mientras que la heroína y la morfina - vendidas y consumidas más en el área residencial de la Zona y en la *Canalización del Río Tijuana*-, así como el alcohol, actúan como depresores del sistema nervioso, produciendo un efecto sedante, *para abajo*. Por eso no es raro ver a personas, casi siempre hombres, “dormidos” profundamente, inmovibles y salivando en medio de las banquetas, en las bancas de los parques, en el estacionamiento del supermercado, en las escaleras de los

bancos. En dónde sea. Parece que estos "sujetos de la metrópoli" están sumidos en un sueño profundo y celestial. Pero su sola apariencia de "deterioro" físico hace pensar más en una pesadilla dantesca ubicada en el vestíbulo del infierno. En el caso de la heroína (y otros opioides fuertes como el fentanil, la morfina y la metadona) la oleada de euforia o *rush* a menudo viene acompañada por una sensación de calor en el cuerpo, un enrojecimiento de la piel, sequedad bucal, algo de náuseas (vómito, sobre todo en las primeras ingestas) y una sensación de pesadez en las extremidades. Luego de los efectos iniciales, la persona normalmente se siente adormilada o somnolienta durante varias horas y sus funciones mentales están nubladas, ofuscadas. Al día siguiente vendrá la temible *malilla*. Sin duda. Pero por el momento no hay dolor. La otredad no atormenta a la identidad. No hay conocimiento del yo. "Nomás borracho y dormido se me olvida lo jodido", dicen en las cantinas. La conciencia se deleita en su entumecimiento. La razón está sedada, anestesiada, confundida. El alma está nadando en las ambiguas y agri dulces aguas del olvido. La vivencia de los efectos inmediatos de estas sustancias tiene como común denominador el "olvido del Sí" y constituye uno de los múltiples rostros de la *ebriedad narcótica* mencionada por Adorno y Horkheimer en la "Dialéctica del iluminismo". Los autores sostienen que: "La ebriedad narcótica, que hace expiar la euforia en la que el Sí permanece como suspendido en un sueño similar a la muerte, es una de las antiquísimas instituciones sociales que sirven de mediadoras entre la autoconservación y el autoaniquilamiento, una tentativa del Sí para sobrevivirse a sí mismo" (1944:46).

Esta simultánea autodestrucción y autoconservación del yo por medio del *olvido dionisiaco* -generado a su vez por la *ebriedad narcótica*- no es más que una forma de la *nihilización* del ser social de la que habla Manuel Delgado. Cuando me pierdo bajo los efectos de una sustancia embriagante mi *ser* se convierte en *nada*, y por consiguiente, me encuentro a mí mismo disuelto en el *todo*, convertido en *posibilidad pura y pura posibilidad de ser* (o dejar de *ser*). La frontera entre la identidad y la otredad desaparece automática y momentáneamente y me sumerjo en un mar infinitamente profundo de fantasías y posibilidades, coqueteando peligrosamente con la muerte –física y/o espiritual– "Mejor morir borracho, pa' no sentir tan gacho", dicen los viejos del barrio. Acercándome hipnotizado hacia una irreversible aniquilación ontológica. "Yo no tomo drogas. Yo soy una droga", decía Dalí. Se trata pues, en las palabras de Delgado, de "una reducción a esa nada en que cualquier cosa es posible, en la que del yo puedo decir con toda la razón, con Rimbaud, que *es otro*, donde mi cuerpo no me pertenece, donde puedo

estar aquí, pero en realidad estoy lejos, en otro universo, dislocación absoluta, y, en el caso del sacrificio, zona letal de la que de ningún modo podré salir con vida” (1999:101).

Del análisis de la práctica social de consumo de drogas en la Zona Norte de Tijuana puede decirse que lo que se ve son cuerpos dislocados y errantes. Carne intoxicada y esperanzada. Espíritus inquietos, hambrientos y sedientos. *Nadas* caminantes que se mueven misteriosamente en todas direcciones y dan repentinos saltos mortales. *Todos* fragmentados. Seres misteriosos e impredecibles, llenos de anhelo y potencial humano; pero también llenos de *nada* y del *todo* vacíos. Atrapados en una letal y pegajosa telaraña de circunstancias desfavorables, discursos excluyentes y energía negativa. Partículas subatómicas de la entropía social. Hijos del caos urbano. Seres consumidos por aquello mismo que consumen. Como las arañas, que en un acto de sádica solemnidad devoran a su propia madre, para después repetir el tragicómico ciclo natural y convertirse ellas en el alimento de sus hambrientas crías, cuando menos lo esperan, atrapadas en la complicada red que ellas mismas tejieron. Irónico y cruel sacrificio del amor filial, misterio cósmico del que ninguna criatura puede salir con vida.

Prostitución y boxeo

*Tu cuerpo es retorcido esplendoroso y brilla como la luna amarilla
tus ojos son pequeñas lunas lascivas
tu boca revienta voluptuosa en la miseria de las judías
tus manos una caracola, que vive en los jardines rojo sangre llenos de uvas y rosas [...]*

*Entonces danzaban hombres y rameras desnudos en éxtasis desquiciado
paganos, turcos, cafres y moros sobretodo
se disiparon los ángeles del círculo terrestre
y llevaron oscuridad y suplicio en un platón centelleante
No había ningún capullo materno, ningún ojo inyectado de sangre y sin esperanza
cada alma se abría a la infancia y al milagro.*

– Hugo Ball: auténtico dadaísta

“Desde su etapa como estudiante en la Universidad Estatal de San Diego, Michael (nombre ficticio) suele visitar frecuentemente Tijuana. La primera vez que cruzó hacia esta frontera, lo hizo para probar los sabrosos tacos que tanto le habían

recomendado sus compañeros de clase. “Pronto me di cuenta de que había mucho más por hacer. Después de hablar con algunas personas, nos dirigieron a los lugares turísticos populares”, agregó. Al hablar de lugares turísticos, Michael no se refiere al Reloj Monumental, Playas de Tijuana o la Ruta del Vino; la expectativa del joven era conocer la zona de tolerancia y los famosos clubes de caballeros que ahí se encuentran. En especial, aquel que tiene nombre de una región administrativa de China. “La primera vez que fui a ese club, me sorprendió que existiera algo así. No soy el tipo de persona que va a los clubes de striptease muy a menudo, pero por lo que he visto, Tijuana es muy diferente a la mayoría de los lugares en que los clubes son básicamente burdeles disfrazados de clubes de striptease”, confesó el norteamericano. Luego de esa primera aventura, Michael se ha convertido en un visitante frecuente de la Zona Norte de Tijuana, en donde disfruta de experiencias que en San Diego es imposible de vivir, debido a la prohibición del sexoservicio en California, y las restricciones que existen en los centros nocturnos del vecino país. “Aunque no estoy interesado en gastar dinero en prostitutas, mis amigos y yo volvemos continuamente porque es un lugar divertido y salvaje para estar tan cerca de San Diego. Me emborracho con alcohol barato, escucho buena música y práctico mi español, con bailarinas calientes (ríe).”³⁵

Conocí a María hace ya mucho tiempo. En realidad no se llama así, pero me abstendré de usar su nombre real para guardar su anonimato³⁶. En ese entonces ella no era una trabajadora sexual. Era una adolescente. Una chica de unos 17 años que estaba cursando sus materias en la preparatoria abierta, igual que yo. Recuerdo que la conocí en un bar en Ensenada. El *Mango-mango*. Me la presentó un amigo. Era una tarde de sábado y el cielo estaba soleado. No recuerdo mucho más de aquella ocasión, pero al tiempo descubrí que María era conocida en varios barrios de Ensenada y su reputación le precedía. Todos

³⁵ Fragmento de una entrevista realizada por Juan Miguel Hernández para un artículo del periódico *El Sol de Tijuana*, publicada el 17 de agosto del año pasado con el siguiente encabezado: “Zonas de tolerancia persisten en Tijuana. Extranjeros llegan a esta frontera porque el turismo sexual es una actividad añeja en Tijuana, que inició casi a la par de su fundación” (*El Sol de Tijuana*, 2019).

³⁶ A veces lo correcto es trazar ciertos marcos éticos, aunque algunos, si nos podemos llamar auténticos dadaístas, tenderemos a pintar las ideas con más libertad y, por ende, terminar rayando por fuera de los márgenes. Algunas veces por accidente y otras con plena y cínica conciencia de la transgresión, como un niño desobediente, que pone en marcha una divertida travesura ético-epistemológica.

decían que ella era *cabrona*, promiscua y mañosa. Esos eran los rumores que circulaban mi pequeño puerto natal. Es difícil determinar hasta qué punto esta información era objetiva o verosímil y en qué momento se convertía en uno de esos necesarios y deleitosos males que es el *chisme*: quizá uno de los pilares socio-culturales esenciales a cualquier comunidad humana. Como dicen aquellos populares refranes: “Pueblo chico, infierno grande” y “Crea fama y échate a dormir”... Lo que era cierto era que María había conocido la metanfetamina y se había convertido en una consumidora crónica. Estaba enganchada del cristal, así como muchos de mis amigos y conocidos. Pasaron los años y no tuve noticias de ella, hasta que un buen día me la encontré de nuevo en la Zona Norte de Tijuana. Ella tenía ya unos 27 años de edad y estaba trabajando como bailarina y *escort* en el *Hong Kong*. Se bajó de un *Uber* en la calle Primera y llevaba una maleta con rueditas en la mano. La saludé y me dijo que dentro de la maleta guardaba los diferentes atuendos que usaba en su trabajo: *bikinis*, mayas, vestidos extravagantes, disfraces de colegiala, de monja, de enfermera. También mencionó que llevaba escondidas unos *globitos* de cristal y unas bolsas con marihuana. Su adicción estaba bastante avanzada. Me dijo que había “material *a la ventana*” (drogas a la venta). Estaba dedicándose también al narcomenudeo. En su trabajo hay muchos clientes potenciales y es relativamente fácil mover drogas en ese tipo de establecimientos. Ser una trabajadora sexual la hacía sentir “empoderada”, pero la realidad era que necesitaba dinero para solventar su consumo de cristal. “Yo no soy tan *puta*”, me dijo. “Yo elijo con quien tengo relaciones... Si el güey me gusta pues entonces sí... pero si no, no”.

Caminamos un rato por la Avenida *Revolución* y entramos al famoso casino *Caliente*. Nunca me ha gustado el juego, pero sentía morbo por ver los rostros de los ludópatas. Esas miradas llenas de carencia, ilusiones y desesperación. Todo puede analizarse desde la perspectiva de los estudios culturales. Estoy consciente de que esta actitud morbosa es arrogante y de muy mal gusto, pero a veces es difícil resistirse. Podría escribirse una tesis completa respecto a lo que sucede dentro de los casinos en las ciudades fronterizas, aunque esa es otra historia. Recuerdo haber visto aquel día en el casino a uno de mis entrenadores del *Cheto's Boxing Club*. Cruzamos miradas pero no nos dijimos nada. Cuando me giré hacia María, que estaba sentada frente a una de las ruidosas y coloridas maquinitas de fichas, la vi intentando abrir la pequeña caja fuerte con un desarmador mientras echaba miradas de reojo para ver si alguien estaba viendo... Puede decirse de muchas personas que carecen de astucia, de “experiencia malandra”, de “sabiduría

callejera”, que “les falta barrio”, pero no es ese el caso de María... Meses después me topé con ella en el estacionamiento de un centro comercial en Playas de Tijuana. Me dijo que estaba esperando a que terminara la crisis pandémica provocada por el *Covid-19*, para que se reabrieran por fin las puertas del *Hong Kong* y pudiera recuperar su trabajo. “Está cabrona la situación económica”, me dijo. “Yo escuché por ahí que el *Hong Kong* y el *Adelitas* seguían abiertos *a la sorda*³⁷”, respondí. “Escuché que solo tenían las puertas cerradas, pero que en realidad estaban abiertos, que dentro todo seguía funcionando como siempre, así como *por debajo del agua*”. “No... Sí está cerrado... En los hoteles sí tienen a las morras adentro y ahí llegan clientes de repente, pero eso es por cita y yo no hago eso... Oye ¿y tú? ¿Cómo estás?... Pásame tu número... Bueno... Nos vemos. Cuídate”, dijo María. “Sí. Tú también”, respondí yo. En fin. No la he visto desde entonces.

Ahora bien, en las últimas décadas el gobierno municipal ha intentado -con estrategias políticas auténticamente surrealistas como la campaña “Tijuana Coqueta” (COTUCO)³⁸- deshacerse de la imagen de Tijuana como una ciudad de la prostitución, el vicio y la “perdición moral”. Los gobiernos y organismos turísticos evitan cínicamente el tema. De hecho, no parece haber datos oficiales precisos que muestren la inmensa derrama económica que genera la operación de las decenas de “clubes para caballeros” en la Zona Norte de Tijuana. Este es un tema delicado. Hablar de *prostitución* o *trabajo sexual* siempre lo es. El debate teórico-político entre las abolicionistas y las feministas que apoyan el trabajo sexual sigue sin resolverse. Lidiar con este asunto es lidiar -como lo confiesa el título de aquel texto de Marta Lamas- con la *persistencia de una amarga disputa*³⁹. Se trata de una situación complicada e incómoda, pero muy real. Desde mi punto de vista y aproximándome a dicha realidad con la mirada dadaísta puesta en la prostitución como *práctica social*, he llegado a la conclusión de que el comercio sexual –desde el trabajo sexual “libre” hasta la trata o tráfico de mujeres – es, junto a la venta y consumo de drogas, una de las *prácticas sociales de consumo* que más peso tienen en la constitución de la Zona Norte de Tijuana concebida como un *espacio heterotópico fronterizo y estigmatizado*.

³⁷ Es decir: de forma clandestina.

³⁸ Campaña lanzada en 2015 por el *Comité de Turismo y convenciones* del Ayuntamiento de Tijuana. “Siempre que decimos Zona Norte, pensamos en lo peor y tenemos miedo, pero no debe ser así”, dijo Miguel Ángel Badiola, presidente del COTUCO.

³⁹ El título completo del artículo es “*Feminismo y prostitución: la persistencia de una amarga disputa*”, publicado por Marta Lamas en 2016.

Según me parece, las 4 palabras que son imprescindibles para tener en mente en el desarrollo de este análisis son: *deseo*, *violencia*, *consumo* y, sobre todo, *cuerpo*. En mi trabajo de campo observé aquella infinita variedad de cuerpos. Cuerpos deseantes y cuerpos deseados. Cuerpos consumidores y cuerpos consumidos. Víctimas y victimarios. Depredadores y presas. Lo que se ve en el Primer Callejón Coahuila, por ejemplo, son cuerpos alegres consumiendo cerveza, pero también cuerpos en decadencia. Adictos consumidos por el alcohol y las drogas. Y también cuerpos de "turistas". Cuerpos que *consumen* otros cuerpos. Cuerpos sexualizados. Cuerpos que violentan y cuerpos que son violentados. Cuerpos *extranjeros* y cuerpos *locales*. Cuerpos *ciudadanos* y cuerpos *migrantes*. Cuerpos que *desean* todo tipo de cuerpos. Piel de diferentes colores. Cuerpos viejos y cuerpos jóvenes. Chicos y grandes. Cuerpos con diferentes texturas, complexiones y particularidades. Diferentes orígenes, tipos de cabello y estigmas. Diferentes historias de vida, diferentes lunares, tatuajes y cicatrices. Diferentes temores, necesidades y motivaciones. Cuerpos maquillados y explotados. Cuerpos "empoderados" y a la vez *apoderados*, sometidos e impotentes. Cuerpos exhibidos y mercantilizados. Cuerpos *fetiché*⁴⁰ y *fetichizados*. Cuerpos que *venden* y otros que *son vendidos*, como carne de cordero. Luego marcados, escarmentados y reciclados. Devorados una y otra vez y al mismo tiempo desechados. "Seres humanos residuales. "Sujetos *kleenex*" (Bauman, 2003, S/P). Señaladas y estigmatizadas por la misma sociedad que las cosifica y las consume: casi completamente *nihilizadas*. Cuerpos-víctimas elegidos para un abominable sacrificio ritual, cuya sangre es ofrecida solemnemente a los burlones y falsos dioses del mercado.

Las concupiscencias de la carne

Me voy a casa pronto por la mañana.

*El reloj marca las cinco, ya se hace de día,
pero aún está encendida la luz en el hotel.*

El cabaret por fin ha cerrado.

En una esquina niños se acurrucan,

⁴⁰ Entendiendo éste concepto tanto en su acepción marxista como en la definición utilizada por el psicoanálisis.

*ya van al mercado las obreras
a la iglesia se va en silencio y de viejo.
Desde la torre repican las campanas,
y una puta con rizos salvajes
deambula todavía por allí, trasnochada y helada.
Ámame de manera pura por todos mis pecados.
Mira, he estado despierta más de una noche.
—Después del cabaret, Emmy Hennings*

Cómo se lee en el fragmento de la nota periodística citado al comienzo de este apartado, el joven "Michael", un alegre y anónimo turista californiano, cruzó por primera vez la frontera México-Estados Unidos para conocer Tijuana y probar los "sabrosos tacos" que sus amigos le recomendaron. Cabe mencionar que en Tijuana debe haber cientos, sino es que miles de taquerías —desde puestos informales, hasta restaurantes "de caché"—. Se sirven deliciosos tacos de carne asada, adobada, birria, cabeza, tripa, lengua y cachete. Podría decirse que la ciudad es relativamente famosa (hasta cierto punto) por esto. En la Zona Norte también hay muchos puestecitos de tacos, pero esa clase de *carne* no es la *única* deseada. En este barrio, a veces pareciera que tampoco es la *más* deseada. Como en otras partes del mundo, el consumo de servicios sexuales en la *zona de tolerancia* de Tijuana es una práctica social que consiste en el consumo de cuerpos sexualizados, principalmente de mujeres y mujeres *trans* —muchas veces con voracidad y locura— por cuerpos sobre-estimulados. Subjetividades bombardeadas por violentas imágenes de la industria pornográfica; por alcohol, drogas o simplemente por angustias existenciales naturales. Cerebros agitados y excitados, llenos de ansiedad y lujuria y manos llenas de deseo y dinero. Así que la carne de los tacos y las hamburguesas no es la única que está *a la venta* en las calles de este barrio. Día y noche están las "paraditas" en la Coahuila, así como en muchas de las calles y callejones del área "residencial" de la *Zona*. María me había dicho que, en el *Hong Kong*, ella cobraba en promedio unos cien dólares por cada relación sexual con un cliente. Las *paraditas* de la Coahuila cobran entre 100 y 500 pesos por "servicio", esto según algunos de mis informantes que ninguna buena razón tendrían para mentirme.

Siguiendo la nota de *El Sol de Tijuana*, vemos que “Michael” volvió a la ciudad fronteriza por segunda vez precisamente para probar esa otra *carne*. Carne humana y doliente que deviene como objeto del deseo sexual mercantilizado, como una encarnación material del “valor de uso” capitalista. Una “mercancía” viviente, que piensa, respira y siente los dolores de la existencia. Es, por supuesto, un ser humano y un agente social que es: “Ante todo, un ser de carne, nervio y sentidos (en el doble sentido de sensual y significado), un «ser que sufre» (*leidenschajilisch Wesen* decía el joven Marx en sus *Manuscritos* de 1844) y que participa del universo que lo crea y que, por su parte, contribuye a construir con todas las fibras de su cuerpo y su corazón (Wacquant, 2006:15). En este sentido, podría plantearse que, tanto en la prostitución como en el espectáculo del box, los cuerpos disciplinados, controlados y explotados devienen como objetos de deseo, como productos. Como carnes y *espíritus* que se entrenan, se desean, se venden y se consumen.

*“Porque el que siembra para su propia carne, de la carne
segará corrupción, pero el que siembra para el Espíritu,
del Espíritu segará vida eterna”
—Gálatas 6:8*

El destino de estos cuerpos que despiertan los impulsos primarios o deseos *carnales* (en este caso el deseo sexual y la violencia) en el *sujeto de la metrópoli* está escrito con la tinta del neoliberalismo, el discurso político que sostiene la sociedad de consumidores en que vivimos. Incluso desde que esta investigación estaba enfocada en las subjetividades de boxeadores ex-adictos—así como en *la pelea contra la sombra de la malilla*— ya era consciente de que, tanto en el *ring* del *Cheto’s Boxing Club* como en las calles de la *Zona*, los individuos no son *espiritualmente* autónomos, sino que, al encontrarse inmersos en una sociedad de consumo, sus cuerpos y sus subjetividades están inevitablemente atravesados por los discursos del mercado y la racionalidad neoliberal. Para Zigmunt Bauman, una de las formas en que la cultura del consumo ejerce influencia y control sobre los individuos es por medio del manejo y el “entrenamiento” del espíritu: “La sociedad de consumidores concentra sus fuerzas de coerción y entrenamiento, ejercidas sobre sus integrantes desde la más tierna infancia y a lo largo de todas sus vidas, en el manejo del

espíritu, y deja el manejo del cuerpo en manos de los individuos y sus tareas de bricolaje, supervisados y coordinados personalmente por individuos entrenados y coercionados espiritualmente” (2007:80).

Las prácticas de disciplinamiento y la espectacularización de la violencia en el gimnasio de box, al igual que la práctica de la prostitución en las calles y callejones de la Zona Norte, son un claro ejemplo de este manejo del cuerpo y el espíritu, que se lleva a cabo bajo la dirección y la supervisión de otros individuos “coercionados espiritualmente”. Es decir, el entrenador de box o el *padrote*. Al mismo tiempo, es tan necesario como aterrador —y entretenido— pensar las prácticas del boxeo y el comercio sexual en el contexto de una sociedad de consumidores, ya que las peleas profesionales de box son, por ejemplo, un sangriento y religioso espectáculo de violencia. Un espectáculo que es exigido, aclamado y consumido masivamente. Pasa de forma muy similar con las industrias de la pornografía y la prostitución. Tanto el combate entre las cuerdas, como la exhibición de la línea de las *paraditas* en la *Coahuila*, son prácticas que devienen como violencia hecha mercancía. La violencia no es solo algo que se queda en el ring o en los cuartos de los hoteles. La violencia puede ser también un objeto de deseo voyerista: “No es casual que el boxeo haya sido el deporte que ha inspirado a mayor número de cineastas y novelistas de talento. En nuestra civilización es un arcaísmo, una de las últimas barbaridades consentidas, el último espejo autorizado aún a reflejar nuestro lado sombrío” (Wacquant, 2006:31).

Los boxeadores deben producir la violencia viviéndola y nosotros queremos consumirla. Las mujeres que son víctimas de la trata son violentadas cada vez que llevan a cabo transacciones sexuales contra su voluntad y además es otro el que se queda con el dinero. Queremos ver cómo el boxeador Andy Ruiz, primer campeón mexicano de peso completo, vence al temible Anthony Joshua en Las Vegas. Pero no queremos ver una pelea fácil. Queremos ver a Andy Ruiz victorioso, pero solo si su victoria es sudorosa y agonizante. Queremos que gane. Pero debe sufrir para ganar, no solo la pelea, sino los corazones de los espectadores, que ansiamos consumir voraz y morbosamente su dolor, su sacrificio y su gloria. Del mismo modo, la labor de la trabajadora sexual y las bailarinas de los *table-dance* debe ser, en cierta forma, un trabajo punitivo y sádico. La *escort* no solo es cosificada y consumida como carne de supermercado, sino que además debe humillarse, ser expuesta al voyerismo, agacharse, ponerse de rodillas, mostrar sumisión total ante los deseos carnales sus clientes. Ambas prácticas de consumo espectacularizado

demuestran que el mundo está en las manos de una brutal razón neoliberal, embriagada por la ambición hipertrofiada, que carece absolutamente de un proyecto moral y que mediatiza y explota el sexo y la violencia... La paz y la dignidad humana simplemente no se venden tan bien.

El único propósito de la racionalidad neoliberal es la acumulación infinita de capital, a costa de lo que sea y de quien sea. En el barrio Zona Norte de Tijuana esta realidad se ve tan clara como la tóxica y transparente bolita de mercurio que se balancea graciosamente dentro de un termómetro. Ahora bien, es importante recordar que los consumidores no son solo los clientes de las "sexoservidoras", o los espectadores de las peleas de box. En esta confusa sociedad posmoderna y en estos tiempos extraños de la "modernidad líquida", *todos* somos consumidores. Y no solo por gusto o por derecho, sino también por obligación: "En una sociedad de consumidores *todos* tienen que ser, deben ser y necesitan ser 'consumidores de vocación', vale decir, considerar y tratar al consumo como una vocación. En esa sociedad, el consumo como vocación es un derecho humano universal y una obligación humana universal que no admite excepciones" (Bauman, 2007:81).

Así pues, en esta sociedad todos somos, y debemos ser, felices y obedientes consumidores. Y los boxeadores no son la excepción. Los adictos y las *paraditas*, menos... No hay excepciones. En las calles de la Zona Norte se consume cristal y marihuana; heroína, fentanil y en algunos casos *pedra*, conocida también como *crack*, en inglés (se le llama así a la cocaína hecha base –por medio de una reacción química provocada por la mezcla con bicarbonato de sodio, agua y calor– que la hace más barata y potente que la cocaína en polvo. La *pedra* es extremadamente adictiva y se consume fumada en pipas cilíndricas de vidrio o en latas de aluminio. En el centro y sur de la república mexicana es mucho más común el consumo de esta sustancia, pero también está presente en las calles de la Zona Norte de Tijuana). En los gimnasios se consumen proteínas y esteroides. En las gradas de los estadios se consumen palomitas y cerveza. En los prostíbulos se consumen cuerpos sexualizados y voluntades manipuladas. Las prostitutas y los obreros consumen productos del supermercado. Los empleados del supermercado y las amas de casa consumen sexo y violencia en *Televisa* o *Netflix*. Incluso quienes nos llamamos *investigadores de la cultura* somos también que consumidores de ésta. La devoramos con nuestros sentidos y nuestro intelecto. Somos consumidores de conocimiento, de información y de realidad social. Somos todos y todas cuerpos deseantes. Suspirando siempre por una gota más de fresca dopamina que fluya

reconfortantemente por nuestra enigmática e irónica masa cerebral. No creo que seamos culpables. Así nacimos. Somos al mismo tiempo inocentes, perversos y responsables. La interrogante que sigue flotando en el aire -como el humo mezclado de hierba y tabaco en el *Zacazonapan*⁴¹- es la pregunta del millón: ¿cómo se establecen socialmente los criterios para la legitimidad o ilegitimidad de las prácticas sociales de consumo? ¿Cuál es el proceso de manufactura del consenso moral?

Turismo farmacéutico

“Los esbeltos y delicados palpos, con la furia de serpientes hambrientas acariciaron por un momento la cabeza de la mujer, y entonces, como si el instinto de una inteligencia demoníaca se apoderara de ellos, se enroscaron de repente alrededor de su cuello y de sus brazos; entonces, mientras chillaba salvajemente la estranguló, envolviéndola entre sus tentáculos, como grandes serpientes verdes, y con brutal energía y rapidez infernal la levantaron y se contrajeron, envolviéndola capa tras capa, aplastándola con cruel rapidez y la salvaje tenacidad de anacondas devorando a su presa.”

–Peter Tyson, *A Forest Full of Frights*

Había una vez un mundo lleno de extrañas maravillas naturales: grifos, dragones, unicornios, bestias con cabeza humana. Pero pocos más extraños que las misteriosas plantas que devoraban personas. En el siglo XIX los exploradores describieron el árbol de *Yateveo*⁴² de Madagascar. Dijeron que tenía tentáculos más grandes que serpientes con la tenacidad salvaje de una anaconda. El *Yateveo* se convirtió en ficción victoriana, pero como toda ficción contenía un dejo de verdad. Cuando los naturalistas de esa época exploraron las pendientes del monte *Kinabalu* en Borneo encontraron algo muy extraño: plantas con grandes cántaros. Y dentro de uno de éstos el cuerpo parcialmente digerido de una rata. (Documental *Carnivorous Plant*, 2017⁴³).

⁴¹ Famoso y emblemático bar de la Zona Norte.

⁴² También conocido como el “árbol carnívoro”.

⁴³ Ver: <https://www.youtube.com/watch?v=J7zVwPn2sMM>

Las plantas carnívoras, en efecto, atrapan y digieren insectos y mamíferos pequeños, utilizando técnicas más bizarras que cualquiera representada en una ficción victoriana. Para llamarse carnívoras, estas plantas *deben* capturar y quitarle la vida a su víctima. Con el tiempo han desarrollado 3 maneras de lograrlo: Una de ellas es cubrirse a sí mismas de gotas viscosas que adhieren a los insectos a sus hojas y los dejan pegados ahí, esperando su inevitable y agónico destino. Otra consiste en hojas-trampa con forma de cántaro, llenas de un líquido que ahoga y devora a los desesperados bichos. Finalmente, el tercer grupo elabora trampas con diseños complejos. Trampas de resorte, como las que se venden para atrapar ratones. En el contexto actual del "sistema-mundo" capitalista, el mercado utiliza métodos muy similares a los que usan las plantas carnívoras para atrapar a sus presas.

"Nadie conoce de qué tamaño es la economía que engloba el auge de los servicios médicos y las farmacias [en Tijuana]: ni los empresarios, ni el gobierno estatal, ni las autoridades de salud, ni las asociaciones farmacéuticas. Todos se dan cuenta de su potencial, pero nadie se atreve a dar una cifra. Sólo se calcula que 7,000 empleados atienden las 1,400 boticas."

—Revista *Expansión*, 2011

En el apartado sobre la prostitución y el boxeo se concluyó con la pregunta sobre la *manufactura del consenso moral*. Pensemos, por ejemplo, en el capitalismo contemporáneo —llamado por muchos "capitalismo tardío", *posfordista* o *posindustrial*— como un árbol, y a la industria farmacéutica como una de sus ramas. Consideremos entonces, para empezar, que estamos tratando con un *árbol carnívoro*, como el *Yateveo*. Que se alimenta de insectos, ratones, venados y seres humanos. Incluso de otros árboles. Un árbol que no da moras. Un *A-moral*. Un árbol que no colabora armoniosamente con el entorno en el que se ha enraizado, sino que se dedica tan solo a absorber todos los minerales y vitaminas de la tierra, y a nutrirse con la carne y el espíritu de todo ser viviente. Un árbol cuyo tronco tiene espinas de metal, haciendo casi imposible lograr escalar hasta la cima. Un árbol que solo da sombra a unos cuantos afortunados, dejando a la mayoría expuesta a los inclementes rayos del astro rey. Un árbol cínico y hedonista, carente de la optimista "ética protestante" de la que hablaba Weber. Sin un proyecto moral,

sin un metarrelato humanista, ni un ideal universal. Esto recuerda al impulso negativo de la cultura contemporánea del que nos advertía Georg Simmel desde comienzos del siglo pasado: "El impulso básico que está a la base de la cultura contemporánea es negativo y esto porque, a diferencia de los hombres del pasado, nosotros hemos estado durante algún tiempo sin ideal compartido, incluso sin ideales de ningún tipo." (1903:319). En otras palabras, podríamos decir que dicho árbol puede imaginarse como un *sistema rizomático de dominación* -económico, político, cultural y espiritual- que, además de que carece de proyecto moral y de ideologías serias, su esencia o su "espíritu de la época" (poniéndolo en términos hegelianos) es un espíritu de la *competencia* y la *rivalidad*, que permea y embarra las individualidades, las colectividades, los discursos, las prácticas sociales y el espacio. Es decir, lo único que el capitalismo genera y desea generar es (como su nombre lo indica) más *capital*.

Imaginemos después que una de sus ramas más fuertes, es decir, la industria farmacéutica, en particular el sector que mueve los llamados "medicamentos controlados", es una rama visiblemente fuerte y saludable entre los cientos de brazos del árbol, que ha crecido -en longitud y grosor- notoriamente en las últimas décadas, y que además ha producido abundantemente los frutos que contienen el *jugo de oro*, maniáticamente deseado por el neoliberalismo y su imperativo de la acumulación -infinita y a toda costa- de capital. Las pegajosas ramas de este árbol carnívoro tienen voluntad y vida propia, así que la industria farmacéutica usa "trampas de resorte" para enganchar a sus clientes -que, en una gran cantidad de casos, se convertirán eventual y lógicamente en adictos a los fármacos⁴⁴, los cuales les ayudan a fugarse de la distópica e insoportable realidad en la que se encuentran- y así devorar sus carteras y sus almas, silenciosa y despiadadamente. Siguiendo la metáfora y aplicándola al contexto específico del objeto de análisis, podríamos concluir que la industria del turismo farmacéutico en la Zona Norte de Tijuana -específicamente en las farmacias turísticas de la Avenida *Revolución*- es una diminuta pero abundantemente productiva rama del árbol carnívoro y maquiavélico que es el capitalismo tardío.

⁴⁴ La palabra *fármaco* proviene del griego *phármakon*, que se utilizaba tanto para referirse a las drogas como a los medicamentos. El término *phármakon* tenía varios significados como "remedio", "cura", "veneno", "receta" y "antídoto".

Consulte a su médico

*He estado enfermo toda mi vida
y no pido más que continuar estándolo,
pues los estados de privación de la vida me han dado siempre mejores indicios
sobre la plétora de mi poder que las creencias pequeño burguesas de que: BASTA LA
SALUD*

*Pues mi ser es bello pero espantoso.
Y sólo es bello porque es espantoso.
Espantoso, espanto, formado de espantoso.*

*Curar una enfermedad es criminal
Significa aplastar la cabeza de un pillete mucho menos codicioso que la vida
Lo feo con-suená. Lo bello se pudre.*

*Pero, enfermo, no significa estar dopado con opio, cocaína o morfina.
Y es necesario amar el espanto de las fiebres.
la ictericia y su perfidia mucho más que toda euforia [...]*

*Por eso considero que es a mí, enfermo perenne,
a quien corresponde curar a todos los médicos,
-que han nacido médicos por insuficiencia de enfermedad-
y no a médicos ignorantes de mis estados espantosos de enfermo,
imponerme su insulino-terapia,
salvación de un mundo postrado.*

—Antonin Artaud, 1946

Recuerdo a un médico general y partero que conocí en San Pedro Cholula, en el estado de Puebla. Era un hombre anciano con rasgos indígenas y una colorida personalidad. Attendía a sus pacientes en su propia casa, en la que una de las muchas habitaciones estaba adaptada como un consultorio, aunque ahí estaba la televisión, la cama y un altar con imágenes de santos y vírgenes. El *doc*, aunque era un hombre que disfrutaba de la obscenidad y la *carrilla*, también fue un ferviente devoto católico. Murió hace unos 5 años. Se llamaba Ricardo Tototzintle Toxqui. Él vendía recetas de lo que fuera y cobraba barato. Podía decirse que era un médico con (muy) flexibles criterios morales. También vendía justificantes médicos por el mismo precio. Por 50 pesos el *doc* firmaba una receta oficial -con cédula profesional y sellada- que avalaba el hecho de que uno tenía diarrea, resfriado, tifoidea, salmonelosis... Cualquier cosa que justificara uno o dos días de asistencia al trabajo o a la escuela. También logré conseguir recetas de medicamento controlado utilizando métodos similares en otros estados de la república mexicana: Nuevo

León, Jalisco, Quintana Roo, Baja California Sur y CDMX. En dónde me topé con pared fue en Vancouver, Canadá. Los canadienses tienen un sistema médico bastante estricto y el medicamento controlado está verdaderamente “controlado”. No cómo aquí. Hace muchos años, durante mi necia y desenfrenada adolescencia, logré incluso convencer a una adorable pareja de médicos ancianos –que ofrecían consultas baratas en una pequeña farmacia/clínica en Montemorelos- de que yo era un epiléptico y necesitaba conseguir el “medicamento”. Me creía muy listo, pero no tenía idea de lo que hacía... En fin, esa es otra historia. Lo que intento plantear es, en otras palabras, que el sistema médico en México es fácilmente manipulable porque está débil, poco capacitado y enfermo. Muy enfermo. Infectado de negligencia, nepotismo y corrupción. Y no parece haber esperanzas de encontrar pronto una cura. Pero la situación clínica de la *llaga fronteriza* que es la Zona Norte de Tijuana parece ser especialmente grave.

Tiempo después, en un día azul y brillante de verano, me encontraba onírico y acalorado, caminando en la *Zona* con uno de mis actuales “informantes”. Estábamos buscando uno de esos baratos consultorios médicos privados y dudosos. Queríamos encontrar a un médico con un “marco ético flexible”, con el objetivo de conseguir una receta para una caja de 30 tabletas de *Diazepam*⁴⁵ de 2mgs. Mi amigo se había convertido en un experto para sobornar, manipular y trabajar psicológicamente a los médicos de esos pequeños consultorios y sacarles las recetas. No era un arte tan complicado ni difícil de aprender. Yo lo había aprendido con Tototzintle años atrás. Solo se requería un poco de dinero en la bolsa, la voluntad y determinación de conseguir las pastillas, unas cuantas habilidades básicas de actuación, una pisca de valor y un grave caso de farmacodependencia. Casi siempre bastaba con 50 o 100 pesos. Pues bien, mientras mi amigo y yo dábamos vueltas caminando por ese particular espacio urbano que tanto me mueve, recordé de pronto aquel magnífico libro de Humberto Félix Berumen, llamado “Tijuana la Horrible”. Como lo señala la propuesta de Félix –recuperada en el capítulo contextual– desde su fundación, esta ciudad fronteriza ha servido como “válvula de escape” para las “inmorales” e incontenibles pulsiones *eróticas*, *tanáticas* y *narcóticas* de los estadounidenses, que cruzaban la *línea* desde ese entonces, deseosos de sexo, violencia, alcohol y drogas. Es decir, los gringos siempre han venido a Tijuana a consumir mercancías y experiencias que, aunque sin duda son un elemento esencial en el lado oscuro del “sueño americano”,

⁴⁵ Sustancia activa de una popular benzodiacepina sumamente adictiva, conocida –en las farmacias, en las calles y en las revistas de *Cosmopolitan*– con el nombre de *Valium*.

se mantienen ocultas y prohibidas. Estigmatizadas y canalizadas al otro lado de la frontera. Escondidas debajo del tapete de la otredad.

Fue así que, pensando en estas cosas, decidí poner a prueba la hipótesis de que *los negocios que ofrecen mercancías o experiencias lúdicas en este barrio de Tijuana tienen su astuta y ambiciosa mirada puesta sobre los turistas*. Principalmente turistas norteamericanos, pues han sido históricamente los clientes favoritos de la Zona Norte. La técnica que utilicé para comprobar si la hipótesis era verificable fue entrar a una de las muchas farmacias de la Avenida Revolución e intentar comprar *Valium* sin presentar una receta médica. Las palabras que utilicé fueron: "Buenas tardes, disculpe, necesito una caja de diazepam de 10mg". La reacción del empleado llamó mucho mi atención. Ni siquiera me preguntó si tenía receta: "No... Aquí no tenemos eso", respondió tajantemente. Unas horas después, mi informante entró al local e intentó hacer lo mismo. Comprar *Valium* sin receta. "*Hi sir, I need Valium*". Esas 5 palabras, pronunciadas con un inglés fluido, hicieron toda la diferencia. El empleado relajó sus músculos faciales y adoptó una actitud alegre y servicial: "Of course, my friend... Do you need anything else?... Thank you very much... Have a nice day! ". ¿Qué fue lo que sucedió? Hipótesis validada. La farmacia y el empleado eran los mismos. Pero el capital cultural⁴⁶ del cliente era la variante... No tardamos en descubrir que, en varias de las "farmacias turísticas" de la Avenida Revolución, la receta no era necesaria⁴⁷. En algunas de ellas, incluso podían comprarse las barras de *Xanax* sueltas por 3 dólares (o 60 pesos). El único requisito era contar con cierto dinero ("capital económico") y cierto "capital cultural" o *simbólico*, diría Bourdieu, altamente valorado en todo el mundo, pero sobre todo en las ciudades fronterizas: *saber* hablar inglés.

Al profundizar un poco en este análisis, encontramos entonces una situación particularmente irónica e interesante en la Zona Norte de Tijuana en tanto *espacio fronterizo*, constituido por determinadas prácticas sociales de consumo, en este caso, el consumo *incontrolado* de medicamento "controlado". La situación puede llamarse irónica cuando tomamos en cuenta que los estadounidenses que compran sus medicamentos en

⁴⁶ Concepto acuñado por Pierre Bourdieu en su obra "Capital cultural, escuela y espacio", publicada en 1997.

⁴⁷ Las recetas médicas tampoco son necesarias en varios puntos de venta del "área residencial" de la Zona Norte. En el barrio hay varias *conectas* –una de ellas se encuentra afuera de una famosa tienda de abarrotes- dónde se vende *Rivotril* al menudeo, a 50 pesos la píldora y en completa clandestinidad, según datos proporcionados recientemente por uno de mis informantes.

estas farmacias están llevando a cabo una práctica de consumo que, si fuera realizada del otro lado de la frontera, tendría graves consecuencias penales. Del mismo modo, si un ciudadano mexicano mayor de 21 años comprara y consumiera marihuana en San Diego, esto sería perfectamente legal, pero si lo hiciera en este lado de la frontera, dónde la hierba sigue siendo ilegal, terminaría encerrado al menos unas 24 horas en la 20. Y tal vez hasta le tocarían las famosas *cachetadas* de los policías municipales mexicanos, quienes disfrutan apasionadamente del ejercicio de su honrada tarea. Es por esto que la situación me parece tan irónica y surreal: ¿Por qué la marihuana es ilegal y las plantas carnívoras no? Para ser honesto, este tipo de cosas me hacen pensar algunas veces que las *fronteras*, ya sean materiales, simbólicas o morales, no son más que un chiste cruel.

Fronteras

Blanco es y gallina lo pone.

—Refrán popular

La teoría de la evolución ha demostrado contundentemente que cada una de las especies cambia con el tiempo en el transcurso de su proceso evolutivo. Por esta razón, puede afirmarse que la primera “gallina moderna” (que vendría siendo el ancestro de las gallinas domésticas) irónicamente no puede ser clasificada como tal, ya que el ácido desoxirribonucleico (conocido popularmente como *ADN*) solamente puede ser modificado previamente al nacimiento. Así pues, lo que sucede realmente es que la madre de la primera especie *parecida* a una gallina sufre una mutación durante la gestación del embrión que lleva dentro. Éste embrión *cambia* durante dicha mutación y se convierte en la primera *gallina*, propiamente dicha, en toda la historia del universo. De esta manera, puede deducirse que el huevo existe *antes* que la gallina. Sin embargo, es indispensable aclarar que éste debate solo puede resolverse de esta forma racional y diplomática cuando lo que se intenta responder es la pregunta: ¿qué fue antes: la gallina o el huevo que contenía *específicamente* una gallina? Ya que si se está refiriendo de manera *general* al huevo, éste sería lógicamente primero que la gallina, pues es una cuestión de sentido común deducir que el ancestro más lejano de la primera gallina era un animal que también ponía huevos, como sus antecesores ovíparos más antiguos, que fueron los dinosaurios.

Lo más importante es entender que, si se está hablando desde el evolucionismo, *los cambios no ocurren de la nada*, así como así. Debemos tener en cuenta que existieron dinosaurios con picos, plumas y alas. Y que, por lo tanto, no debemos dejarnos seducir por la absurda y disparatada hipótesis de que la gallina es una descendiente de los cocodrilos o los lagartos. Es más probable que venga de un pariente del *Archaeopteryx* o del *Anchiornis*... De igual manera, intentar averiguar si -en el proceso histórico, político y cultural de *fronterización*- la *separación* antecede a lo *separado* o viceversa, es tan divertido como preguntarse si primero fue el huevo o la gallina.

Sin embargo, para los fines de esta investigación, tal discusión es una simple pérdida de tiempo. Es evidente que el huevo fue primero. La *diferenciación* es la tendencia humana natural y universal, el eterno huevo cósmico, ontológica y socialmente fundacional, y la gallina que llamamos *diferencia* es sin duda necesaria y real, pero también artificiosa e ilusoria, siempre construida socialmente y *a posteriori*. La diferenciación es la causa de la diferencia y no al revés. Como se señaló ya en el marco teórico y -siguiendo la propuesta de Manuel Delgado- las segmentaciones espaciales que identificamos en la realidad organizada *no* son el resultado o el efecto de diferencias preexistentes. Por el contrario, la segmentación es una de las necesidades básicas de dicha organización de la realidad social: "Es más, cuantas más fronteras, más probable será encontrar formaciones más organizadas y más especializadas, con unos dinteles más elevados de improbabilidad y de información. Los físicos se han referido a ese "mínimo barroco" -mínimos de variedad y complicación- que cualquier sistema vivo requiere para sobrevivir. De ahí que todas las prevenciones que suscita situarse en la frontera adviertan no del riesgo de que haya fronteras, sino del pavor que produce imaginar que no las hubiera" (Delgado, 1999:104).

El muro fronterizo *existe* antes que los dos mundos que separa física y mentalmente. La *frontera*, caparazón material y simbólico de la *identidad*, es el huevo del que salen los polluelos de la *alteridad* y la *diferencia*. Polluelos que en algunos casos crecen para convertirse en salvajes y peligrosos gallos de pelea llamados *xenofobia* y *racismo*. Es la tensión territorial originaria: la esencia espacial de los conflictos humanos y las "comunidades imaginadas"⁴⁸. Entre los ladrillos de ese muro se desliza el peligroso

⁴⁸ Concepto acuñado por el internacionalista Benedict Anderson, quien afirma que la nación es una comunidad construida social y discursivamente. El autor explica esta noción en su libro "Comunidades imaginadas", de 1983.

orgullo patriótico, la falsa ilusión de la seguridad nacional y el malicioso espíritu de la división. La frontera es la condición de posibilidad para la existencia y vecindad de dos mundos, forzados por el destino a estar juntos y separados a la vez, como hermanos siameses, conviviendo en una relación incómoda y en una proximidad inevitable, perenne y enigmática. Como el huevo y la gallina.

La *border*

Cada una de las prácticas sociales de consumo investigadas y analizadas en éste trabajo (venta y consumo de drogas, prostitución, boxeo y turismo farmacéutico) llevan la marca indeleble de la línea fronteriza. Una incisión larga y profunda, que nunca ha podido cicatrizar bien. La llamada "herida abierta" entre Tijuana/San Diego, Baja California/California, México/Estados Unidos, Hispanoamérica/Anglo-América, Sur/Norte. Aquella controversial y problemática *herida abierta*, aún sangrante, del histórico y violento contraste entre el "subdesarrollo" del *Sur* global y la nación emblemática del capitalismo, en la que el proyecto neoliberal, ni para bien, ni para mal, se ha materializado... Los seres de la *urbe fronteriza*, somos como millones de microorganismos inquietos y desenfrenados, como células ansiosas que nadan en la sangre de esa herida. Nacemos y nos multiplicamos exponencialmente. Nos apareamos y nos agitamos, hambrientos y eufóricos, en aquel vital y mortal líquido rojo que brota del metálico y afilado *borde* entre las naciones. La *borda*. El *bordo*. La *border*, que divide imaginaria y políticamente la gigantesca masa de tierra que es el continente americano en dos ficcionales y *hollywoodenses* categorías o unidades geopolíticas: un *norte* retorcidamente próspero y exitosamente decadente; y un *sur* virtuosamente pobre y trágicamente corrupto.

*Por mí se va, a la ciudad doliente;
 por mí se va, al eternal tormento;
 por mí se va, tras la maldita gente.
 Movi6 a mi Autor el justiciero aliento
 hízome la divina gobernanza,
 el primo amor, el alto pensamiento.
 Antes de mí, no hubo jamás crianza,
 sino lo eterno: yo por siempre duro:
 ¡Oh, los que entráis, dejad toda esperanza!*

–Infierno, canto III, La
 divina comedia

A lo que quiero llegar con este viaje interestelar de ambigüedades es que, del análisis de mi objeto de estudio, puede concluirse que dicho espacio urbano es –como se mencionó también en el capítulo teórico-, en efecto, una *heterotopía*, en el sentido que emplea originalmente éste concepto Foucault o bien, un *no-lugar*, en el sentido que lo emplea Delgado⁴⁹; pero me alegraría aclarar que no se trata de *cualquier* heterotopía. No señor. No se encuentran fácilmente infiernos sociales con rasgos tan trágicamente particulares. Según los resultados del (poco ortodoxo, pero esmerado) trabajo de campo, la Zona Norte de Tijuana cuenta con características que la definen como un espacio heterotópico *fronterizo*. Es decir, tanto la venta y el consumo de drogas, como la prostitución, las peleas de box y el turismo farmacéutico; actividades observadas cotidianamente en este barrio, son ante todo *prácticas sociales de consumo* atravesadas y condicionadas por la frontera, que a su vez constituyen a este barrio como un espacio heterotópico y altamente estigmatizado. No es casualidad que tales prácticas se lleven a cabo en un área de la ciudad tan geográficamente cercano al cruce *fronterizo*. A unos cuantos pasos de la línea que divide la hiperrealista *heterotopía* tercermundista de la irreal *utopía* estadounidense: el anhelado y aún fantaseado “*American Dream*”. En otras palabras, el análisis del objeto de estudio a partir de los datos recogidos en campo indica que las prácticas sociales que constituyen este espacio heterotópico son, efectivamente, *prácticas fronterizas*.

Por otro lado, no hay que olvidar tampoco que, si no fuera por la frontera, tal vez la Zona Norte de Tijuana no estaría infestada de drogas. Tal vez no habría peleas arregladas en el

⁴⁹ “El *no-lugar* es negación del lugar, deslocalización. No ‘utopía’ -lugar en ningún sitio-, sino *a-lugar*. Tampoco anti-lugar, no *sitio contrario*, ni siquiera *otro sitio*, sino lugar 0, vacío de lugar, lugar que se ha esfumado para dar paso a la pura posibilidad de lugar y que se identifica con la calle, con el espacio público, aquel territorio *todo él frontera*, cuyo protagonista es el individuo ordinario, diseminado, innumerable, lo que Certeau llama ‘el murmullo de la sociedad’” (Delgado, 1999:122).

negocio del box tijuaneño. Quizá tampoco existiría el monstruo en que se ha convertido la industria del comercio sexual del *primer callejón Coahuila*, ni la mortal rama carnívora del turismo farmacéutico en la *Avenida Revolución*. Estas *prácticas sociales de consumo estigmatizado* devienen como una reacción química inevitable en el *ser social*. Es quizá parte de su propio proceso de metamorfosis y nihilización, de convertirse en *nada* para poder llegar a ser (o a dejar de ser) *todo* –como en el caso de la *embriaguez narcótica*-. Su dolorosa pero necesaria auto-aniquilación. Su fondo de sufrimiento y de placer. Su epifanía de muerte y reencarnación. Una efervescencia dionisiaca de deseos carnales y banquetes orgiásticos, que surge espontáneamente de los cuerpos de una muchedumbre sin rostro pero siempre enmascarada, intoxicada de pulsiones eróticas y violentas, estimulada por el efecto corrosivo y psicodélico del lisérgico ácido desoxirribonucleico, que la *frontera* salpica a todo su alrededor. Poderoso ADN del caos social: hedonista, anti-heroico, heroinómano, colorido, confuso y posmoderno.

Quizá ahora podríamos leer de forma diferente el epígrafe de Dante, pensando no solo en el vestíbulo del infierno, sino también en la *frontera*: la esencia misma de la Zona Norte, que hace fluir la vida por sus calles y sus callejones, así como el corazón de varias especies animales, que hace fluir el púrpura líquido vital por sus venas y sus arterias: “Antes de mí [la frontera], no hubo jamás crianza, sino lo eterno: yo por siempre duro: ¡Oh, los que entráis [a Tijuana], dejad toda esperanza!” (Alighieri, 1304:).

Finalmente, el trabajo de campo ha resultado también útil para pensar en las *fronteras culturales, simbólicas y morales*, presentes tanto en la *pelea contra la sombra de la malilla* como en la *hermenéutica de las calles* de la Zona Norte. Aunque la profundización en el análisis de dichas fronteras requeriría una investigación realizada con mayor amplitud y seriedad científica, no deja de ser sumamente tentador considerar las posibilidades de reflexión que estos temas permiten: pensar en las fronteras que existen entre el estado y el mercado, entre la pobreza y la riqueza, entre el estigma y la normalidad, entre el “adicto” y el ciudadano, entre la “prostituta” y el turista, entre la experiencia y la teoría, entre el cuerpo y la razón, entre los seres humanos y las prácticas sociales. Entre la materialidad y el sentido. Entre lo personal y lo académico. Entre el arte y la ciencia. Entre el sueño y la vigilia. Entre la mentira y la verdad. Entre el tiempo y el espacio. Entre el bien y el mal. Entre la esencia y la existencia. Pensar en -y más allá de- las fronteras últimas. Entre el ser y la nada. Entre la cordura y la locura. Entre el cielo y

el infierno. Entre los arácnidos y las plantas carnívoras. Entre la vida y la muerte. Entre el huevo y la gallina.

Conclusiones

Mi querido Kepler, deseo que podamos reírnos de la notable estupidez de la manada común. ¿Qué tienes que decir sobre los principales filósofos de esta academia que están llenos de la terquedad de un asno y no quieren mirar a los planetas, la luna o el telescopio, a pesar de que les he ofrecido la oportunidad libre y deliberadamente miles de veces? En verdad, así como el asno cubre sus oídos, estos filósofos cierran los ojos a la luz de la verdad.

—Galileo Galilei, 1610

La presente investigación ha concluido con resultados favorables y plenamente satisfactorios, al menos al escribir esto y a sabiendas que son provisionales: el conocimiento avanza paso a paso. La realidad siempre hace caduca a cualquier investigación en un abrir y cerrar de ojos. Para empezar, se ha cumplido con los dos [anti]propósitos [anti]fundamentales del proyecto: no seguir un único camino y no tener un solo destino. “Caminante no hay camino, se hace camino al andar” (Antonio Machado/Joan Manuel Serrat). El objetivo de no tener objetivos fijos ni finales —sino flexibles y en constante devenir— ha conseguido saborearse desde el comienzo hasta el final del proceso de elaboración de este intenso, abrumador y divertido experimento científico-literario. El sabor ha sido agri dulce, por supuesto, ya que no fue un proceso simple ni sencillo. Hubo momentos duros. Errores y dificultades. Obstáculos y desafíos. Conflictos internos y externos. Contradicciones personales y existenciales. Dilemas éticos y epistemológicos. Hubo golpes en la cabeza, golpes al estómago y golpes al orgullo. Uno tras otro. Desidia, desaliento, presión y depresión... Al mismo tiempo hubo grandes alegrías. Pruebas superadas y amistades inesperadas. Crecimiento y autoconocimiento. Lágrimas y sonrisas. Fue una experiencia ambivalente e inolvidable que sin duda valió cada segundo y cada acción invertida en ella. En este sentido, el proyecto ha sido un rotundo éxito. En realidad no sé si gané la pelea, pero estoy seguro de que completé todos los *rounds*, aunque fuera tambaleándome y salpicando sangre y sudor por todo el cuadrilátero.

Después de haber soportado y disfrutado el texto de principio a fin, el lector ahora conoce mis posturas específicas respecto al análisis de determinadas *prácticas sociales de consumo* en la Zona Norte de Tijuana, específicamente el área aledaña a la Coahuila. Para decir lo más obvio, éste salvaje y multifacético barrio tijuanense es parecido —en ciertos

aspectos— a muchos barrios marginalizados localizados en varias partes del planeta; pero ha quedado más claro que el cielo en una mañana despejada de verano, que la Zona Norte no es como ningún otro espacio urbano. Se trata de un barrio marginal y estigmatizado con características únicas: una auténtica y genuina *heterotopía fronteriza*. Las prácticas sociales que la constituyen como tal —venta y consumo de drogas, prostitución y turismo farmacéutico, especialmente— son mucho más que simples problemáticas de salud pública, delincuencia y corrupción (que requieren urgentemente ser atendidas por programas sociales del estado). Se trata de prácticas fronterizas de consumo que están directamente conectadas con condiciones políticas y económicas globales como el neoliberalismo y el sistema-mundo del capitalismo tardío. Por ejemplo, en el capítulo de análisis se planteó ya que, según lo que el trabajo de campo sugiere, el capitalismo contemporáneo, la razón neoliberal y su imperativo de la acumulación infinita de capital, carentes de ideologías y de proyecto moral, constituyen un sistema de dominación política, económica, cultural y espiritual, que le da forma y sustancia a la sociedad de consumidores en la que vivimos. Esta dominación silenciosa y absoluta se manifiesta concretamente en cada una de las prácticas sociales de consumo analizadas en este trabajo. En el mundo que habitamos hoy en día, la mayoría de los seres humanos consumimos para vivir y vivimos para consumir. Los espacios como la Zona Norte son algunos de los lienzos en los que está pintada ésta colorida y ambivalente realidad. Como un holograma, o un autorretrato movedizo de la humanidad. Conviene recordar aquí las palabras de Alonso y Balbuena:

Esas calles de Tijuana con sus bares, prostíbulos o *table dances*, son el impagable espejo en donde pueden mirarse, no ya la sociedad mexicana y estadounidense, sino cualquier sociedad humana. La imagen reflejada no hablará de la actualidad de la leyenda negra de Tijuana, sino del sinsentido que puede orientar a los caminos de la vida, o de cómo construir los fundamentos de la moral social sobre los que se cimienta toda ciudad (2004:13).

Por último, puede decirse de esta investigación sociocultural que nos confirmó una lección importante —que además es un hecho difícil de refutar—: la sociedad humana y su *cultura* —cuya muestra en este caso fue la Zona Norte de Tijuana— es un sinfín de cosas y está constantemente sacudida por mezclas discursivas, tormentas políticas y transformaciones históricas de todo tipo. La cultura es caos y a la vez es estructura. Es materia y es sentido. Energía simultáneamente positiva y negativa. Es entropía pura y a

la vez es una red de conexiones y relaciones. No es ordenada, ni claramente definible. Es un escándalo y a la vez es divertida. Es violenta y fascinante. Es una utopía, una distopía y una heterotopía. Es posibilidad e imposibilidad. Es lo sagrado y lo profano. Es el todo y es la nada y, finalmente, no es ni una cosa ni la otra. La humanidad parece más bien (sobre todo en estos días) suspendida en la ambigüedad y en la incertidumbre perpetua. Quieta e inquieta. Explosivamente silenciosa y aparentemente detenida. Podría uno pensar ingenuamente que la Zona Norte, e inclusive la sociedad en general, siempre van a comportarse de la misma forma en que lo hacen ahora. Pero como en este misterioso universo nada se mantiene inmóvil, podremos, al momento de salir del juicio inquisitorio del tribunal académico (llámese funcionalista o neo-positivista arrogante), sonreír como quien acaba de salvarse de ir a prisión y murmurar junto con el fantasma de Galileo, que las sociedades y la cultura, al igual que las estrellas: “sin embargo se mueven”. Le duela a quien le duela... Y luego continuaremos, igual que Galileo, nuestro camino a casa, dónde pasaremos el resto de nuestra vida bajo arresto domiciliario. Al menos podremos dormir tranquilos por la noche. Sabiendo que, en efecto, teníamos la razón.

Bibliografía

- Alonso, Guillermo y Balbuena Raúl. (2004). Tijuana, las esquinas del sexo, los rincones del placer. Revista *Ciudades*.
- Anónimo. (20 de septiembre de 2011). *La farmacia más grande del mundo*. Revista *Expansión*.
- Anzaldúa, Gloria. (1999). *Borderlands*. La frontera: The New Mestiza. San Francisco, California: Aunt Lute Books.
- Ariztía, Tomás. (2017). *La teoría de las prácticas sociales: particularidades, posibilidades y límites*. marzo, 2020, de Cinta de Moebio: Revista de Epistemología de Ciencias Sociales Sitio web: <https://www.moebio.uchile.cl/59/ariztia.html>
- Augé, Marc. (1993). *Los no-lugares*. Espacios del anonimato: Una antropología de la sobremodernidad. Barcelona: Gedisa.
- Bauman, Zygmunt. (2007). *Vida de consumo*. México: Fondo de cultura económica.
- Bringas, Nora y Verduzco, Basilio. (Agosto 2008). *La construcción de la frontera norte como destino turístico en un contexto de alertas de seguridad*. Región y sociedad, 20, 8. 8 de diciembre de 2019, De google, Base de datos.
- Canal 12 XEWT . (21 de Agosto de 2019). *Imparable violencia en Zona Norte de Tijuana*. Obtenido de Televisa Californias: <http://xewt12.com/imparable-violencia-en-zona-norte-tijuana/> .
- Consejo Ciudadano para la Seguridad Pública y la Justicia Penal AC. (2019). *Las 50 ciudades más violentas del mundo 2018*. Ciudad de México: Consejo Ciudadano para la Seguridad Pública y la Justicia Penal AC.
- De Certeau, Michel. (1990). *La invención de lo cotidiano*. México: Universidad Iberoamericana.
- Delgado, Manuel. (1999). *La sociedad y la nada*. En El animal público: hacia una antropología de los espacios urbanos (130). España: Anagrama.
- Félix Berumen, H. (2003). *Tijuana la horrible. Entre la historia y el mito*. Tijuana, B.C.: El Colegio de la Frontera Norte.

Feyerabend, Paul. (1975). *Tratado contra el método: esquema de una teoría anarquista del conocimiento*. Madrid: Tecnos.

Foucault, Michel. (1967). *Espacios otros*. Túnez: Círculo de Estudios Arquitectónicos.

Geertz, Clifford y Clifford, James et al. (1991). *El surgimiento de la antropología posmoderna*. Barcelona: Gedisa.

INEGI Censo de Población y Vivienda 2010 en <https://www.inegi.org.mx/app/indicadores/?ag=02004>

Instituto Nacional de Psiquiatría Ramón de la Fuente Muñiz; Instituto Nacional de Salud Pública; Comisión Nacional Contra las Adicciones, Secretaría de Salud. (2017). *Encuesta Nacional de Consumo de Drogas, Alcohol y Tabaco 2016-2017: Reporte de Drogas*. México: Secretaría de Salud.

Marcus, George. (2001). “*Etnografía en/del sistema mundo. El surgimiento de la etnografía multilocal*”. *Alteridades*, 11, 16.

Norman H Clark. (2011). Deliver Us from Evil: An Interpretation of American Prohibition. Moonshiners and Prohibitionists. 8 de enero de 2020, de Norton Essays in American History Sitio web: <https://pdfs.semanticscholar.org/8aa5/f4d52e70bf1622f1ce8442c63f85f54c0df7.pdf>

Salazar Páez, I. (2012). *El consumo de drogas ilegales en Baja California. Una perspectiva desde los determinantes sociales de la salud*. Tijuana, Baja California, México: Colegio de la Frontera Norte

Sánchez Valenzuela, J. (21 de Marzo de 2016). *History of the U.S. Prohibition or Dry Law: “The Gates to Hell Will be Closed Forever”*. Obtenido de Beyond Borders Gazette: <https://beyondbordersnews.com/2016/03/21/860/>

Toro-Zambrano, María Cristina. (2017). *El concepto de heterotopía en Michel Foucault*. 2018, de Colegio San Francisca Romana, Colombia Sitio web: https://www.researchgate.net/publication/322943365_El_concepto_de_heterotopia_en_Michel_Foucault

Tzara, Tristan. (1918). *Manifiesto Dadaísta*. DADA, 3, 6.

Velasco, Laura y Contreras, Oscar. (2011). *Mexican Voices of the Border Region*. Philadelphia: Temple University Press.

Wacquant, Loïc. (2006). *Entre las cuerdas: Cuadernos de un aprendiz de boxeador*. Buenos Aires: Siglo XXI.

Wacquant, Loïc, Slater, Tom y Pereira, Borges. (Noviembre 2014). *Estigmatización territorial en acción*. *Environment & Planning A*, 29:219-240, 44.

Xaxa, Abhay. (2011). *I am not your data*. Recuperado de <https://roundtableindia.co.in/lit-blogs/?tag=abhay-xaxa>

Anexos

Anexo 1

Diario de campo: vivencias de un boxeador neófito en la Zona Norte

Nota 1

Viernes 7 de diciembre 2018

En el camino al *Cheto's Boxing Club*, por la vía *Internacional*, voy observando la Canalización del río Tijuana y me doy cuenta de que el *Bordo* se ha *des-bordado*. Y también mi investigación. Se han desbordado los "sujetos de estudio", los "seres humanos residuales" de los que habla Bauman. Se han desparramado hacia las calles de la Zona Norte de Tijuana y algunos se han deslizado, al igual que yo, por debajo de las puertas de un gimnasio de box en la *Plaza Santa Cecilia*... Antes de llegar al gimnasio pasé por un área hiper-marginalizada de la Zona Norte, parecida al *Primer callejón Coahuila*, pero más *underground*, clandestina, con una atmósfera muy deteriorada, cruda y tensa. Mientras avanzaba hacia la plaza, me noté a mí mismo alerta, caminando con los ojos bien abiertos entre el caos del centro tijuanense un viernes por la tarde. Entre el bullicio de la ciudad, escuché a una transeúnte adolescente diciéndole a su compañero mientras pasaban a mi lado: "Pues es mejor pedir perdón que pedir permiso"... Noté un cambio en mi sistema nervioso, todos los lugares alrededor del gimnasio están llenos de estímulos y tentaciones. Este barrio está repleto de otras formas de usar el cuerpo para *obtener placer* (la pregunta, supongo, es ¿con sustancias, sexo o deporte?).

En el gimnasio el entrenamiento estuvo muy bueno. Cuando Johnny está entrenándome individualmente comienza a usar una técnica particular, que consiste en asestarme un golpe (no muy fuerte) en la mandíbula o en la cabeza, cuando por alguna razón bajo la guardia con la mano derecha, para recordarme que jamás, bajo ningún motivo, debo bajar la guardia. *Mantener siempre la guardia alta*. No me ha dicho nada al respecto de eso. Mi entrenador es un joven de pocas palabras. Ni siquiera ha mencionado las palabras "mantener" o "guardia", pero sí me lanza los golpes y su método parece funcionar.

Había más gente en el gimnasio. Estaba ahí un *chilango* que cotorreaba con Johnny sobre la falta de trabajo en *La Paz*, razón por la cual ya no estaban viviendo allá. Yo intenté participar en la conversación con relativo éxito. Se van fortaleciendo lazos de confianza con mis compañeros. También noté por primera vez un letrero grande colgado en una de las paredes del local. Es la imagen de un esqueleto usando en la cabeza una careta de box. Alrededor del esqueleto hay imágenes de jeringas, cigarrillos, botellas de licor y demás parafernalia asociada a los vicios y las adicciones. En la parte de abajo del letrero hay una leyenda que dice “cuidado con las drogas”.

Acabó el entrenamiento. A las 7 de la noche, el centro de Tijuana es realmente imprevisible y poético. Patrullas por todos lados. Un verdadero y hermoso desmadre. Me trae muchos recuerdos. Tantos placenteros como desagradables. El chófer del taxi que tomé de regreso a casa me recomendó —mientras íbamos conversando sobre nuestras vidas personales— cambiar urgentemente de gimnasio.

Nota 2

26 de enero de 2019

Al salir del Cheto’s me doy cuenta de que solo tengo 5 pesos en la bolsa. No es suficiente para pagar al chofer del camión. El boleto cuesta \$15. Mientras camino lentamente por la calle segunda hacia la parada de autobuses, agacho mi cabeza y miro fijamente al suelo de la banqueta, para ver si logro encontrar alguna moneda extraviada. La encuentro. 10 pesos. Tijuana no es una ciudad pobre. Aquí lo que hay es una prosperidad retorcida. Antes de abordar el transporte público observo a un hombre de cierta edad discutiendo acaloradamente con un taxista. “Te voy a decir algo”, dice el hombre anciano al taxista, “No te metas con un viejito, porque un viejito te puede partir tu puta madre.” La discusión comienza a calentarse y casi llegan a los golpes. Finalmente el anciano se marcha caminando e insultando al taxista. Subo al camión, tomo un asiento y espero sonriendo a que arranque hacia *Playas*. Me agrada esta ciudad.

Nota 3

29 de enero de 2019

Durante la sesión de entrenamiento Johnny⁵⁰ (entrenador) me pide por primera vez que use mi teléfono celular para conectarlo a las bocinas del gimnasio y escuchar mi música, ya que su móvil se quedó sin batería, y es costumbre en el Cheto's Boxing Club (así como en la mayoría de los gimnasios de box) escuchar música mientras se entrena. Casi siempre *Hip-hop*. Pongo un disco clásico del rap californiano de los 90's: "*All eyes on me*" de *Túpac*. Poco después de que comenzó a sonar la música se me acerca el Zurdo (uno de los boxeadores profesionales que entrenan en el Cheto's). "Túpac... ¡Ahuevo! Yo tenía un cuñado que antes andaba con mi hermana. Era acá bien cholo el vato y siempre traía esas rolas de *Túpac*...", "Algo bien ¿no?", contesté yo al Zurdo... "¿Ah sí?!... ¿tienes una hermana?", pregunta Johnny maliciosamente.

Nota 4

4 de febrero de 2019

Al finalizar al entrenamiento sostengo una conversación con uno de los boxeadores que entrenan en este gimnasio. Tiene el aspecto de un típico malandro tijuanense/cholo-fronterizo/deportado-ex convicto. Está todo tatuado. Se llama Pedro. La plática inicia cuando él me pregunta en que categoría (según la tabla de pesos) peleo yo. Le explico que aún no he peleado profesionalmente. "A-penas estoy aprendiendo", dije. Pedro procede a contarme su historia: "Yo dejé de entrenar por andar de vago... Me harté de andar en la calle... Ya tenía rato sin entrenar pero me metí a una competencia porque tenía ganas de volver a pelear... Perdí la pelea... fue por decisión unánime pero la neta yo siento que yo gané." Al comentarle sobre mi problema de tabaquismo y el obstáculo que éste representa para mi entrenamiento como pugilista, Pedro responde diciendo que "Cuando entrenas dejas todos esos malos hábitos como el cigarro y la loquera."

⁵⁰ Nombre falso.

Nota 5

14 de febrero de 2019

Durante la sesión de manopla Johnny se percató de mi fatiga y me pregunta, “¿sigues fumando?”... “Estoy intentando dejarlo, pero está cabrón”, contesté yo. “Empieza a fumar mota y vas a dejar el cigarro”, sugirió él.

Nota 6

19 de febrero de 2019

Han pasado casi tres meses de mi entrenamiento y hoy tuve una tarde interesante en el *Cheto's boxing club*. Tanto en los resultados de mi trabajo de campo, como en los de mi entrenamiento pugilístico en sí mismo. Comienzo a ver avances en ambos caminos: comienzan a desarrollarse auténticas relaciones de camaradería y confianza con mis compañeros de entrenamiento, a la vez que comienzo a apreciar con satisfacción mi progreso en el aprendizaje poco racional y profundamente corporal —que tiene que ver con un conocimiento intuitivo, por *abducción*, adquirido por medio de la repetición y el disciplinamiento del cuerpo y de la mente—, que implica la práctica del boxeo; así como en el dominio de las técnicas que he intentado perfeccionar durante este último par de meses. Al llegar al gimnasio, a eso de las 3 de la tarde, Johnny (mi entrenador) estaba de buen humor. Veía junto a Don Cheto la pequeña televisión que tienen sobre el escritorio de la entrada. Era una nota periodística sobre los retenes de la *Guardia Nacional* que están instalados desde hace un par de semanas en diferentes puntos de la ciudad con la intención de “combatir la inseguridad y la violencia”. Cuando Don Cheto salió me di cuenta de que no había nadie más ahí. Logré entablar una conversación interesante con Johnny. Quise preguntar su opinión respecto a la presencia de los militares en Tijuana. Para esto inicié el diálogo platicando sobre mi propia experiencia hace un par de días, cuando regresaba a casa del *Colef*, pasando la caseta de *Playas*, donde fui meticulosamente inspeccionado (junto a las personas que me acompañaban en el auto) por los soldados del retén. Nos hicieron bajar a todos del carro. Revisaron el vehículo y pidieron a dos de mis compañeros y a mí que sacáramos todas nuestras pertenencias de nuestros bolsillos (curiosamente las dos mujeres del grupo no fueron revisadas). Al final los oficiales no encontraron nada incriminatorio y nos dejaron ir. “Han de andar buscando a alguien”, dijo Johnny. Y

enseguida dijo, “está bien que estén ahí para que haya más seguridad.”. “Pues si...supongo”, contesté yo. Luego Johnny dijo: “A mí una vez me *levantaron*... iba con unos compas a la playa y yo traía un *gallo* (cigarrillo de marihuana) así en la oreja [volteó para cerciorarse de que Don Cheto no estaba cerca para escucharlo, se rio un poco y después hizo un gesto para mostrarme como llevaba aquel día el *porro* acomodado entre la oreja y la sien] y otro en la bolsa... Los *placas* venían en una *Ram* nueva color blanca, sin códigos ni sirenas, y venían oyendo corridos... de repente nos pararon y se bajaron cuatro, encapuchados, todos de negro y sin placas. No traían gafete con nombre ni nada.”. “¿Y se los llevaron?”, pregunté yo. A lo cual Johnny respondió: “alcanzamos a tirar los *gallos* y luego nos revisaron y pues no nos encontraron nada, pero pues ya te la sabes, nos amenazaron, ‘¡A ver morros!, ya saquen todo lo que traen o nos los vamos a llevar de todos modos y va a ser peor.’”... Johnny no terminó de contar esa historia porque inmediatamente comenzó otra. Su voz adquirió de repente un tono medio nostálgico. La otra anécdota era sobre un amigo cercano que fue asesinado por involucrarse en el crimen organizado. Al parecer su amigo trabajó como sicario para algún cartel u organización: “Era bueno para el box el morro... yo una vez lo *clave* y me acuerdo que sí le podía poner una chinga. Esto fue antes de que yo boxeara...yo era callejero antes, y una vez él y otro *vato* le pegaron a mi hermano, por eso fui y les puse unos putazos a los dos...luego yo me hice compa de ese *güey*, y me lo llevé al box... ¡Nombre, al rato el morro ya me andaba dando la vuelta!, después empezó a vender y a cobrar plaza y mató a dos o tres *vatos*... tenía *dos calaveras* y siempre cargaba un chingo de billetes... Ya después le pusieron un *cuatro* (emboscada) y le *dieron piso*...terminó tirado por ahí en la carretera.”... “No pues...está cabrón”, dije yo. Luego hubo un silencio largo. Así terminó la conversación y me puse a golpear el costal con fuerza. Continué en silencio con el resto del entrenamiento. Al tomar el autobús de regreso a casa escribí la historia utilizando mi teléfono celular, intentando registrar (de la forma más precisa que me era posible) todo lo que había escuchado.

Nota 7

12 de marzo de 2019

Han pasado más de 3 meses del trabajo de campo. He escuchado muchas cosas interesantes en el gimnasio. Y también fuera de él. El espacio urbano que rodea el *Cheto*’s

Boxing Club, así como la misma *Plaza Santa Cecilia* contiene un repertorio de significados y de manifestaciones culturales muy particulares. Hace unos días, por ejemplo, cuando venía en el transporte público desde la Zona Norte hacia *Playas de Tijuana*, escuché decir al chofer de la *combi* –dirigiéndose a un señor que intentaba abordar el vehículo (en donde parecía no caber ni un solo cuerpo más)-: “Si vamos a caber en el infierno...”, refiriéndose al hecho de que, aunque fuéramos muchos pasajeros en el tortuoso vehículo, siempre había espacio para uno más. Ayer por la tarde, al llegar a la caótica Zona Norte y caminar por la *Plaza Santa Cecilia*, mientras me dirigía a mi entrenamiento, observé como dos policías municipales se llevaban detenido a un muchacho de unos veinte años. Lo llevaban agarrado de la parte posterior de su suéter con capucha... En algún momento se cruzaron con una policía municipal que andaba en bicicleta. No sé qué le dijo el joven delincuente a la policía, porque no alcancé a oír, pero observé como cambiaba la expresión en el rostro del muchacho... Estaba sonriendo. Después de seguir caminando, escuché a dos meseros conversar afuera de uno de los locales de la *Plaza Santa Cecilia*: “Voy a hacerme policía yo”, dijo el mesero de un bar mientras reía y contaba a su compañera cómo el joven ladrón estaba huyendo del corpulento oficial, que al parecer corría demasiado lento: “lo estaban correteando, quien sabe por qué, pero yo lo detuve”.

Ese mismo día, ya dentro del gimnasio, escuché una curiosa conversación entre un niño veterano, Johnny y un boxeador amateur: “¿en dónde haz peleado?”, le preguntó el amateur a Johnny. “En todos lados”, contestó Johnny con voz medio baja y sin voltear a ver a quienes lo interrogaban. No dijo nada más, pero el niño veterano intervino: “¿en el otro lado?...¡no!, ¿pa’ que quieres en el otro lado?” Después, una mujer joven entró al vestíbulo del gimnasio por razones desconocidas y se puso a hablar con Don Cheto. Otro boxeador y yo nos encontrábamos entrenando con los costales. Escuchamos la voz de la mujer diciendo: “Soy mesera”... Sin ninguna razón aparente, el boxeador que estaba a mi lado (y que también escuchó lo que dijo la mujer) murmuró en seguida: “y puta...ah ¡¿no verás?!”.

El otro día, mientras hablaba con el Zurdo y con Johnny sobre lo fría que está el agua en la regadera del gimnasio, Johnny nos contó su experiencia en la penitenciaría, dónde bañaban a los convictos con mangueras en la madrugada, desnudos en el patio, con agua helada... “¿Y se pasan de lanza los placas con los morrillos también?”, pregunté yo...

“No...ahí es como uno se la lleve”, “con los que son desmadrosos si se pasan de lanza”, respondió Johnny... “pinchis placas sí son culeros”, dijo el Zurdo.

Nota 8

20 de marzo de 2019

El pasado viernes 15 de marzo tuve mi primera pelea en el *Cheto's Boxing club*. Mi rito de paso para salir de mi condición neófita y liminal.

“Ya llegó el Pablo”, dijo Johnny.

“A las puras 4:20” respondí yo, con tono bufonesco.

“¿Oíste?...4:20 dice.” le dijo Johnny al entrenador más viejo.

“No pues yo nomás estoy diciendo la hora”, dije yo, sonriente.

Se me acercó el entrenador más viejo.

“¿Ya boxeaste?”

“No, todavía no.”

“A ver, vete a alistar. Ahorita voy a ver qué onda.” dijo, recorriendo el gimnasio con sus ojos en busca de un adversario para mí.

“¿Pablo te llamas verdad?... Alístate. Vas a pelear ahorita.”

Me puse muy nervioso. Comencé a cambiarme y los otros dos chicos que estaban en el vestidor me observaban.

“¿Ya has peleado?”, me preguntó uno de ellos.

“No. ¿Y tú?”

“No.”

“No le tires mucho en el primer round” me dijo el otro, que se llama Eliazar.

Cuando subí al ring estaba muy nervioso y mi rostro estaba serio. Peleé solamente 2 rounds contra un joven llamado Pedro. Es increíble la humildad y el realismo que se

adquieren mientras te llueve encima una ráfaga de puñetazos te llueve sobre la cabeza y el rostro. Pedro me llevó un par de veces contra las cuerdas. Yo perdía el aliento.

“Dale la vuelta, dale la vuelta” decía el entrenador más viejo.

“Tú también dale. Tú también dale”, insistía.

“Ya se cansó este bato.”

Pedro ha peleado varias veces antes. Incluso después de la pelea me contó sobre una vez en la que peleó contra 4 hombres en la calle. Me dijo que no me agüitara, que tenía buena guardia. Y que el box se trataba de actitud, de verse a sí mismo como ganador: “A mí cuando me dicen que a lo mejor pierdo, que me haga a la idea, yo digo *no*. A mí todos me la pelan. Yo siempre gano.”

“No cualquiera se sube a pelear”, me dijo animándome Pedro.

“Pues sí pero me pusieron una chinga.”, respondí yo.

“No... Tú te desesperaste.”

“¿Entonces el otro viernes, Johnny?”

“Pa que ya no andes de chistoso”

“Ya voy a dejar el cigarro ahora sí”

“Y las otras drogas también.” Dijo Johnny.

Nota 9

1 de abril de 2019

Hoy llegué al *Cheto's Boxing Club* alrededor de las 3 de la tarde. El gimnasio estaba vacío. Me llamó la atención ver el lugar tan solitario. Se lo mencioné a Johnny: “hace mucho que no veía tan vacío aquí”... “Le dije a todos que el lunes hacían sparring y nadie vino”, respondió él... El estar en el gimnasio a solas (con los dos entrenadores) sirvió para bajar un poco la velocidad a esta gran aventura que ha sido mi incorporación al mundo del box tijuanense y reflexionar un poco sobre mi experiencia. Llevo ahora casi 5 meses entrenando en este local de la Zona Norte. He subido dos veces a pelear al ring y eso ha cambiado completamente mi percepción (tanto del deporte en sí mismo como en su

carácter de manifestación de un fenómeno cultural). El viernes pasado sucedió algo curioso: me habían dicho que iba a pelear desde una semana antes, lo cual me puso muy nervioso y me hizo pasar por todo un proceso psicológico en el cual tenía que aceptar lo que era inevitable que sucediera y tuve que mentalizarme a la idea de subir al ring, aun cuando eso me generaba sensaciones desagradables (miedo, nervios)...cuando llegué al gimnasio resultó que mi contrincante no estaba ahí (llegó tarde) por lo cual la pelea se tuvo que suspender. Esto me conflictuó bastante emocionalmente, pues a pesar de que yo ya me había hecho a la idea de pelear, la vida me dijo que no era tiempo aún. Eso también me hizo pensar en los entrenadores como administradores legítimos de la violencia arriba del ring: solo ellos deciden quién y cuándo se pelea... Como estaba solo este día, el entrenador más viejo (59 años) se me acercó y conversó conmigo...primero habló sobre la música reggae/rap que se escuchaba en el estéreo (la selección musical de Johnny)... "No me gusta esa música a mí" (la canción hablaba sobre fumar marihuana). Se paró y fue a apagar el estéreo: "Uno entrenando aquí y eso diciendo 'fuma marihuana'", dijo en tono de queja, lo que provocó las risas de Johnny... "¿es el radio?" le pregunté yo (sabiendo que no lo era) "no sé", dijo el viejo. Y fue a checar el estéreo... "No es la radio es tu disco", le dijo a Johnny, quien obviamente quería ocultar el hecho de que esa era su lista de música personal...Después el entrenador viejo me estuvo observando mientras yo le daba al costal. "Pocos aprenden como tú", dijo. Lo cual me motivó bastante. "Lo difícil es cuando estoy arriba...ahí me pongo nervioso y es otro rollo", dije yo..."sí, es otro rollo"... Después me enseñó un tatuaje que tenía en el brazo izquierdo de unos guantes de box. "40 años tiene que me lo hice ya...estaba pensando en ir a que me lo recalcaran"...luego se puso a hablar de la devaluación del peso y el precio del dólar en los 80's...luego agarró confianza y se puso a contarme que él vendía cocaína antes. Lo dijo de forma muy casual, aunque no profundizó en el tema y no tardó en cambiar a otro tópico. Cuando terminé mi rutina me puse a hacer ejercicio. Ya estoy más fuerte que antes. 50 abdominales. 50 sentadillas. 100 abdominales. Cuando terminé mis ejercicios me paré frente al espejo que está en la parte de atrás del gimnasio, entre el ring y los vestidores. Observé mi cuerpo en el espejo y vi el gimnasio vacío detrás de mí. Pensé en mi historia con las drogas y las calles, así como en los buenos cambios en mi vida que se han ido dado desde que llegué al *Colef* y luego al *Cheto's*... Por mi cabeza pasaron las siguientes palabras, que son difíciles de olvidar y quedaron impresas indeleblemente en mi memoria: "Yo soy mi objeto de estudio."

Nota 10

Mayo 2019

Johnny fue mi mentor durante los primeros 6 meses del entrenamiento. Él es un joven de unos 23 años, tiene antecedentes de consumo de drogas, pandillas y vida callejera. Su padre es Ricardo "Don Cheto", el dueño del gimnasio. Johnny ha pasado toda su vida entre los costales y entre las cuerdas. Es un peleador profesional. La práctica pugilística no solo lo ha ayudado a mantenerse lejos del crimen y las drogas, sino que forma parte fundamental de su cotidianidad y su subjetividad, de su historia y proyecto de vida. Sin embargo, hace un par de semanas Johnny participó en una pelea profesional, y en el 4to round fue noqueado. Al parecer sufrió una grave lesión cerebral. Lo vi unos días después de la pelea y él definitivamente ya no era el mismo. El Johnny que yo conocí desapareció de repente. Su subjetividad se esfumó sin dejar ningún rastro más que en la memoria de quienes lo conocimos. Su cuerpo estaba ahí, pero su personalidad se había desvanecido por completo. Mostraba dificultades para hablar. Parecía algo entumecido. Sus facultades mentales estaban notoriamente deterioradas. Una transformación del cuerpo y la subjetividad que no me esperaba presenciar... "Ya no quedó bien", dijo el Zurdo, otro de los peleadores profesionales del Cheto's e íntimo amigo de Johnny... "Lástima... tenía talento el morro", murmuró, con una voz entristecida. Pocos días más tarde Johnny ya no estaba en el gimnasio. Don Cheto trajo en seguida a un nuevo entrenador que sustituyó a Johnny inmediatamente, como si nada hubiera sucedido, aunque el ambiente en el gimnasio ya no es el mismo desde entonces.

Nota 11

Mayo 2019

La lesión de Johnny es cosa seria. Ya trajeron a un nuevo entrenador, pero no se lleva bien con muchos en el gimnasio.

Nota 12

Mayo 2019

A Johnny se le ve triste en el gimnasio. Como deprimido. Parece estar batallando en aceptar su trágico destino. Disque lo van a operar pero no están seguros de nada. Él ya no podrá volver a pelear. Cómo dijo un camarada del gimnasio: "Esto es como la loquera... Un buen putazo en la cabeza puede dejarte en un segundo igual que años de usar drogas". Mi viejo entrenador, mi amigo, está muy madreado. No puede separar sus dientes. No puede hablar. No solo tiene la mandíbula trabada, sino también la vida.

Anexo 2

Entrevista informal: *Una conversación con Don Benjamín (nombre ficticio), residente de la Zona Norte desde hace 70 años*

30 de enero 2020

2:56 PM, Malecón de Playas de Tijuana

P. ¿Cómo era Tijuana en sus primeras décadas, Benjamín?

D.B. "Aquí en Tijuana se fue haciendo la prostitución, como toda actividad humana... Y en la *Prohibición*, pues, lo hacen atractivo... Se fue generando, paralelo a las mujeres, pues, las cantinas, el licor, droga, etcétera... De una mujer van a vivir varios... Normalmente en teoría económica se llama ``el ocho´´. Un peso que tú gastes da vuelta ocho veces. Pagas con la piruja. *Zaz*. La piruja paga la renta, paga cositas de esas, etcétera... Una pequeña actividad lucrativa para varias gentes: taxistas. Tanto gabachos como mexicanos. Los taxistas que traían turistas... A veces venían en carruajes tirados por caballos. Y hay fotos donde están los chingados gringos como al estilo con sombrero de carrete, etcétera... Ya en 1920 ya ves fotos donde hay carritos. Antes eran carruajes jalados por bestias... Después dijeron aquí los mexicanos: ``¡hijos de su chingada madre!... Pasan y a nosotros no nos dejan pasar...*el pasaje*. Queremos nosotros."... Después hubo arreglos entre ellos... No entre los estados. Fue un arreglo económico entre los taxistas gabachos y los mexicanos: ``Tú nos los dejas aquí en la línea y nosotros los cachamos y los movemos... Como no los dejan cruzar, nosotros los cruzamos [a los turistas], cruzan ellos y ya tú los capturas´´."

P. Así sigue siendo hoy en día, ¿verdad?

D.B. "Más o menos... Hubo arreglos sin tanta intervención del estado... y que tratados ni la chingada... En forma más o menos doméstica... se fue dando... Después te voy a enseñar físicamente una puerta que hay... ahí... en la línea. Fíjate, curiosamente. Una puerta que también cruza pa'llá... Yo la conocí esa puerta de madera... Y los alambres eran de púas. 3 hilos de púas. Era lo que era la línea. Y en algunos lugares, pues ya, tirados los alambres... Nosotros cuando cruzábamos ahí nos encantaba porque había siembras

ahí de tomate, rábano, zanahorias, etcétera... de legumbres. Y de ahí agarrábamos nosotros y comíamos [...] Ya con la hechura de estas nuevas de mi compadre Trump, todavía existe esa pinche puerta... No ahorita. Antes estaba pintada de blanco. Por eso a esa zona se le conoce como "la puerta blanca"... donde está la colonia Castillo... pocos saben esos detalles... Y le preguntas a unos tijuaneños que responden "¡No... no es cierto!"... Ven para acá hijo de la chingada, ¡¿y eso?! ¿Qué ves? ¡Una puerta!, ¿verdad?... ¿para qué?... No sé para qué... Si está hecha, y aún a pesar de eso la respetaron y la chingada, alguna función... muy escondidita la tendrán, alguna puerta de escape, etcétera. Se ha dicho de que las carreteras en México, si las observas, son de norte a sur. Casi no hay transversales [...] Se dice que la carretera *transpeninsular* esa es la salida de emergencia de estos [estadounidenses] [...] Con aquella cosa que los gringos carajos, al principio, no había gente aquí y hacían lo que quisieran... Ya ponen mexicanos... Normalmente las ciudades gringas son más chicas que las fronteras mexicanas. Salvo ésta. Ésta es la única diferente. Es más grande Tijuana que San Ysidro, Chula Vista y San Diego, en población."

P. ¿Esto sucede de forma diferente en otros puntos de la frontera México-E.U.?

D.B. "Sí, es al revés. ¿Y por qué es eso?... Porque la defensa la van a hacer los mexicanos... hoy *mexiconorteamericanos*... Ellos no arriesgan a su... a la gente del dinero, a los blancos... El *poder*... no se meten a defender... siempre usan a estos [mexicanos]. Y siempre vamos a escuchar detalles de esto [...] ¿Qué hacen estos carajos [estadounidenses] cuando mandan allá al golfo pérsico, a Corea y la chingada? ... a la *raza*... Todo lo que hacen... tienen unos detalles prácticos. No andan mucho ellos en teorías... prácticos [...] ¡Tienes que vivirlo cabrón!"... A mí me dijeron que la mierda apestaba... "No, no es cierto"... Me tuve que arrimar. 'Sí es cierto, hijo de la chingada'... Vivirlo. La vivencia. Yo tomaba licor en un lugar (levanta el brazo y hace el ademán de beber mientras silba)... me ponía hasta la madre... Al tiempo, uno de los cantineros, Aurelio, me dijo: "Oye", me dijo, "Fíjate que chistoso está el pinche alcohol... Cuando ya te veíamos medio pedo y ibas a cagar el palo, ya no te dábamos licor. Te pintábamos el trago. ¡Y te ponías peor, cabrón!" (se ríe). Y decía así [el cantinero] "¿qué buscaba usted?... el efecto"... Tomaba cerveza y la chingada y tenía que tomar mucho para destramparme. Entonces alguien me dijo: "No pues, ¡crúzale cabrón! con tequilita o el vino"... Ah... el tequila llega de volada. Pues tequila... el efecto [...] Entonces, todo esto lo platico para ir entendiendo un poco lo que es este

asunto... cómo se llegó, la gente que llegó aquí... más o menos cual es el carácter socioeconómico de la gente que llegaba aquí [a Tijuana]. Normalmente, yo, en mí caso, mis padres venían de braseros... Nazco en Culiacán y después nos venimos aquí. Pero no había donde llegar más que ahí a la *Coahuila*... O los cerros... O en la *Coahuila*, donde ya había poquito de energía eléctrica, poquito de agua. Yo vi de las lecheras gringas traer leche aquí a Tijuana y repartirle los gringos... bueno, con uniforme gringos, pero mexicanos. Una leche *Arden*, me acuerdo... Se repartían en cristal los pomos de leche... Había una relación intensa con estos [estadounidenses]... la raya casi era simbólica... Sí se sabía ``*Ahí es del lado gabacho. Ahí está el lado mexicano*''... Esa conformación de gente se va dando... Ah bueno. Ya estamos ya más o menos establecido eso... Llega la gente del sur queriendo cruzar... No pues se topan con pared ahí. Empiezan a buscar dónde brincar y empiezan a venirse acá de este lado. Al lado poniente. Esa es la Zona Norte... Y para estar cerca pues empiezan a levantar sus casitas... Entonces hay gente que en esa espera y la chingada pues necesitaba comer. Abrieron restaurancitos. Con venta de cerveza... Comían o ponían los platos nada más ahí y a tomar cerveza. Había un lugar que se llamaba ``El burro'' o ``La burra''... algunos nombres que traigo aquí en la cabeza. Porque los vi físicamente... Bueno, ya están esos y la chingada... se ponen medios pedones, ¡pues ni modo que se pongan a bailar entre ellos!... Pues, era enamorar a la mesera, etcétera. Ya vieron que era negocio... ``*Vamos a poner un salón*''. Donde estén las muchachas ahí bailando. Bailan y se les daba un boleto... Tú querías bailar, le dabas un ticket. Te salía ella y ella lo guardaba."

P. ¿Cuánto costaba el ticket?

D.B. "Costaba... había de cinco y diez centavos de dólar... Ya una viejona más o menos [indistinguible], veinticinco o cincuenta... ya una *buenona*, un dólar... ¡Hijo de su chingada madre pues es un dineral! [risas]... Pero había que comer. Entonces, los camiones que venían con hortalizas del sur no se podían estacionar ahí en el centro... Se iban ahí *abajo*. A la *Coahuila*. Ahí se estacionaban y fueron prácticamente los mercados rodantes, así, aunque sea momentáneo, van a ir fundando el mercado... Todo eso fue... pues que la comidita, la diversión, etcétera. Ir haciendo las cosas... En la parte de arriba ya empezaron a hacer congaitos, pero para estos [estadounidenses]..."

P. ¿Para los gringos?

D.B. [Asiente con la cabeza] "En la Avenida Revolución. Ya con el *Show Time*, ¿no? ``¿Con ustedes: *Madame Chi-Chi!*''... Una compañerita que apenas acababa de bajar de las ramas y todo ¿no?... sale en calzones y *brassier* ``*Come on!*'' y que el tamborcito [...] y luego ``*Hola! All the way down! Take it off!*'' , eran los gritos... pues ya, se encueraba la muchacha... y ya se metía. Pero pues una muchacha, en su mayoría... mestizas... Sí llegaban a algunos lugares. Aquí bailó Tongolele, [*indistinguishable*], algunas afamadillas después. Pero normalmente así era... Y en las barras estaban las señoras, compañeritas, que se llamaban las *ficheras*. Acompañantes eran las mujeres. *Scorts*, dijeran los gabachos. Están ahí. Llegaban los marineros y la chingada. Una vieja ahí. [*silva*]... Venderles tragos pintados. Todos los trucos. Venderles flores. Chingadera y media. Puros... Ese fue el origen de los ricos de aquí..."

P. ¿Estamos hablando de la Tijuana de antes o después de la Prohibición?

D.B. "Después de la Prohibición... Antes sí... Estos [estadounidenses] abrieron congales."

P. ¿Ya había congales en Tijuana desde antes de la Ley seca en Estados Unidos?

D.B. "Estos [estadounidenses] los hicieron ya ahí en la Avenida *Revolución*... En la Zona Norte era lo *nuestro*... Como México no hay dos."

P. ¿Burdeles para mexicanos?

D.B. "Sí... ¡acá! [hace gesto de entusiasmo con las manos]... ¡alguna compañerita que hace que resollara gordo!... Decían ``¿No!... las gringas saben cómo si comiera un caldo de pollo uno de plástico!''... muy frías. Nosotros los mexicanos... ¡Mucho caliente mexicano!... ``¿Rosita!... ¡Oh my God!''... es lo que vendían en la... ¡Yo lo oí! Los gritos. Los taxistas, ¿eh?... ``¿Rosita!... muy caliente, ¿eh?''... Y a uno... los que vienen de allá dándole piola a uno... Que no había el famoso *Latin lover*. Oh my God!... Se disputaban las gringas a uno."

P. ¡Órale!

D.B. "¡Sí! Porque decían eso... Platicando tonteras. Porque nosotros compadre, ya sabes, somos muy calientes y la chingada. Damos más batería que un pinche gabacho de dos metros. Somos más chingones para eso... Bueno, somos mexicanos. En los chistes de el gabacho, el alemán y el japonés, el mexicano va a ser el que chinga a todos... pues así estamos [...] Pero como ya estamos enfocados nada más a la Zona Norte... es decir, Zona

Norte: para los mexicanos. Claro ya después sí empezaron a colar, pero mínimamente, alguno que otro sajón. O negro... A la Coahuila... Los piojosos [indistinguible]... pagando poco."

P. ¿Ellos iban ahí porque era más barato?

D.B. "Of course. Traen billete verde... Y acá las chicanas... ¿No te digo? que me cobró una chicana ``fifty cents''... cincuenta centavos de dólares... Eso es. Así, poco a poco [...] ¿Tú estás enfocado en la Zona Norte?... [hace gesto con sus manos de esperar una respuesta]."

P. Sí.

D.B. No te enfocas a la *Revolución* ni a nada. Esto te lo hago más o menos para que tu mente empiece ``¿Por qué el mexicano acá?, ¿Por qué el gabacho allá?'. Esas tipo separaciones que se dio en forma natural. No en forma de decreto ni autoridad. ``¿Ustedes allá!''... no, ni madres."

P. ¿Fue espontáneo?

D.B. "Fue espontáneo. El comercio se fue dando así... Y de tal suerte que, ese es, más o menos, el origen de esta ciudad [...] Acuérdate de muchas cosas ahí de tu pueblo. Llegó a ser la capital del territorio. Ensenada. Porque era puerto. ¿Y por qué puerto? ¡Pues era el chingado consumo de la lata de opio!"

P. ¿Opio?, ¿Para eso usaban el puerto?, ¿Eso era lo que se traía para acá?

D.B. "Ya estás agarrando la onda..."

El autor es Licenciado en Humanidades por la Universidad de las Américas, Puebla. Ha sido profesor de las materias de filosofía y lógica en la escuela preparatoria Centro Educativo Patria en Ensenada, Baja California. Y ha concluido varios cursos relacionados con las humanidades y las ciencias sociales, entre ellos, el *Diplomado en Historia del Siglo XX* en la Universidad Anáhuac (campus Puebla), el *Diplomado en Historia de las religiones* en la Universidad Anáhuac (campus Puebla) y el *Diplomado en Psicoanálisis: En la frontera entre la filosofía y la psicología* en la Universidad Iberoamericana (campus Santa Fe, CDMX). Egresado de la Maestría en Estudios Culturales de El Colegio de la Frontera Norte (sede Tijuana).

Correo electrónico: folktergeis_t@hotmail.com

© Todos los derechos reservados. Se autorizan la reproducción y difusión total y parcial por cualquier medio, indicando la fuente.

Forma de citar:

Íñiguez Ramos, J. Pablo (2020). "La heterotopía fronteriza: Un análisis [auto]etnográfico del espacio urbano y las prácticas de consumo estigmatizado en la Zona Norte de Tijuana". Tesis de Maestría en Estudios Culturales. El Colegio de la Frontera Norte, A.C. México. 119 pp.